



EL DOLOR DE TRIUNFAR



Debe Vd. leerla todos los Lunes

SERA UN RECREO PARA SU ESPIRITU, LA AMENIDAD DE SU CONTENIDO LO ENTRETENDRA DURANTE HORAS ENTERAS. En sus páginas de una variedad e interés extraordinarios colaboran los escritores argentinos de más prestigio y en ella hallará la NOVELA APASIONANTE, LOS COMENTARIOS DE LA CIUDAD, LOS SECRETOS DEL CINE, LAS CURIOSIDADES MAS EXTRAVAGANTES, etc. etc.

Adquiérala una vez y la comprará siempre

PRECIOS DE VENTA

	República Argentina		Rep. O. del Uruguay	
	Bs. AIRES	INTERIOR	MONTEVIDEO	INTERIOR
Número de la semana	$ 0.10 m/n	$ 0.10 m/n	$ 0.05 o/u	$ — o/u
» atrasado	» 0.10 »	» 0.10 »	» 0.05 »	» — »
Suscrición trimestral (13 números)	» 1.30 »	» 1.30 »	» 0.65 »	» — »
» semestral (26 »)	» 2.55 »	» 2.55 »	» 1.25 »	» 1.40 »
» anual (52 »)	» 5.00 »	» 5.00 »	» 2.50 »	» 2.75 »

En Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador y Santo Domingo, (suscrición anual)........ $ 2.50 o/s

Demás países del exterior (suscrición anual)........ $ 3.70 o/s

SUSCRICION ANUAL

REPUBLICA ARGENTINA { Buenos Aires ... / Interior ......

REP. O. DEL URUGUAY { Montevideo... / Interior ......

En Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cub América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Salvador y Santo Domingo..............

Demás países del exterior....................

"LA NOVELA SEMANAL" desde NOVIEMBRE aumentará su contenido a 100 páginas, agregando al actual material interesantes notas gráficas de actualidad.

Dirección, Redacción y Administración

AL LECTOR:

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El gran tiraje que hacemos de las obras que compondrán la BIBLIOTECA "P. A. M." es lo que nos permite ofrecerlas a un precio verdaderamente ínfimo, por lo tanto esos libros no podrán reeditarse.

Como a pesar de los enormes tirajes hechos de los tres primeros volúmenes editados, éstos se agotaron inmediatamente de ponerse en venta, obligándonos a dejar sin atender innumerables pedidos recomendamos a los interesados en adquirir los libros que editemos en lo sucesivo, a fin de evitar de quedarse sin ellos, soliciten con tiempo a los vendedores les reserven su ejemplar o se dirijan directamente a la Administración de esta Empresa, Chacabuco 357, Buenos Aires, enviando su importe con anticipación a la salida de cada libro o para mayor conveniencia de precio, comodidad y seguridad de obtenerlo, subscribiéndose a los doce volúmenes que se publicarán en un año y que serán de los escritores de más prestigio en el país.

El público, que sabrá apreciar debidamente el enorme esfuerzo editorial que significa vender a un precio ínfimo grandes novelas, presentadas en forma admirable, conteniendo obras inéditas, originales de nuestros más destacados escritores nacionales, debe contribuir al desarrollo de la BIBLIOTECA "P. A. M." adquiriendo todos sus volúmenes. Con ello ayudará en gran manera al desenvolvimiento de la literatura nacional y a su propia cultura.

A LOS AGENTES Y VENDEDORES

Recomendamos a todos nuestros Agentes y vendedores hagan con 10 días de anticipación a la salida de cada libro el pedido correspondiente de ejemplares, pues estando supeditado el tiraje a los pedidos que recibamos, llegando éste con retardo, nos veríamos obligados a no poder servirlo.

LOS INTERESADOS EN PEDIDOS AL POR MAYOR PUEDEN SOLICITAR INFORMES A LA ADMINISTRACION DE ESTA EMPRESA, CHACABUCO 357, BUENOS AIRES.

OBRAS DE EDGARDO GARRIDO MERINO

TEATRO

El Chalaco	—	Drama en 2 actos
La partida	—	Comedia en 1 acto
La oveja y el lobo	—	Comedia lírica.
Siempre Cain	—	Drama en 3 actos

NOVELAS CORTAS

Romanza sin palabras	—	«Lecturas Selectas» — B. Aires		
El herbolario	—	«Caras y Caretas»		
La tristeza de ser odiado	—	«El Suplemento»		
Flores de trapo	—	»	»	
La casa vacia	—	»	»	
La procesión del pelícano	—	«La Novela Semanal»		
Ladrona de amor	—	»	»	»
Bajo el sol de occidente	—	»	»	»
La sospecha	—	»	»	»
La mentira piadosa	—	»	»	»

EN PREPARACION

Muñecas de cera — Novelas

EN PRENSA

La emoción del camino — (Edición española)

EDGARDO GARRIDO MERINO

EL DOLOR DE TRIUNFAR

(NOVELA)

BIBLIOTECA PAM
Volumen N. 4

EDICIONES DE LA EMPRESA
"LA NOVELA SEMANAL" Y "EL SUPLEMENTO
CHACABUCO 357 - BUENOS AIRES

1924

PRIMERA PARTE

I

La alegría del retorno es como ciertos vinos. Asciende en humos de ilusión al cerebro, pero es breve y quemante su embriaguez. El corazón se despereza y el pensamiento reacciona, abiertos los ojos ante los mirajes engañadores. Es la embriaguez del vino malo; el zumo amargo que regustan los labios, tras el mentiroso dulzor.

Así pensaba Gabriel Orzábal, de regreso en su patria, después de ocho años de andanzas que le fueron limando las asperezas y rebeldías del carácter.

Buenos Aires era el último puerto, el definitivo refugio en que encallaba su barca de aventurero.

Volvía hecho un hombre, prematuramente maduro, con experiencia de la vida, firme la voluntad y seguras las piernas que habituáronse a medir el mundo como un andariego compás.

Su padre había muerto hacía un año. En su casa familiar, junto a la farmacia de su hermano Julián, allá en Belgrano, todo le pareció igual en apariencia,

pero cuán cambiado en el fondo. Julián estaba delgado, canijo; su madre, con los cabellos cenicientos, menuda y encorvada, sonrosada en su vejez como una manzana que se marchita. Y prima Leonor, su cuñada, hecha una madraza, desaliñada y casera.

Ante su prima, volvía a rezumar el recuerdo como sangre de una herida. Al huir él, del hogar paterno, Leonor estaba en la víspera de sus bodas. Alta, arrogante, armoniosa de formas, era la doncella apretada en capullo. Ahora, sin poderlo evitar, sus ojos la veían tras una niebla de decepción. Era la mujer que regresa del amor, laxa de serenidad y en opulenta crasitud.

Ella, nada más que ella, motivara aquel largo éxodo por tierras extrañas.

Su belleza de mujer rubia hubo de impresionar su corazón de adolescente. El había cumplido los diez y ocho años y conservaba inédito el ardimiento de la pubescencia; primer rescoldo en que se tuesta el cuerpo recién sazonado.

Ella le correspondía con burlas. Magnífica en su guapeza de joven amazona, parecióle Gabriel un niño, con su aspecto alfeñicado y sus mejillas rosadas y mondas.

Lo quiso sin cariño, en burla constante, sin palabras, concediendo hoy el beso furtivo que se niega mañana, mirándolo intensamente a los ojos, para luego fustigarlo con un mohín de desprecio.

Autoritaria, dominadora, en el triunfo de sus veinticinco años, gozábase de tirar los hilos que sacudían a Gabriel como a un pelele, tirándole a capricho, ya de

la risa o del llanto. El se hizo taciturno, huraño, y sus ojos fueron tras ella, con mirada humilde de perro castigado.

Se tornó perezoso, abúlico. Interrumpió sus estudios, con el pretexto de emplearse en el comercio, pero después no dió un paso por lograrlo, pese a las reprimendas paternas.

Fué así como se fué maleando, en tertulias de arrabal, codeándose con mozalbetes viciosos, frecuentando garitos en los que solía *hacer el indio* en compañía de sus amigos. Su espíritu, sufrió una transición brusca que hizo caer su juventud en un vórtice de peligrosas sensaciones.

La lectura de novelas de folletín, hiciéronle soñar toda una vida de aventuras marinas. No desdeñó, por tanto, en sus vagabundeos por la Boca, la amistad de algunos marinos, tripulantes de veleros que surcaban las aguas del mundo. Ellos estimularon sus locos ensueños con la descripción de paisajes remotos, de puertos pintorescos en los que el amor y el pecado tienen la alegría de un carnaval.

El evocaba sus amoríos, con prima Leonor, cuando la cercaba de peligros, diciéndola en voz baja palabras ardientes que ella oía escalofriada, como si fuesen besos en el caracol de la oreja. Sus manos, cálidas de fiebre amorosa, se buscaban. Pero eran breves concesiones de las que Leonor despertaba con gesto rebelde,

Julián, su hermano mayor, los espiaba con aire rencoroso. Toda aquella batalla, en la que no había vencedor ni vencida, sacudía su alma de celos. En sus trein-

ta años graves, de los cuales viviera más de seis entre los olores caóticos de su farmacia, nunca tuvo novia. ¿Cómo olvidarlo? Sobrevino esa inesperada transformación en Leonor. Evitaba todo encuentro a solas, y cuando él quiso volver a las íntimas familiaridades, lo miró de alto a bajo, con arrogancia:

—Déjame, Gabriel, no somos unos niños. Tienes que respetarme... Soy la novia de tu hermano...

El no olvidaría jamás su indignación, su amarga protesta. ¿Eran así las mujeres?

Había sido un pelele entre sus manos, un instrumento para sus escarceos de amor.

La persiguió con miradas humildes, suplicantes; le pidió con voz emocionada que no se casase.

Ella le oía con los párpados entornados, impasible, como encastillada en su resolución.

—Calla, Gabriel. No niego que he sido tu primer amor... Pero ya sabrás olvidarme...

Hubo de amordazar sus palabras, acallar sus pensamientos de rebelión. Aquella boda de conveniencia que unía intereses familiares, era obra de sus padres.

No pudo soportar esa vida, que le llenaba de rencores. Le ahogaban los celos, la envidia, la impotencia. Pensó en el mar. ¿Por qué no bañar su corazón llagado en el agua salobre?

El mundo no es una casa, una ciudad, una mujer. Hay vastos horizontes, aires de inmensidad, encrucijadas y sorpresas. Y huyó. Sí, porque su viaje fué una fuga. A hurtadillas, sacó un liviano equipaje y una madrugada, sin dejar rastros de su huída, embarcó enrolado en un velero.

Todo le cautivaba en su romanticismo de adolescente. Su propio dolor, cultivado exquisitamente por el recuerdo, añadía un penacho de orgullo a su aventura. Allí estaba el mar para arrojar sus penas, una a una; allí estaba el barco, meciéndose en el azul, hinchada su vela de voluntad.

Los viajes son un beleño para los malos recuerdos.

A bordo supo del dolor físico, de la injusticia, del odio, de la traición y de todas esas miserias humanas, que siguen al hombre como la sombra al cuerpo.

Todo su aspecto débil y enfermizo fué desapareciendo. El tórax, bajo la camiseta a rayas, se insufló como una vela y la cabeza se hizo altanera, por el hábito de mirar al cielo.

Así, enganchado de marinero, recorrió los puertos de Europa, la India, el Asia... Bajo cielos extraños, apuró el amor en diversos labios de mujer. Bebió los placeres, como se trasiega un vaso de vino en la taberna, invadida el alma de una indolencia melancólica. Cumpliendo el ideal de un Don Juan navegante: amar de prisa, con breve intensidad, para olvidar luego.

Pero vino la cordura, el sosiego, el reposo de los sentidos. El mar comenzó a fatigarlo, pues la vida de a bordo era demasiado violenta, como una riña constante con las pasiones y los elementos.

Un barco australiano lo llevó a Nueva York, y desde allí en un peregrinaje pintoresco, en el que fué de todo, ganando jornales de obrero, llegó a San Francisco de California. Cada golpe de la vida iba broquelando su voluntad, haciéndole más fuerte y experimen-

tado. Empleóse en una casa de comercio y en ella adquirió conocimientos prácticos.

El *struggle for live* lo fortaleció. Su imaginación fué estimulándose con la siempre renovada leyenda de los triunfadores del oro. Las epopeyas ejemplares de esos multimillonarios norteamericanos, que se hicieron reyes de la navegación, de los ferrocarriles, del petróleo, después de una ascención maravillosa, le apasionaban. Eran para él la mejor novela del esfuerzo.

Ahora, de nuevo en su querida ciudad natal, Gabriel apoyaba su espíritu en el ambiente familiar. Salía a la calle, con ojos de forastero, tendida la mirada como un anzuelo entre la muchedumbre, a pesca de emociones; con el afán de recobrar la ciudad y recobrarse a sí mismo. Ocho años de ausencia dejan rastros en el espíritu. Había que pasar una esponja por su visión extranjera de las cosas y volver a grabar los perfiles nativos.

Julián lo bromeaba. Regresó vestido a la usanza norteamericana: pantalones muy anchos a la altura de la cadera, chaqueta recta, y un chambergo de alas anchas. Caminaba con un ritmo de marino o de pugilista.

Leonor habíale dicho entre risas:

—¡Pareces un artista de cinematógrafo...!

Y lo miró con esa mirada admirativa que tienen las mujeres, cuando hablan de los héroes de la pantalla.

—Debo estar ridículo — objetó él.

—No, de ninguna manera. Por el contrario, te ves más interesante.

Sus ojos se tropezaron gozosos. Y por primera vez los unió una común sonrisa promisora.

Gabriel volvió a ver a algunos de sus camaradas de adolescencia. Uno de ellos, lo invitó para trabajar juntos. Era Camilo Rossi, un mozo de inteligencia muy viva. Poseía una verbosidad y una simpatía extraordinarias.

Rossi le calentó los cascos con el proyecto de fundar un periódico. Gabriel traía del extranjero ideas prácticas; unidos, el triunfo era seguro.

—Yo necesitaba un hombre como tú. — le decía, golpeándole las espaldas — Juntos vamos a ganar mucho dinero.

Rossi atravesaba por una época de buen auge. Muy alto, con sus grandes lentes enarcados de carey, sin despojarse un momento de sus guantes claros y agitando el bastón, parecía desafiar al destino desde las puertas de un bar elegante de la calle Florida.

Gabriel, que lo acompañaba en sus paseos matinales, gustaba de oir esa charla voluble y optimista.

—Bueno, ya lo veremos. Espera que me oriente unos días más. Yo soy un gran ambicioso y estoy, como tú, dispuesto a triunfar en la vida, sea como sea...

Regresaba a la casa, rumiando diversos proyectos. La ciudad opulenta, con sus espléndidos comercios iluminados, sus arterias congestionadas por una muchedumbre bien vestida y bien calzada, con sus automóviles de lujo, daba una sensación de riqueza y bienestar.

También acá, como en San Francisco, oía a cada paso hablar de dinero. Bastaba con pasar por las ca-

lles cercanas a la Bolsa y los Bancos, para adver en los rostros de los transeuntes esa inquietud, esa n ditación de recuento interior, que se observa en quier rodean una mesa de juego.

Hombres humildísimos, de escaso talento, habían grado conquistar el vellocino de oro. ¿Por qué no l bría de lograrlo él?

Ya no era el indolente, el perezoso de los años p sados. Su carácter habíase tonificado en el dinamism ambiente de las ciudades norteamericanas. La abu es una dispepsia del alma. El, por el contrario, pos el hambre sana, hambre de mordisco, de dentella que comunica al ánimo la ambición.

Pero transcurrían los días, y poco a poco, como u obra lenta y corrosiva, todo ese barniz de hombre pr tico iba esfumándose. Analizó su conducta, hacier memoria de su carácter, allá en Norte América, y at buyó esa indolencia al fenómeno de la adaptación, m semejante al de la convalecencia.

Gabriel había traído tres mil pesos, que ahorrara, San Francisco de California, con extraordinaria fue de voluntad.

Julián le manifestó, a los pocos días de estar casa, de que tenía algunos apuros. Dos o tres paga le quitaban el sueño.

El no supo negarse y puso en manos del herma mayor, aquel dinero, destinado para alguna de sus tividades.

Orzábal vivía sin pensar en nada; se sentía fe junto a su madre, viendo a Leonor y a sus sobrin

embelesados con su presencia. Muchas tardes, de sobremesa, los entretenía, contándoles graciosas anécdotas de sus viajes.

Todas las mañanas paseaba por las calles del centro, especialmente por Florida, gozando con la visión de los transeuntes, sonriendo con los ojos a más de una linda muchacha.

Aconsejado por Rossi se despojó de aquel aspecto norteamericano. Volvió a vestir al uso bonaerense y con esta nueva transformación le pareció que el pasado se alejaba como un barco en el horizonte.

Leonor, al verlo, tuvo un comentario:

—Así me das la sensación de que no te marcharás más de nuestro lado.

Se encontraron sus miradas y sonrieron.

—Eso depende de ti, Leonor — dijo Gabriel, aproximándose.

Era ya casi de noche. Ella estaba sentada, sosteniendo en su regazo a uno de sus nenes, que se había dormido.

—Voy a acostarlo en su camita. ¿Me acompañas...?

Entraron juntos al dormitorio. Leonor, con movimientos suaves, para no despertarlo, posó el cuerpecito del dormido sobre su cuna.

El contempló la escena con aire reflexivo. Aquella alcoba, de pesados muebles, de ancho lecho matrimonial, llevaba a su espíritu una honda desilusión:

Sin embargo, se le ocurrió una broma:

—Ese hijo debiera ser nuestro, Leonor.

Lo decía, risueño, pero en la voz alentaba una emoción contenida.

Leonor se aproximó, ruborizada:

—Calla, no digas eso.

Y su diestra posóse suavemente en los labios del primo. Gabriel besó al vuelo los ágiles dedos, y antes que ella pudiera evitarlo, en un impulso apasionado, le rodeó el talle con sus brazos.

—¿Te acuerdas de cuando eras soltera? — susurró en voz baja. — Yo te quería, entonces, y tú, aunque me lo negabas de palabra, me querías también...

—Suéltame... Salgamos de aquí. Pueden vernos...

No lo rechazaba. Estaba encendida y en sus ojos brillantes había como una súplica medrosa.

—Leonor, dame un beso...

Fué un minuto de embriaguez. Sus bocas se encontraron en un beso ancho y silencioso.

Pero un pensamiento común los apartó, y se miraron, con mirada de miedo, asombrados de aquella locura.

—¿Qué has hecho, Gabriel...?

En su voz había más tristeza que reproche.

El, sin decir nada, pálido, anhelante la respiración, salió de la alcoba.

El beso hondo, pasional, le escarabajeaba en los sentidos; era como una llama de deseo que penetrábale al pecho por los labios.

Pensó, avergonzado, en Julián, en la familia. Y como si anhelase conjurar un peligro, se refugió en la pequeña habitación donde se conservaba el escritorio de su padre.

Pareció verle. Caído sobre la frente un mechón de

canas, vivos y penetrantes los ojos. Ahí, entre esas cuatro paredes, dió en sus manías de inventor.

Gabriel, acodóse sobre el escritorio polvoriento, frente al negro tintero, seco de tinta. Deseaba reflexionar, serenarse, borrar la sensación del beso incitante.

Era la habitación como un museo de emociones: en el muro, un retrato descolorido, con lunares de sol; en la rinconera, los instrumentos de mecánica de que valíase para esos inventos informes, que no alcanzaron la vida milagrosa. Recuerdos que eran ahora como un agua lustral para su imaginación enardecida.

Pasó las manos por su frente, como para borrar un mal pensamiento y, no sin emoción, descubrió en la pared una mancha grasienta, en el sitio en que su padre apoyaba la cabeza.

Era una huella santa. Entornó los párpados con aire de unción y echó la cabeza hacia atrás, posándola, como en un beso, sobre la mancha obscura del papel...

II

El incentivo de lo prohibido, que pone en el alma n estremecimiento de inquietud, uníase a momentos e reflexión y remordimientos.

Leonor lo atraía con el resplandor malicioso de sus os, con el hálito sensual que desprendíase de su cuer-). El procuraba ahogar la mala pasión, pero ella, ominadora, coqueta, reteníalo en una red de peque-as y sutiles tentaciones.

Gabriel pensaba en huir de su presencia, en evitar do encuentro a solas, toda intimidad, pero, pronto onvencíase de que era cobarde para adoptar una re-olución enérgica.

No se hablaban casi. En el pecado no hay palabras. emían que sus pensamientos cayeran fríos, razona-ores, separándolos, y por eso limitábanse a acariciar-e con los ojos, a apretarse las manos y a besarse, a urtadillas, con besos ardientes, que los hacían co-ulgar en una misma idea de traición.

A las horas de comida, Gabriel sufría en forma inde-ble. Miraba de soslayo a su hermano Julián, y tem-

blaba cuando Leonor le buscaba los ojos, gozosa de hacerle sufrir.

Era ella la encarnación de la hipocresía. Poseía un absoluto dominio de sus nervios y tenía un hábil tacto para bordear las situaciones más difíciles.

En cambio, él no hacía sino mirar a Julián con ojos de culpable, como si temiese que el hermano pudiera sospechar esa intimidad creciente que, tarde o temprano, caería en lo irremediable.

Pero no. Julián, confiado, bonachón, nada sospechaba. Sin duda, creyó dormida para siempre esa atracción que Gabriel experimentara por su prima en los años de su mocedad.

Cierto es que ellos, temerosos de una sorpresa, obraban con cautela. Pero, sin embargo, hubo alguien que leyó en aquellos dos rostros atormentados por el deseo. Doña Carmen adivinó la tempestad que agitaba el alma de Gabriel, y más de una vez le miró con una de esas miradas que envuelven todo un reproche.

Desde aquel día, Leonor redobló sus coqueterías, temerosa de que Gabriel se encastillase en un forzado renunciamiento.

En toda su persona advertíase un mayor cuidado. Ya no iba en bata y zapatillas, holgada en su desaliño, como en los primeros días. Peinada armoniosamente su rubia cabellera,. encorsetada, teñidos de púrpura los labios, olorosa a perfumes, parecía más hermosa y menos madre. Se arreglaba para él, se aderezaba para halagarle los sentidos, a fin de uncirlo como un esclavo, al carro de su belleza.

Y en esta resurrección de su coquetería, poniendo en ejercicio sus armas de seducción, iba ganando la batalla. Gabriel ahondaba en sus sentimientos y, aunque veía que no la amaba, que su corazón no respondía al llamado, no dejaba de comprender que ella ejercía un ascendiente sensual sobre sus sentidos.

Una noche, Rossi vino a buscarlo a su casa, después de cenar. Estaba contento, pues su combinación para editar el periódico había dado un resultado maravilloso.

—Felicítame, Orzábal. Ya tengo el capital indispensable. Un socio con todas las de la ley. Es un industrial, que quiere prepararse una plataforma política y el hombre, como no es torpe, ha comprendido que un periódico es el instrumento adecuado. Cuento con crédito en una imprenta y con varios avisos de compañías frigoríficas. ¡La cosa marcha...!

Rossi estaba radiante.

—Me alegro de tu triunfo. Un periódico es un arma siempre temible — opinó Gabriel.

—Es lo que yo te decía. Es una mina inagotable. Se hacen campañas y luego se vende el silencio a buen precio.

Frotábase las manos, con una sonrisa cínica en los labios, guiñando los ojos con un gesto truhanesco que le era peculiar.

—¡Hay que remojar este triunfo, Gabriel...!

Fueron a un teatro y de allí, con tres periodistas que acompañarían a Rossi en la redacción de "El Noticiero" — que así llamaríase el periódico — hicieron una excursión por los sitios alegres.

Orzábal regresó a casa, ya de madrugada, entorpecida la cabeza y las piernas por la bebida.

Tuvieron que ir a despertarle dos o tres veces, a la hora del almuerzo. Se dió una rápida ducha, y de pijama, ojeroso por la noche de holgorio, llegó cuando todos estaban en los postres. Su madre nada dijo, bajando los ojos en un gesto resignado; Julián le gastó una broma picaresca, y en cuanto a Leonor, ésta lo miró con ojos tan expresivos, tan llenos de reconvención, que no tuvo valor para levantar la mirada. Comió de prisa, y se marchó a su dormitorio.

Por la ventana, abierta al patio, claro de sol, llegábanle las risas de los sobrinitos. De la farmacia, separada por un débil tabique, venía el golpear de unos almireces. Abrió su baúl, con el propósito de ponerlo en orden. Era un modo, como otro cualquiera, de matar el tiempo. Además, gustábale echar un vistazo al pasado, representado por un centenar de chucherías compradas en los puertos, y por un manojo de cartas y retratos que le recordaban a las mujeres del camino.

Echó atrás la arqueada tapa del baúl, empapelada como una alcoba, y sus manos hundiéronse en aquel maremágnum de objetos. Muy en el fondo, como un homenaje a sus lejanas aventuras, conservaba una gorra y unos pantalones marineros. Un pañuelo rojo, de seda, bordado con su nombre, lo hizo sonreir melancólico. Era el único recuerdo, que conservaba de Jeannette ¿Qué sería de la buena y dulce mujercita que lo hizo vagar de su brazo, en amorosa unión, por las calles de Marsella?

Recordó a todas esas mujeres que fueron como ho-
s de sol en días de niebla. Sofhi, la rubia y menuda
glesita, enfermera en el hospital de Port Said. Idilio
lado, trunco, en el que las manos y los ojos dijeron
ás que las palabras, pues en aquel entonces hablaba
uy mal el inglés. Irene, la gaditana, que lo amenazó
n matarse la víspera de embarcar; Bu-Bu, la negrita
Dakar, que se restregaba a él como una gatita mi-
osa; Gretchen, la hamburguesa, alta y corpulenta
alkiria, que, prendada de sus ojos, se hizo tatuar su
mbre sobre un brazo blanco como la nieve... ¡Y
tantas otras!

Un golpe suave, dado con los nudillos sobre la puer-
lo distrajo de sus recuerdos.

Cerró el baúl, como si ocultase un secreto, y abrió
puerta.

—¡Cómo, tú aquí...!

Era Leonor, vestida en traje de calle.

—Tenemos que hablar, Gabriel. Mamá acaba de
ir con los niños y Julián ha tenido que ir al Banco.
tamos solos en casa...

—Por lo que veo tú ibas a salir también.

—Sí, pero he querido verte antes.

Hizo un gesto de impaciencia y se sentó en el sofá.

—¿No se te ocurre decirme nada? ¿Te parece muy
nito lo que hiciste anoche? Has llegado a las cinco
la madrugada...

Gabriel, al oir aquella voz imperiosa, se revolvió
stidiado:

—No creo, Leonor, que tenga que rendirte cuenta
mis actos.

—No. si ya lo sé — contestó ella con acento dolorido — Todos los hombres sois iguales...

Hablaba nerviosa, agitada, como poseída de celos.

El se aproximó risueño, conciliador:

—Vamos, mujer, no seas mal pensada. El llegar de madrugada no quiere decir que viniese de una orgía, Además, creo que a ti no te importaría gran cosa.

—Eso querrías tú, que al fin y al cabo me miras como un objeto de diversión. Pero yo no soportaré que me desprecies.... ¿Lo oyes?

Lloraba, con lágrimas de despecho, en las que se fusionaban algo de celos y otro tanto de amor propio.

—¿Con lágrimas, ahora? ¿Pero qué te pasa, Leonor? No creo que me vas a exigir fidelidades, como si yo fuese tu marido.

—Bien claro veo que no soy nada tuyo. ¡ Y yo que he suspirado ocho años, pensando en ti!

—Serénate. y hablemos con calma — dijo Gabriel, sentándose junto a ella. — Veo que te empeñas en recobrarme, en hacerme tuyo, sin reparar que hay un abismo entre nosotros. Julián es mi hermano, y no puedo olvidarlo, así tan fácilmente. Tarde o temprano sospecharía de nuestra conducta, y entonces ¿cómo levantar la frente, cómo alzar los ojos?

—¡Y eres tú el que lo piensas! — murmuró Leonor con ironía — Yo te quiero y en nada pienso. Nosotras las mujeres no analizamos nuestros sentimientos, como los hombres. Nos dejamos arrastrar por ellos como nos pudiera arrastrar la corriente de un río... ¡Pero tienes razón! Hago mal en querer recobrar tu

cariño. Por ti he olvidado mis deberes, el respeto a Julián y a mis hijos. No pensaré más en ti.

—No; eso no — balbuceó él, en un ímpetu en que todas sus razones cayeron por tierra — Tú me seguirás queriendo, Leonor...

Ella lo miró extrañada.

—Eres incoherente en tus palabras. Tan pronto dices una cosa, como luego otra.

Se puso de pie, y llegando hasta la puerta, dijo en voz queda, en la que había como una triste resignación:

—Tú lo has querido, Gabriel...

Orzábal la retuvo de un brazo.

—No, no te irás. He sido un necio hablándote así. La vida hay que vivirla, y no pensarla...

Ella lo rechazó, sin violencia, pero con energía.

—Déjame, Gabriel. Tus palabras me han apartado de mi ceguera.

—No, Leonor, no me hables así.

Se acercó humildemente, vencido:

—Te suplico que me perdones. Yo te quiero con toda mi alma... Seré el de antes, el Gabriel de cuando eras soltera.

La miraba, con ojos de súplica, viéndola frente a él, erguida, majestuosa, con los ojos tristes y la boca plegada en un gesto de amargura, como en una lucha de sentimientos.

—Calla, Gabriel. No puede haber nada entre nosotros.

El la vió, allí de pie, destacando áurea la cabellera en el hueco de la puerta.

Y una vez más, como antes, cuando mozo, se sin subyugado por la dominadora. Rogó, con acentó i plorante:

—No, no te vayas. Yo necesito de tu cariño. serás mía, Leonor.

Un resplandor de triunfo brilló en las pupilas ella.

—Calla, chiquillo, no digas locuras.

Y por primera vez, una sonrisa se dibujó en s labios. Le habló muy bajito:

—¿Me juras ser bueno? ¿No darme celos?

—Te lo juro.

Leonor apoyó su cabeza en el pecho de Gabriel dos lágrimas, cayeron quemantes de sus párpados.

—Leonor, mi Leonor... Tú eres la juventud, pasado, el presente. Lo eres todo para mi coraz Perdóname, nunca volveré a hablarte así.

Ella le acarició los cabellos y le susurró al oído:

—No seas niño. Yo te quiero por encima de tod los peligros.

Gabriel se irguió transfigurado por el regocijo, esta vez sus bocas se buscaron en un beso encendido pasión. Un beso con sabor a lágrimas, que hizo p pitar sus cuerpos en un ritmo de deseo.

III

Cuando Julián entró al comedor, haciendo un gesto de satisfacción al ver la sopa ya servida, Gabriel, de pie junto a la puerta, lo miró de reojo.

Era algo extraño y complejo lo que le acontecía. Toda la tarde había permanecido en su lecho, en una modorra sin pensamientos. Leonor, pasada la embriaguez de aquellos instantes, salió a la calle, a fin de no despertar sospechas. El había quedado a solas en su alcoba, saboreando su triunfo.

Días antes, cuando ningún lazo los unía, su imaginación estaba llena de escrúpulos. Ahora, que el pecado y la traición, habían sido consumados, en todo él había como un fermento de orgullo, de satisfacción. En su sonrisa hervía una profunda ironía, que se deshacía en un gesto compasivo.

Leonor parecía como siempre, risueña, serena, disponiéndolo todo con su aire autoritario. Julián hablaba de las incidencias de la venta, y él, sin saber por qué, sentíase alegre y locuaz.

Miraba a Leonor, y al verla tan guapa, tan carnal en su arrogancia, sonreíase interiormente. Era su revan-

cha. Julián se la había arrebatado, cuando él la quería con toda el alma. Ahora, no hacía sino recobrarla, como en una venganza que le llenaba de íntimas satisfacciones.

Después de los postres, se puso de pie y se miró en uno de los espejos del comedor. Estaba como siempre. En su rostro, más bien risueño y complaciente, nadie hubiera leído una traición. Se tranquilizó.

¿Volvía a enamorarse de Leonor? Varias veces se lo preguntó, buceando en sus propios sentimientos. Aquella alegría, aquel orgullo de sentirla suya, ¿no eran los asomos de su pasión rediviva?

Durante varios días vivieron en una continua zozobra espiritual. Se miraban tan hondamente, tan amorosamente, que más de una vez Doña Carmen los envolvió en una mirada recelosa. A su penetración, no se le escapaba, sin duda, aquella pasión desenfrenada que podía arrastrar el hogar, antes honrado y apacible, a una intensa tragedia.

Leonor no dejaba indiscreción por hacer.

—Mujer, no seas loca — le advirtió Gabriel — Repara que mamá puede sospechar. Hasta la criada nos mira, no sé de qué manera.

Ella reía, con risa incrédula:

—Son miedos sin fundamentos. Julián está en el limbo. Por los demás, nada temo.

Parecía que su temperamento, enamorado del peligro, gozábase en provocar en su amante toda clase de inquietudes.

Pasada la primera ilusión, el inevitable período de

las ternezas, la pasión encendida al rojo blanco, se hizo una cadena torturante para Gabriel.

Despertaba como de una embriaguez, como de un sueño, y al recapacitar, comprendía una vez más que no había sido sino un instrumento en manos de la caprichosa.

Con ojos de asombro iba descubriendo el carácter verdadero de Leonor, y su tiranía llegó a hacérsele insoportable.

Muchas noches, quiso salir, pero encontró que ella le había ocultado el sombrero.

—Vamos, Leonor. Déjate de bromas. Tengo que ver a unos amigos.

—No, tú no me engañas como a una niña. No quiero que salgas...

Y le clavaba los ojos, imperiosa, tiránica. El sabía que si se negaba a sus deseos, ella le esquivaría sus caricias, y, cobarde, encadenado por la sensualidad, humillaba ante su mandato todas las rebeldías que bullían en su espíritu.

El mismo Julián se dió cuenta del dominio que Leonor ejercía en su hermano.

Una noche, que presenció una de esas sospechosas familiaridades, exclamó frunciendo el ceño:

—Basta, mujer. De un tiempo a esta parte te gastas demasiadas confianzas con Gabriel.

—Me parece que con un primo que se conoce desde la infancia...

—Sí, pero de todos modos las bromas tienen su lí-

mite. Tú no eres quien para impedirle salir de noche como son sus deseos.

—No creía hacer nada malo. Pero ya que me lo adviertes no me preocuparé más de Gabriel. Será mucho mejor...

Y se mordió los labios, para disimular su fastidio.

Varias nuevas imprudencias incrementaron las sospechas de Doña Carmen.

Algunas mañanas, uno de los niños, enviado por Leonor, entraba al dormitorio de tío Gabriel. Somnoliento aún, Orzábal aupaba la criatura y la hacía galopar sobre sus rodillas como en un caballito encabritado, provocando risas sonoras. El niño, con sus mejillas arreboladas, brillantes los ojitos de regocijo, iba apuntando con un dedo todos los objetos que le llamaban la atención. Más de alguno pereció entre sus manitas inquietas.

Leonor, desde el patio solía llamarlo, para justificar su actitud, y antes de que el niño obedeciese aparecía en la alcoba de Gabriel con el pretexto de sacarlo de allí.

Era una estratagema que permitíale ver a su amante con los negros cabellos muy revueltos, desaliñado, íntimo. Le daba los buenos días con un beso largo y huía con el niño en los brazos, seguida por los ojos agradecidos de Gabriel.

Doña Carmen, que adivinaba algo, hacía un gesto de desaliento.

Y, no pudiendo ahogar por más tiempo las incertidumbres que agitaban su espíritu, le habló una noche:

—Tengo que hablarte muy seriamente, hijo mío. Yo no he querido decirle nada a Leonor, pues quiero evitarme un disgusto. Tú conoces ya su carácter y no ignoras que me falta al respeto por cualquier futileza. Yo nada he visto, pero hay cosas que se presienten. Vosotros estáis ciegos y no pensáis que hay ojos a vuestro alrededor. Tú no eres un niño; eres un hombre y me parece increíble que te hayas dejado arrastrar por esa loca. Piensa lo que pasaría si Julián se enterase.

—¡Pero de qué estás hablando, mamá! ¿Acaso has podido interpretar de mala manera nuestras inocentes confianzas? — protestó Gabriel, aunque débilmente.

—No disimules, por Dios. No añadas a tu mala acción, la mentira. Habría que estar ciega para no ver lo que ha pasado entre vosotros. Créemelo, hijo mío. Mucha alegría me ha causado tu vuelta, pero mil veces te lloraría ausente en vez de ver cómo traicionas a tu hermano.

Gabriel palideció, y bajó los ojos con gesto de culpable.

—Calla, mamá. No me atormentes con tus suposiciones... Yo te juro...

Pero no pudo seguir, y guardó un silencio demasiado elocuente.

Cogió su sombrero y salió a la calle. Necesitaba estar solo, reflexionar, acallar los escrúpulos que surgían ahora en su conciencia.

Desde aquel día se propuso ser firme de voluntad, y para ello evitó todo roce con Leonor. Ella comprendió

aquel cambio brusco y trató de hablarle, pero él eludió las ocasiones.

Leonor lo miraba con asombro, como inquiriendo con los ojos qué significaba aquella extraña conducta. El, en cambio, como despojado de una venda, aprovechó para analizar el carácter de su amante.

Había vivido allí en familia, asistiendo a todas las intimidades del hogar, y tan solo ahora descubría algunos detalles odiosos. Leonor lo disponía todo, como única dueña de casa, mientras su madre permanecía, relegada a segundo término, como una reina sin trono. Doña Carmen cuidaba de sus nietos y pasaba horas y horas cosiendo o remendando ropitas de los dos destrozones. Y en más de una circunstancia, ya estuviese enferma la criada o bien anduviera de compras, era su madre la que se levantaba de su asiento para ir a la cocina.

Gabriel fué descubriendo todos esos pequeños detalles, todas esas ínfimas y sutiles perversidades, que iban fatigando a la madre en una silenciosa resignación.

¿Era posible que Julián tolerase semejante cosa? El no tardaría en protestar, en poner las cosas en su verdadero terreno.

Una mañana, en que se levantó más pronto que de costumbre, vió a su madre lavando en el cuarto de baño.

Su indignación se acrecentó con aquel descubrimiento.

—No, yo no lo tolero. Esto es demasiado. Bien puede ese miserable de Julián, pagar una lavandera.

—Calla, hijito. Si yo me entretengo trabajando. No sabría estar ociosa.

Lo decía sonriendo, con esa sonrisa dulce, de sacrificio, que él vió siempre en el rostro santo de la anciana.

Las lágrimas acudieron a sus ojos.

¡Pobre madre...! Siempre sonriendo, siempre esclava. Andando suave y blandamente, como para no hacer ruido; ocupando el menor sitio posible, cediendo el paso a la juventud, como si su alma hubiese hecho un voto de renunciamiento.

Todos esos detalles, que acusaban en Leonor una mezquindad de alma y en Julián una cruel indiferencia, le hicieron repudiar aquella casa.

Se indignó contra sí mismo. Había llegado a desempeñar en las sombras un papel de traidor, engolosinado por unos besos de mujer. No, eso no era digno de un hombre.

Leonor le habló una tarde, ya de sobremesa.

—¿Qué te pasa? ¿Estás arrepentido?

Lo miró provocativa. Estaba guapa, encendidas las mejillas por el calor, muy escotada, desnudos los brazos. Gabriel la miró casi con rencor:

—Creo que ya es hora de acabar con nuestras relaciones.

—Ah, ya te comprendo... ¿Tienes otra?

Mirábalo burlesca, con displicencia, como segura, una vez más, de su triunfo.

—No, nada de eso. Pienso que es una locura continuar esa comedia de todos los instantes.

Doña Carmen interrumpió el diálogo que se iniciaba.

Leonor no supo disimular su desagrado. Frunció el ceño y abandonó el comedor.

Gabriel se sintió satisfecho de haber provocado aquella irritación. Y, por unos momentos, quedó pensativo, golpeando suavemente con la cucharilla del café.

Transcurrió una semana. Como en un acuerdo tácito, Leonor y Gabriel dejaron de hablarse. Esto produjo, en las horas de las comidas, ciertos silencios mortificantes que pusieron en Julián un aire de desconfianza.

Leonor no disimulaba su enfado y el propio Julián lo advirtió:

—¿Qué os pasa? ¿Estáis enfadados?

Ella hizo un gesto de indiferencia, un respingo de los labios:

—No siempre está una con ganas de hablar.

Desde aquel momento el ambiente se llenó de frialdad y recelos.

Julián llegó a mirar torvamente a su hermano, y hasta hubo en sus palabras más de una velada intención.

Gabriel no tardó en sospechar que Leonor, colérica por su rechazo, herida en su amor propio, conspiraba contra él. Sin duda, ella influenciaba en el ánimo de Julián, pues de lo contrario éste no hubiese cambiado en su trato, así, tan radicalmente.

En las conversaciones, que forzosamente hacíanse generales, ella hacía gala de un prurito de contradicción. Y más de una ironía o frase de doble sentido fué a herir la susceptibilidad de Gabriel.

—Tú debieras buscarte un empleo — le aconsejó Julián — No creo que pienses quedarte en casa.

Lo dijo con un retintín mortificante, y, como deseoso de ver el efecto que causaban sus palabras, miró a Gabriel con el rabillo del ojo.

—Yo sabré pronto lo que voy hacer. No necesito consejos — respondió malhumorado.

Doña Carmen alzó las manos en un gesto de espectación, pero nada dijo.

Julián insistió:

—Soy tu hermano mayor, y bien puedo aconsejarte. De un tiempo a esta parte gastas muchos humos. Si crees que tienes derechos por haberme prestado tu dinero, te equivocas. Puedo devolvértelo en dos meses más.

Gabriel lo miró casi con desprecio:

—No soy tan ruín para ocuparme de esa miseria. Quédate con el dinero, si te da la gana. Lo que hay es que no quiero que se me mire como a un intruso, ni se me den alfilerazos... Estoy harto de indirectas.

—Por lo visto tus años de perrerías no te han servido de nada. Eres el soberbio de siempre.

Leonor, bajaba los ojos, un poco alarmada por el tono agrio que se advertía en las voces.

—Prefiero ser orgulloso, soberbio, como tú dices, a ser un miserable y mezquino. Yo en mi casa jamás hubiese hecho lo que tú haces. Aquí se trata a mi madre como a una esclava, como a una sirvienta.

—¡Pero, hijito, por Dios! — intervino Doña Carmen, conciliadora.

Julián se alzó del asiento. Estaba lívido, tembloroso de indignación.

—¡Qué yo trato mal a mamá! Que lo diga ella...

Gabriel sonrió, sarcástico:

—¡Qué va a decir, la pobre, si es una santa! Ayer, para no ir más lejos, con el pretexto de que necesitas guardar ciertos productos de la farmacia, le has hecho cambiar su dormitorio por una habitacioncita obscura que apenas tiene ventilación. El mismo escritorio de papá, que debería ser respetado, está lleno de hierbas, de latas y cajones. Ese es tu amor por la familia...

—La casa es estrecha y no ha habido otro recurso. Si quieres estar más ancho, ya sabes el camino, — refunfuñó Julián.

—No hay necesidad de que me lo repitas. Ya sabré marcharme...

—¡Pero, hijos míos, qué cosas estáis diciendo...! — exclamó la madre.

Julián se encogió de hombros y se alejó, cerrando de un portazo la puerta que comunicaba el patio con el interior de la farmacia.

Doña Carmen, deseosa de evitar un disgusto con la nuera, salió del comedor.

Entonces, Leonor aprovechó la ocasión para calmarlo.

—No te pongas así. No hagas caso a Julián, es su genio...

Y su mano acarició los cabellos del amante.

El la miró tristemente:

—Déjame, Leonor. Esto no es un hogar, no es lo que yo soñaba. Cada día me siento más extraño, más

empequeñecido entre estas cuatro paredes. Es preferible el mar, la tempestad, el agua y el viento azotándonos... Es menos mentira, menos falsedad que esta comedia ridícula de la familia.

—No le des importancia, Gabriel. Me tienes a mí...

Y se aproximó, risueña, ofreciéndole los labios.

Pero Gabriel, malhumorado, terco, la cogió del brazo desnudo, casi con rabia, y la rechazó bruscamente.

IV

La redacción de "El Noticiero", fué instalada en dos piezas de un viejo caserón de la calle Maipú, destinado a oficinas.

El zaguán estaba invadido por retratos de novios, de muchachas vestidas de carnaval o en tules de primera comunión. Eran del fotógrafo del primer piso. Había que ascender una escalera, lóbrega, de negro pasamano de hierro. En el piso segundo quedaban la administración y redacción de la virulenta y alarmista hoja cotidiana.

Una mampara de cristales escarchados dividía la redacción. Rossi no ocupaba casi su escritorio, pues todo el día pasaba en la calle, ya venteando una noticia de escándalo o correteando un aviso que estaba por caer.

Almada, un viejecillo español, de bigote entrecano y amarillento por el tabaco, atendía al público desde la ventanilla.

Dos mozalbetes pálidos, con melenas y humos de poeta el más joven, borroneaban papel. Un mapa de Buenos Aires, el retrato oleográfico de un caudillo

político, y algunas fotografías de *cine,* adornaban las paredes.

En la administración, había un ancha mesa, tras la que parapetábase Ibáñez, el administrador, cajero y agente de avisos, todo en una pieza, del flamante periódico. En un sofá derrengado, amontonábanse diarios del *canje* y junto al reloj que marcaba las horas de una vida azaroza y complicada, destacábase en sus macizos perfiles el mueble más fantástico de la empresa: una caja de caudales, que debió pertenecer a una quiebra, y que hoy era todo un enigma en su obstinada cerrazón.

Los dos redactores, bisoños en las lides periodísticas, poseían cualidades que a Rossi le cautivaron: eran soñadores, resignados, y un mucho desaprensivos.

Llamábase Alfonso Sierra, el con pretensiones de poeta. El otro, Elías Marini, menudito, ratonil, era un lince para traer noticias de escándalo. Poseía un estilo pomposo y era un maestro en el arte de los títulos llamativos. Un ancho gomero y unas tijeras, dignas de un sastre, completaban las armas de aquellos redactores que con pericia admirable, sabían preparar el *relleno,* valiéndose de las noticias publicadas por los diarios de la mañana.

"El Noticiero" hacía su aparición a las dos de la tarde, aunque hubo días que se retrasó hasta las ocho, por no haberse pagado antes satisfactoriamente, los gastos de la edición. Se vivía al día, buscando en todos los instantes el auxilio milagroso que le alargaba la existencia al periódico.

Aquel capital de que hablara Rossi a Gabriel, no pasó de ser una fantasía. Un crédito, por quince días en la imprenta, y a Dios gracias. Pero Rossi era demasiado listo para dejarlo morir.

El diario llevaba más de un mes de vida y, poco a poco, iba imponiéndose.

—Es cuestión de paciencia. Ya verás tú, como en poco más se convierte en una mina — le decía a Orzábal, que iba a hacerle compañía casi todas las noches.

Rossi era activo incansable. Entraba a la redacción cantando, arrojaba los guantes y el bastón, y comenzaba a pronunciar un discurso que valía como una inyección de optimismo para Sierra y Marini, los redactores.

Era un simpático fanfarrón. Vestía con elegancia: camisa de seda, traje entallado, gruesa perla en la corbata.

Frecuentaba camarines y en más de una ocasión vendía elogios a una empresa, después de haber fustigado algunos estrenos.

—¡Hay que saber vivir! — decía riendo, y tomando el dinero obtenido hacía dos partes. Una para "El Noticiero" y la otra para sus gastos personales.

Orzábal solía acompañarle en algunas de sus andanzas. Desde que tuvo aquel incidente con su hermano Julián, procuró estar en casa lo menos posible.

Varias mañanas las dedicó a buscar empleo, pero pronto se desanimaba al ver que había centenares de desocupados como él, para una sola plaza vacante.

—Yo sé inglés, contabilidad — decía Gabriel. Pero, por lo visto, en la gran urbe, asaltada de extranjeros,

muelle en que todo barco arroja un puñado de hombres, ansiosos de ganarse el pan, el tener conocimientos comerciales y saber idiomas, está al alcance de no pocos.

El buscaba un sueldo en armonía a sus aspiraciones, pero se le ofrecían puestos tan ínfimos, tan mal rentados, que pronto se descorazonó.

Aceptó uno de esos empleos, por vía de ensayo, pero no resistió más de quince días. El jefe, un italiano de carácter violento, le hacía sentir a cada momento, en forma plebeya y ostensible, su superioridad.

Orzábal recapacitó. El no había vuelto a su patria, para caer en las manos de cualquier aventurero con suerte. Bastante sufriera en tierras extrañas para venir a someterse a otras voluntades. No, no valía la pena.

Cuando Julián se dió cuenta de que no iba más al empleo, se encogió de hombros.

—Este Gabriel no será nunca nada. Para labrarse una situación hay que sufrir con paciencia...

Rossi celebró con risas su resolución.

—Así me gusta, hombre. No hay que ser esclavo. Convéncete que aquí no estamos en Norte América. Aquí la fortuna no se gana con constancia, con ahorros, a cuenta gotas. En países como éste, entre esta muchedumbre de aluvión, que es Buenos Aires, la fortuna hay que conquistarla de un golpe, con audacia, con talento. Hay dos tipos de hombres que se enriquecen. El que pasa toda una vida tras un mostrador, como tu hermano Julián, y el que se hace rico de la

noche a la mañana, como si se hubiese jugado la vida a una carta. De esos, de los audaces, es Pérez Luján. ¿Te acuerdas? Repórter con cien pesos al mes; fracasado como autor teatral, un Don Nadie, pero eso sí, con unas ganas de abrirse paso dignas de una fiera. Se ha casado con una viuda rica, y ahí lo tienes, manejando un "Packard", dueño de caballos de carrera; bebiendo champaña todas las noches en el Asirio.

Orzábal quedaba pensativo. Sí, hasta cierto punto, Rossi tenía razón. No había sino dos caminos. El que seguía Julián, sórdidamente, lentamente, volviéndose cada día más viejo, más calvo y más flaco; y el de Pérez Luján, que sabía valorizarse en la feria, haciéndose pagar por una viuda rica.

La ciudad era demasiado tentadora, demasiado alegre, como para pretender esclavizarse.

—Imítame a mí — decía Rossi. — Vivo libre, sin horarios, sin obligaciones. Salgo a la calle y la calle es mía. No me habituaría a vivir de un empleíto. Es la vida del pájaro enjaulado que no vuela, pero tiene el alpiste seguro. Prefiero tender las alas y lanzarme sobre toda la ciudad como un águila tras su presa. Es así como podemos tropezar de manos a boca con la fortuna.

—Sí, te comprendo — decía Gabriel — Nunca como ahora aprecio tanto la libertad. Pero es el caso que los días pasan y no hago nada práctico, nada positivo.

—Ten paciencia. Espera que "El Noticiero" tome rumbos. Ya verás tú como habrá para todos.

Una noche, su amigo tardó en llegar. Orzábal se entretuvo en hojear unas revistas.

Rossi entró radiante.

—¿Sabes a quién me he encontrado? A Pérez Luján. Hemos quedado en vernos mañana, los tres en el *Asirio*. Le he hablado de ti. Estoy seguro que nos va a servir para algún negocio.

Gabriel tenía un vago recuerdo de Pérez Luján.

—¿Pero él se acuerda de mí?

—Ya lo creo. El era de los que iban a jugar a casa de *Mariano,* allá en Rivadavia.

—Está bien. Iremos mañana.

A la noche siguiente se reunieron en el *Asirio*. Era el *cabaret* de moda.

Un murmullo de voces mezclado a la música estrepitosa de una orquesta típica, llegó hasta ellos, al correr la gruesa cortina custodiada por un negro de roja librea. En todas las mesas había pantallas de luz y sendos cubos de champaña.

Pérez Luján estaba acompañado de una francesa de mirada alargada y viciosa.

—¿Hola, Orzábal? ¿Se acuerda Ud. de mí?

Al verle, Gabriel no pudo menos de sonreir. Pérez Luján estaba igual que ocho años atrás. Con su misma cara mofletuda y afeitada, su bigote recortado, y sus cejas negras y espesas.

El bohemio de antes, que iba a jugar un arrugado billetito de un peso, a casa de *Mariano,* la timba de la calle Rivadavia, era hoy todo un señor. Tenía el inconfundible empaque del hombre rico. Mordía un grueso habano y en sus ojos había una mirada de indolencia para todo lo que le rodeaba.

Charlaron largo rato. Pérez Luján tenía entre manos varios asuntos y necesitaba un hombre vivo y práctico como Orzábal. Le dió su tarjeta.

—Lo espero mañana, en mi casa.

En aquel momento una mujer alta, matronil, de cabellos rojos como una llama, irrumpió en el *cabaret*. Era muy blanca y su perfil tenía las características de las mujeres del Norte.

Gabriel recordó a Gretchen, su lejana amiga de Hamburgo.

La mujer se despojó del pesado abrigo de pieles y su busto opulento, ajustado en un raso verde y brillante, emergió tentador. Tenía los brazos gruesos, rollizos y albos como los de la alemana. Orzábal la miró con interés.

—La italiana te mira con buenos ojos — indicó Rossi.

—¿Es italiana, esa mujer?

—Si no es italiana, es francesa. Estuvo hace dos años trabajando en el Casino. Es de las que se enamoran de Buenos Aires y aquí quedan para alegrarnos la vida — añadió, alardeando de sus conocimientos de viejo *cabaretier*.

Gabriel no apartó ya sus ojos de la atractiva hembra.

"Debe tener años, — pensó — Y sin embargo, aún triunfa".

Como si adivinara lo que él pensaba, le sonrió desde su mesa.

—Me ha interesado esa mujer. Espera, voy a hablarla.

Se levantó de su asiento y fué hacia ella, que aguardábale risueña.

Era italiana, efectivamente. De cerca, veíase que los verdes ojos, inmensas y brillantes esmeraldas que penetraban al mirar, estaban pintados en los párpados, como en un engarce de sombras. Algunas arrugas acusaban los años. Gabriel la sopesó con sus miradas. Era ancha de espaldas, carnosa; de senos ingentes. La escultura del cuerpo, moldeado en el ceñido vestido verde, como en una tela mojada, tenía una atracción lujuriante.

Treinta y seis años, sí, y quizás más; pero aun estaba magnífica en su pesada majestad de reina. Los cabellos eran aurirojos como una llamarada; la garganta y los hombros de una albura lechal. En la nariz fina, aguileña, y en las mejillas arreboladas de carmín, observó unas leves pecas, como constelación de oro caída de los propios cabellos. A Gabriel le sugirió una Venus de mármol, dorada de sol en un jardín.

—Se parece Ud. a una amiga que tuve en Hamburgo — dijo él.

—Las mujeres de mi edad siempre recordamos a alguien — replicó sonriendo.

En la frase sutil temblaba una suave ironía.

—Es Ud. bella, y claro está, la belleza siempre trae evocaciones consigo...

Charlaron brevemente. Ella abrió su monedero de oro, en el que resonaron llaves y monedas, y le tendió una pequeña tarjeta perfumada: Rosina Albani.

—¿Espera Ud. a alguien? — inquirió Gabriel.

—Sí, a un amigo. No tardará en venir.

—Me despido, entonces. Pero le ruego nos veamos mañana en la noche.

—Encantada. Estaré a las once, en esta misma mesa.

Gabriel le estrechó las manos calurosamente y se reunió a sus amigos.

—Has hecho una conquista — le dijo Rossi con tono burlón.

Orzábal calló. Aquella mujer otoñal, de una belleza reposada y madura, habíale cautivado.

Volvió la cabeza para mirarla, con nueva sonrisa de despedida, y, conturbado por extraña emoción, salió del *Asirio*.

V

A la mañana siguiente, Orzábal fué a casa de Pérez Luján. Vivía éste en un magnífico *petit hotel* de la calle Juncal.

Un criado, con chaleco amarillo rayado de negro y mangas de percalina, lo hizo aguardar en el escritorio. Amueblado al estilo inglés, presentaba un aspecto severo. Dos librerías negras dejaban ver los tejuelos, con letras doradas, de los libros de fina pasta. En la mesa-escritorio, reposaba un monumental tintero de plata: un caballo de raza y su *jockey*. De las paredes pendían grabados al acero con escenas de carreras en los hipódromos de Epsom y Longchamps.

Gabriel no se sentó. Prefirió curiosear las estampas que adornaban la habitación. Fotografías de los cinco caballos que constituían lo más granado del *haras* de Pérez Luján; unos dibujos modernistas, de mujercitas galantes, y los retratos de Lord Derby y algunos *jockeys* célebres.

Se aproximó al balcón. Tras los claros visillos, el sol de mediodía descendía en ancha y luminosa columna, de dorados corpúsculos, iluminando en la alfombra un corimbo de rosas,

Veíase a través de los cristales un pedazo de jardín recortado a la inglesa, con enarenados caminillos. Entornadas las celosías de los demás balcones, suaves las pinturas, pulidos los bronces, toda la casa parecía envuelta en paz y silencio, como en un hondo sentido de estabilidad.

Era lo que él soñaba. El bienestar de la riqueza sólida, de la renta inamovible, del hoy sereno y del mañana sin sobresaltos.

Quedó meditativo, con más emulación que envidia.

—Perdóneme que lo haya hecho esperar. Estaba en el baño.

Era Pérez Luján, muy afeitado, risueño y mofletudo, luciendo un *fumoir,* de vueltas de seda.

—Estaba admirando su casa....

—Es más grande y cómoda de lo que parece a simple vista. Ya tendré el gusto de mostrársela.

Se arrellanaron en sendos sillones. Pérez Luján apoyó un timbre.

—Tráeme cigarrillos, — ordenó al criado.

Orzábal no se atrevió a ofrecerle de los que él fumaba, demasiado baratos para un sibarita como su nuevo amigo.

Cuando el sirviente hubo traído el tabaco, la charla fué estimulándose con el humo.

Pérez Luján hablaba entusiásticamente de sus caballos, de sus triunfos en *prêmios clásicos* y *handicaps,* usando de esa jerga, salpicada de palabras inglesas, que tanto enardece a los carreristas.

Orzábal evocó algunas carreras que presenció en los

Estados Unidos, en el Hipódromo de Belmont Park. Pérez Luján le escuchó con interés algunos detalles referentes al cruzamiento de los *pur sang*.

Como un hidalgo habla de su nobleza, remontándose a los más esclarecidos títulos de su árbol genealógico, así fué hablando de sus caballos especificando el *pedigrée* de cada uno de ellos, nombrando a los antepasados, con elocuencia digna de un yeguarizo.

—Ud., que viene del extranjero, me puede ser muy útil. Necesito un amigo de confianza para adquirir dos caballos que deseo formen pronto parte de mi *haras*. A mí no me los venden sino a elevado precio, pero estoy seguro que Ud. los va a obtener ventajosamente.

Puntualizaron el negocio. Tratábase de un inglés, Míster Lawrence, hombre testarudo y caprichoso. Jugador sempiterno, había poseído en la provincia de Buenos Aires una espléndida cabaña; pero, entre mujeres y reveses del tapete verde, su fortuna había ido esfumándose. Actualmente poseía un *stud* en Palermo, en el que recibía pupilos. De la cabaña, en la que hubo notables padrillos, restaban solamente tres o cuatro animales que en manos más cuidadosas podían aún rehabilitarle. Pero Lawrence, bebedor, mujeriego, desmoralizado por una sucesión de fracasos, dejaba pasar las oportunidades de valorizar esos animales llamados a triunfar con una inteligente preparación.

—Ud. lo va a tratar, Orzábal. No diga ni por broma que me conoce. Lawrence no me puede ver ni en pintura y, sabiendo que yo me intereso por *Tetrarca* y *The Pretty,* le pondrá toda clase de dificultades. Yo

le voy a dar una carta para el diputado Monreal, a fin de que éste, a su vez, lo recomiende a Lawrence.

Le explicó minuciosamente cómo tendría que proceder. Los caballos estaban en perfectas condiciones, según cierto veterinario de confianza que los había examinado. El caso era obtener un precio razonable. Veinte mil pesos, a lo sumo, por *Tetrarca* y unos quince o dieciséis mil por *The Pretty*.

—Lo que Ud. efectúe la operación, yo le abonaré una cantidad por sus buenos oficios.

—No se preocupe por eso, — replicó Gabriel con gesto desinteresado — Yo tendré mucha satisfacción si logro adquirir esos caballos al precio que Ud. desea.

Pérez Luján miraba a Orzábal y pensaba para su fuero interno: "Este mozo simpático, elegante, acostumbrado a un ambiente práctico como el de los Estados Unidos, me conviene. Puedo utilizarle para varios asuntos..."

Se hizo una pausa en el diálogo y Gabriel la aprovechó para consultar su reloj.

—Son las doce... ya es tarde. Volveré luego, si le parece.

Habíase puesto de pie, pero su nuevo amigo le retuvo:

—No se marche Ud. Quédese a almorzar. Luego escribiré la carta para el diputado Monreal.

Gabriel agradeció cortésmente la invitación que le permitía participar de la intimidad del amigo.

La señora de Pérez Luján, la viuda del doctor Arizmendi como aun llamábanla en sociedad, era una mu-

jer cincuentona, alta y maciza como una torre. De cabellos teñidos, de ojos negros, bovinos en sus párpados circuidos de anchas ojeras, con una sobrebarba adiposa que le hacía pliegues en la garganta, era el prototipo de las mujeres que llegan a la vejez alimentando entre grasas el ascua de la sensualidad.

Durante el almuerzo, sobrio, mezquino casi, pero alternado con vasos de buen vino, Gabriel observó, no sin una risa interior, la cómica mimosidad de la dama. Miraba a Pérez Luján, mofletudo y barbilindo, con ojos de glotonería. Le servía ella el vino y el pan, dejándose éste servir con un gestecillo de niño mimado.

No se habló sino de teatro y de carreras. Después de los postres, ella se excusó. Tenía que ir a una junta de damas caritativas de la cual era vicepresidenta. Pérez Luján la despidió con un beso.

Fumaron sendos habanos, trasegaron algunas copillas de cognac y luego de haberle escrito la carta de presentación para Monreal, Gabriel se despidió.

Salió de casa del amigo, complacido de su gentileza. La amistad de un hombre rico siempre reconforta el ánimo.

Sus ambiciones, sus ensueños de triunfo, desperezábanse. Aquel negocio podía ser el primer peldaño. Por lo pronto, él sabría aprovechar sus vinculaciones con Pérez Luján y con Monreal. Varias veces se sorprendió pensando en su cita del *Asirio*. La italiana opulenta, de ojos verdes, habíale dejado preocupado. A las once de la noche lo aguardaría en el bullicioso *cabaret,* tan poco propicio para la charla.

Al atardecer, fué a la redacción de "El Noticiero", a buscar a Rossi. Salieron juntos a tomar el aperitivo, y no tardó éste en preguntarle:

—¿Y qué hay? ¿Viste a Pérez Luján?

—Sí, estuvo muy amable. Me invitó a almorzar y conocí a su señora. En cuanto a negocios, ya estamos de acuerdo. Iré a ver, de su parte, al diputado Monreal, el que me dará una carta de presentación para Mr. Lawrence.

—Ah, sí, ya sé... El de los caballos de carrera...

—Se trata de una compra importante. Un papel de comedia, claro está. Apareceré ante sus ojos como un hombre de capital.

Rossi, interesado en el asunto, lo invitó a comer en un restaurante de la calle Carabelas.

—Yo rara vez ceno en casa. A veces no tengo tiempo y otras, me falta el humor. Como donde cae... —explicó a Gabriel.

Hijo del ambiente, ignoraba las delicias del hogar. El había nacido para vivir y penar en la calle. Tenía esposa, hijos, padres ancianos, que vivían con él, pero todo aquel familión que comía a sus expensas, le traía muy sin cuidado. "¡Qué ellos se arreglen! Bastante tengo yo con luchar todo el santo día!", solía decir con aire indolente.

El restaurante era uno de esos sitios frecuentados por individuos de toda índole. El suelo lleno de aserrín. Los percheros colmados de abrigos y sombreros. Tres o cuatro mozos diligentes llevando las viandas, de un fuerte olor a especias.

El *menú,* garabateado en tinta morada por el italiano del mesón, corría de mano en mano recogiendo las huellas de los dedos grasientos.

Restaurante económico, sin más música que la de la vajilla en trasiego, servía de amparo a muchos hombres sin hogar de la gran urbe.

Todas esas gentes, y muchas otras que a esa misma hora, llenaban numerosos restaurantes y lecherías, se desparramaban luego en caravana de hormigas por las calles céntricas. En la de Corrientes, arteria de los hombres nocherniegos, encontraban el *cine* o el teatro popular que les mentía un poco de ilusión.

Orzábal se ponía melancólico al pensar en ese género de vida.

—Buenos Aires es una ciudad de hombres — declaró en voz alta.

—Por eso es triste, aburrido — objetó Rossi — Ya lo ves, no hay una sola mujer entre nosotros.

—Tiene que ser así. El hombre emigra más que la mujer. Toda esta muchedumbre que se agita por teatros, restaurantes y cafés, es extranjera en su mayoría. Y si le preguntan a cada cual en lo qué piensa, te hablará de hacer dinero y volver a su patria.

—Es verdad — interrumpió Rossi. Todos ellos han venido a Buenos Aires como a una feria. No piensan sino en el retorno, en la ciudad, o en la aldea que dejaron atrás. Es por eso que le han dado a la urbe ese aspecto movedizo, esa psicología cambiante, esa transhumancia en las ideas y en el carácter.

—Sí, dices bien. Son como un campamento de gitanos que han hecho tienda de la ciudad toda.

—Tú y yo, tenemos que luchar contra esa ola humana que se hace y rehace a cada instante. Somos dos hombres nuevos, desnudos de tradición, pero, sin embargo, comprendemos que el triunfo de la vida está en las raíces. Tú te lamentas de la falta de afectos, y de estabilidad. Todo eso hay que crearlo. En algunos países, como en nuestras provincias, basta con dejarse vivir. El correr de los años sirve para afianzarnos sobre la tierra en que vivimos. Aquí, no. Hay que tener dinero, nada más que dinero. A esta muchedumbre cosmopolita no llegan las voces suaves del corazón. Hay que hacer tintinear nuestras monedas, como si fuesen cascabeles.

—Tienes razón. Sobre esta tierra en que mil huellas se entrecruzan, en que pasan hombres de todas las razas, ¿quién podrá reconocer nuestra pisada? Aquí no hay tradición, ni la habrá hasta que toda esta marejada de castas, se aquiete, se arremance. En esta espuma hay muchas alas que tiemblan...

—Sí, pero las alas no son sino inquietud. Se requieren raíces que ahonden en la tierra. Los pájaros no prestan sombra. Los árboles, aunque hacen temblar sus hojas como alas, son inamovibles, constantes.

Callaron unos momentos.

Un hombrecillo de barba rojiza y manos trémulas, sorbía su sopa. Un cura, con la sotana alzada hasta verse el pantalón, recortaba su perfil aguileño sobre el muro enyesado. Dos estudiantes, tarareaban un tango con un sonsonete burlesco, golpeando las cucharillas del café.

—Basta de filosofía barata, querido Gabriel. Sírvete un poco más de ternera, pues no está del todo mala.

Orzábal sonrió. Se entregaron a la prosa de la vida, y ya no cambiaron frases de alguna importancia, hasta los postres.

Habían apurado toda la botella del vino y añadieron dos copas de cognac al café.

Rossi se detuvo a comprar dos cigarros, y tuvo un piropo para la muchachita que los vendía. Cogidos del brazo, enardecidos por el licor, encaminaron sus pasos hacia el *Asirio*.

—Sí, tienes razón — pensó Gabriel en voz alta — aquí no hay otra cosa que hacer. Dinero, nada más, dinero...

Estaban en la calle Florida, cruzada de *autos* particulares.

—Las ciudades cosmopolitas enseñan a vivir superficialmente. Halagan los sentidos como una mujer fácil lujosamente vestida. Tú y yo tenemos que conquistarla, — añadió Rossi, con sonrisa optimista.

Se encontraban en las puertas del *cabaret*.

—¿Me acompañas? He quedado en venir a verla a las once. — dijo Orzábal.

—¿Todavía piensas en la italiana de anoche?

—¡Qué quieres! Me fué muy simpática.

Una bocanada de artificiosa alegría, hecha luz, música y risas, les dió en el rostro al correr el espeso cortinón que escudaba el galante misterio. Quedaban muchas parejas, de sobremesa, enrojecidos los rostros por la cena bien rociada. Comenzaban a llegar una a

una, con una prisa de empleadas que llegan rezagadas a su tienda, las muchas *habitués* del *Asirio*. Algunas contestaban con un manotón familiar el saludo del negro corpulento, de roja librea, que custodiaba la entrada como un dragón de utilería.

La orquesta típica, dirigida por un mozo de cabellos rizados y sonrisa ambigua, iniciaba un gangoso tango de nombre arrabalero.

Se sentaron. Orzábal miró en torno suyo con ojos atentos, pero, por el gesto que hizo, comprendió Rossi que la italiana no había llegado.

—No hay nada más aburrido que estos sitios de diversión. La alegría es como el amor. Si vamos en su busca, huye al vernos. En cambio viene a nuestro encuentro cuando menos lo pensamos — filosofó Rossi.

—Y si esto lo decimos, nosotros ¿qué no pensarán estas mujeres, que han hecho de la alegría una profesión? — añadió Orzábal — Míralas, ríen como máscaras, con una risa que no tiene nada de risa.

Hacían observaciones, comentando, y mientras conversaban bebieron algunas copas de oporto. Hasta la media noche no era obligatorio beber champaña.

Algunas mujeres intentaron hacerles compañía, pero en la actitud comprendieron que no serían acogidas. Pasaron junto a la mesa, mirando de reojo.

Orzábal consultaba, nervioso, su reloj, y, no sin inquietud, volvía los ojos hacia la puerta de entrada.

—Son las doce menos veinte — dijo Rossi.

—Ya lo sé. Esperaremos hasta las doce. Por lo visto me ha dejado plantado....

Aguardaron un tiempo más, pero inútilmente Rosina Albani, la italiana del abrigo de pieles y los ojos de esmeralda, no aparecía.

—Yo creo que te ha tomado el pelo — bromeó Rossi.

—Es extraño. Me aseguró que tenía mucho interés en verme nuevamente.

Orzábal no sabía disimular su molestia. Estaba entre triste y malhumorado.

—Bueno, se acabó. Que la espere otro.

Se alzó del asiento con un gesto de cólera mal reprimido. Rossi acabó de beber su copa, parsimoniosamente, y le siguió con una sonrisa casi burlona en los labios.

—Vamos, no lo tomes así. Habrá tenido algún compromiso.

Las doce se dejaron oir. Orzábal y Rossi salieron a la calle.

Gabriel sentía que el despecho le ahogaba como una vaharada de alcohol. Nada le irritaba tanto como esperar en balde a una mujer.

Rossi, iba a su lado, monologando con acento optimista:

—Esta es la hora grata para mí. ¡Qué simpáticas las calles sin muchedumbre ni tráfico! Buenos Aires dormido, parece retroceder a su pasado colonial. Es una hora de reflexión, de serenidad. Miro al cielo, respiro el aire fresco que viene del río, y me siento curado de las heridas del día.

—Veo que el oporto te ha inspirado, — rezongó Gabriel.

—La charla, el vino, la música, todo me embriaga a la media noche. Yo me siento crecer en la ciudad solitaria. No te imaginas los proyectos que me encienden la imaginación. Para mí, el estado ideal es éste, el de la media noche y la media embriaguez. El vino como el amor hay que saberlo dosificar. Imítame a mí. Yo dejé hace tiempo de inquietarme por las mujeres. Amo por placer, sin tedio, pero sin pasión. Bebo, sin embriagarme, por sentir esta alegría de la sangre, esta vivacidad de las ideas.

—¿Acaso crees que me importa esa mujer?

Te equivocas. Si vuelvo a encontrarla, te juro no mirarla a la cara — prometió Orzábal.

—Haces bien... No vale la pena. Bueno, como te decía... Yo gozo bebiendo así, con mesura, sin perder el tino ni las ideas. Es un poema. Olvida uno sus dolores, sus ambiciones... Si algún día, estoy inspirado, escribiré la apología de la media embriaguez.

Pero Orzábal, preocupado por el recuerdo de la hembra madura, no escuchaba sus palabras.

VI

Javier Monreal, diputado por Córdoba, hombre vinculado a grandes empresas ganaderas, había adquirido fama de bonachón y servicial en los círculos bonaerenses.

No era ducho en artimañas políticas, ni elocuente de palabra. Hombre de acción, había prosperado después de largo tiempo de sacrificios en los territorios nacionales. Cuando vino a Buenos Aires frisaba en los cuarenta y cinco años y en toda su persona advertíase la cortedad del hombre habituado a pocos tratos sociales. Entero de salud, pequeño, de complexión sanguínea, con una calva pulida y sonrosada, tenía todo el aire del burgués complaciente y noblote.

Casó en Córdoba, con la hija de D. Ignacio Bélmez. viejo caudillo político, famoso por sus maquiavelismos electorales. Arruinado y viudo, desde hacía años, conservaba, no obstante, el prestigio moral de una vida austera.

Bélmez tenía una voz tribunicia y una barba prócer que daban a su silueta una entonación romántica. Par-

simonioso, doctoral, mesurado en ideas y actos, gozaba de igual prestigio entre liberales y hombres de sotana.

En su casona colonial, de muros cuarteados por los años, de rejas conventuales, su hija Aurora había puesto la alegría de su juventud. Alma suave, exquisita, un poco mística, aromada de los perfumes de paz que emanaban del ambiente en que viviera, no fué extraño que, por no abandonar la sombra tutelar del padre, no pensase en casarse.

Una mujer que vive toda su juventud en una casa, espaciosa y recoleta como un convento, que no oye más música que la de las campanas, ni ve más tertulia en torno suyo que la de varios señores ancianos, de charla grave, adquiere una madurez de pensamiento y una serenidad que pronto se enseñorean de su espíritu.

Aurora Bélmez, era lo que se dice una mujer sin nervios. Su alma poseía la hondura y la placidez de un lago. Tenía en los ojos celestes, de una pureza infantil, una mirada cariciosa, que en vez de estimular pasiones, era como un beso de luna.

En fin, un espíritu sereno, sin ser frío, un corazón inclinado a la sonrisa y la bienaventuranza.

Su belleza poco común infundía respeto. Nada gritaba en ella, nada resaltaba con relieves que incitasen el deseo y la admiración espontánea.

Su belleza era una belleza lenta, de penetración, de alma. Estaba en la perfección virginal de sus facciones, en el marfil terso de la frente espaciosa, en la seda caoba de sus rizos; en la sonrisa señoril de los labios;

en la mirada de sus ojos celestes y en la suave euritmia de sus formas.

Aurora Bélmez no halagaba los sentidos. Toda ella era como un llamado al espíritu.

Aceptó sin amor aquella boda que le propuso el padre, y volvió a ser en el hogar de Monreal la misma de siempre. Suave, aniñada, noble en pensamientos, como si no hubiese perdido su pureza. Era una de esas mujeres que no dejan nunca de ser castas.

Monreal se hizo perdonar su fortuna y su poca bizarría física. La amaba entrañablemente y la convirtió en reina de su vida y su voluntad. Pero ella, complacida de poseer tanto, emocionada de toda esa viril oblación, dejó intacta la ofrenda. Pensaríase que su propia delicadeza la hacía recogerse, devolviendo al esposo todos sus atributos.

Bélmez tardó poco en *hacer* diputado a su yerno. Y así tuvo una hechura de sus ideas en el Congreso. para iniciar, desde las sombras, sus manejos políticos.

Monreal vivía con lujo y, como no era hombre de mundo ni poseía cualidades brillantes, limitóse a suplir esas fallas con una bonhomía y un espíritu servicial que pronto le rodearon de simpatías.

Pérez Luján había elegido bien al hombre. Mr. Lawrence, el propietario de caballos de carrera, tenía relaciones con la Liga Nacional de Productores Ganaderos. Monreal, a causa de ser uno de los más fuertes propietarios de la Patagonia y de poseer al mismo tiempo representación parlamentaria, acababa de ser elegido Presidente de la Liga, lo que le colocaba en situación muy influyente.

Orzábal fué a visitarle. Ya Pérez Luján le informara de la bondad de Monreal y de su boda con la hija del político Bélmez

El diputado lo recibió en su escritorio. Vivía en una espléndida mansión de la calle Arenales. En el amplio *hall,* donde la luz se descomponía en iris a través de luminosos vitrales, una hermosa escultura de Venus Anadiomena, resaltaba junto al verdor de unas hojas naturales. Telas valiosas, muebles incrustados, vitrinas con abanicos y marfiles, acusaban riqueza y buen gusto.

Monreal, lo acogió con afectuosidad, y se caló los lentes para leer la carta de presentación.

—Ah, de Pérez Luján. Tanto gusto. Es muy buen amigo. ¿A qué debo el honor...?

Hablaba con ademanes suaves y corteses, con la blandura de voz y gesto del hombre que no sabe decir un no.

Gabriel le explicó íntimamente de lo que se trataba. Monreal, agradecido de ser partícipe de un asunto en el cual actuaba Pérez Luján, se ofreció sonriendo:

—No faltaba más. Ahora mismo lo presento a Ud. Ese Lawrence es un viejo desconfiado. Pero cuando sepa que va de mi parte...

Se sentó al escritorio y templó los puntos de una pluma. Vaciló algunos instantes, buscando las palabras que no acudían, y luego extendió la carta de recomendación.

Orzábal lo observaba atentamente. No era un hombre feo. Tenía un perfil que lo redimía de su pequeñez. Las manos de dedos cortos y romos, revelaban al hombre de acción.

Dió una ojeada a su alrededor y no pudo menos de sonreir. Pérez Luján no le había mentido. Allí estaba el retrato de Bélmez, el caudillo político, con su barba blanca y su alta silueta enlevitada. Y en las paredes, sobre la chimenea, sobre el escritorio, en todas partes, retratos de la esposa.

Casados hacía un año escaso, no era extraño ese culto amoroso. Mucho más en un hombre que no supo de otra mujer en su vida. Había sido de los que no piensan en el amor hasta no haber realizado sus ambiciones.

Charlaron algunos momentos y Monreal, al conocer algo de las andanzas de Orzábal por el extranjero, se interesó.

—Ha hecho Ud. bien. Todo eso es experiencia, observación de la vida. Es un capital que tarde o temprano le dará sus intereses.

Le acompañó hasta la puerta del escritorio.

—Ya sabe, señor Orzábal. Aquí tiene su casa. Cuente siempre con mi amistad.

Gabriel estrechó la mano cordial del diputado. Al cruzar el *hall* vió una mujer alta, muy blanca, de ojos claros, colocando unas rosas en un centro de mesa.

Era ella, sí, ella. Se descubrió respetuosamente. Contestó la esposa de Monreal con un leve ademán de cabeza, que bien pudo ser desdén como cortedad.

Bajó las escaleras, conturbado. Llevaba en su bolsillo la carta que serviría de llave al negocio. Era simpático y noble el diputado Monreal. Volvería a visitarlo más tarde. Un amigo así, vale la pena, pensó.

Se hizo conducir a la Galería Güemes, donde tenía Mr. Lawrence sus oficinas.

—El señor no viene hoy — le dijo la dactilógrafa — Pase mañana por la tarde.

—Está bien... Volveré mañana.

Sentíase alegre, optimista. Tomó un *auto* para hacerse conducir a Retiro, pues aun tenía tiempo de almorzar en Belgrano.

Hizo detener el vehículo frente a una confitería y compró unos dulces, pensando en prima Leonor y sus chicos. Luego alcanzó, antes de las doce, el tren que estaba a punto de partir.

Durante el almuerzo observó que Leonor lo miraba como con deseos de decirle algo.

Julián, desde que riñeran, había adoptado la costumbre de leer el diario. Colocaba las hojas dobladas junto al plato, y entregábase a comer y leer sin alzar la mirada. Doña Carmen respetaba esa hurañía, que se proyectaba como una sombra sobre el mantel. Y sobresaltábase al oir una risa de los nietos o una frase de Gabriel, que solían iluminar a trechos la obscuridad de aquel silencio taimado.

Gabriel estaba de buen humor. Salió al patio llevando sobre los hombros a uno de los sobrinos, como lleva un pastor su cordero. El niño coceaba al aire con gran escándalo de risas. Julián presenció la escena con rostro ceñudo.

Cogió su gorra del perchero y volvió a cubrirse con su guardapolvo de tela cruda. Por algunos momentos

dejó abierta la puerta que comunicaba con la farmacia, y oyéronse ruidos de maderas que se astillan. Percutían reciamente los golpazos en los cajones. Después, alguien cerró la puerta y el ruido vino más amortiguado.

Gabriel sonrió. Cuando el patio quedaba solo, aislado de la farmacia, retirado Julián a la lobreguez de la rebotica, siempre resonante de morteros, parecíale que él era el amo y señor de toda la casa. Sus propios ojos alargábanse como manos sobre la cabeza áurea de Leonor, en un soberano gesto de dominio. Y el charloteo de los niños, como un rebullir de avecicas, llenábale el pecho de un instinto paternal, que antes nunca experimentara.

El sol picaba de lo lindo y no era cosa de abochornarse por esas calles. Aguardaría el atardecer, para regresar al centro.

Pensó en Rosina, la italiana de estampa bravía y carnal. ¿Y por qué no asomarse unos minutos al *Asirio,* a la hora del *vermouth?* Bien podía ser que fuese también de tarde.

Leonor lo apartó de sus pensamientos.

El estaba sentado junto a la ventana y ella vino a regar una maceta. La veía inclinarse, despechugada, tentadora la blancura del escote que se abultaba en dos senos mellizos y redondos.

Le hizo un gesto intencionado con los labios. Un beso al aire, que tenía en la boca algo de pirueta.

Leonor acudió a su llamado, sonriéndole.

—Tengo que hablarte, Gabriel. Este silencio me ahoga. ¿Qué te pasa?

—Nada, mujer. Escrúpulos que uno tiene. Bien mirado, ese imbécil de Julián no se merece...

—Calla... Pueden oirnos.

Hablaron en voz queda. El le proponía algo al oído, con un aliento tibio que la enardecía. Buscaba cómo disculparse, cómo evadirse a la proposición tentadora, pero él insistía.

—Esta noche no duerme acá. Tiene turno...

Julián, efectivamente, dedicaba dos días por semana al turno, alternando con sus empleados. Para no despertar a Leonor ni a los niños, dormía en la propia farmacia, vestido, sobre un sofá.

Gabriel salió antes de anochecer. Dió una vuelta por el *Asirio,* pero sin resultado. La italiana no aparecía. Tampoco estaba en los dos o tres sitios de lujo, a que acuden, a tomar el aperitivo, las mujeres galantes.

Subió a la redacción de "El Noticiero".

Encontró a Rossi de un humor de los diablos.

—¡Figúrate, ese canalla de Spinelli me ha retirado el aviso!

Ibáñez, el administrador, se paseaba nervioso, deteniéndose para romper un pedazo de papel secante en el que desahogaba toda su cólera.

—Y lo peor es que se dejan a deber hoy cien pesos a la imprenta. Si mañana no los pagamos a primera hora, es inútil mandar originales.

—No, eso no — rugió Rossi sacudiéndose las greñas con un ademán teatral — Nosotros salimos a la calle como hay Dios... "El Noticiero" tiene que salir. Es cuestión de vida o muerte...

Discutían, cambiaban ideas para arbitrar nuevos recursos. Rossi se quedaba pensativo, con la mirada abstraída, como si buscase una tabla de salvación para aquel inesperado naúfragio. Treinta días tiene el mes; treinta milagros había de realizar él gracias a su inventiva y desaprensión admirables.

Gabriel comprendió que había llegado en mal momento y se marchó.

Recordaba que Leonor lo esperaría ilusionada. Cenó en el centro, en un sitio cualquiera, y para no llegar temprano hizo tiempo en un café.

Cuando llegó a su casa reparó en la luz roja de la farmacia. Sacó el llavín, con mano nerviosa, y entró al zaguán. No encendió luz, para no llamar la atención.

Todo estaba en silencio. La claridad lunar bañaba el patio. Se aproximó en puntillas y vió entreabierta la alcoba de Leonor. Siguió, sigilosamente, hasta su dormitorio y aguardó, así a obscuras, viendo cómo se agitaba la bata clara de Leonor entre la penumbra.

Julián estaría adormilado, allá en la rebotica, sobre el viejo sofá de gutapercha.

La vió venir. El susurró su nombre en voz baja. La estrechó con ansia y sus brazos sintieron el talle desceñido, semi desnudo. La boca de ella buscó sus labios, pero un ruido inesperado los retuvo.

Y, no sin espanto, vieron iluminarse el patio y abrirse de un golpe la puerta que daba a la farmacia. Julián, lívido, colérico, avanzó hacia ellos.

—Esto es lo que yo esperaba...

Lo decía con voz ronca, sarcástica, en la que vibra-

ba una amenaza. Leonor huyó a su alcoba como un fantasma, y Gabriel, anonadado, confundido, no retrocedió.

—Ah, eres tú... ¿Qué quieres?

Le temblaba la voz y todo él se estremecía.

—¡Eres un canalla, un mal hermano! ¿Así me pagas? Toma, toma...

Gabriel no se defendió ni trató de huir. Sintió sobre la garganta dos manos crispadas, luego dos puños que le abofeteaban el rostro. La sangre manó tibia, sobre sus mejillas.

—¡A la calle, ahora mismo, a la calle!

A los gritos roncos, guturales de Julián, acudieron Doña Carmen y la criada.

De la alcoba de Leonor salían ahogados sollozos.

Gabriel, acobardado, culpable, bajó la frente y con pasos tímidos se escurrió hasta su dormitorio.

Julián, en el comedor, lloraba ahora como un chiquillo, con hondísima congoja de corazón, semidesvanecido en brazos de la madre.

A Gabriel le castañeteaban los dientes. Se miró al espejo. Estaba lívido y ensangrentado. Se enjugó malamente el rostro con una toalla y echó algunos objetos en un maletín de mano.

Cruzó el patio en puntillas. Tras los cristales iluminados oíase la voz consoladora de su madre y el llanto ronco del hermano; llanto de hombre herido en su amor, entrecortado por palabras de odio.

Abrió la puerta de calle y salió .

Todo había acabado. Otras vez solo, sin hogar, sin

familia, como si se encontrase en un puerto lejano y desconocido.

"¡Un miserable... un canalla...! Sí, tiene razón, Julián... ¡Todo eso he sido...!

Y avanzó por la calle desierta, con paso vacilante, dejando tras sí, como un reguero de sangre, la luz roja de la farmacia.

VII

Rossi lo llevó a su casa. Gabriel aceptó aquella hospitalidad, pues su espíritu, amilanado por el descubrimiento que Julián hiciera de sus relaciones con Leonor, pedíale un poco de paz, de hogar, para restañar su herida.

La casa de Rossi no era, por cierto, un claustro de silencio. Vivía la familia en un departamento interior, hacinada en tres habitaciones pequeñas que no recibían más aire y sol que el de una estrecha galería, por la que se columbraba una franja de cielo.

Los padres del periodista ocupaban una piecita junto a la cocina. Arnaldo Rossi, italiano de origen, era un anciano de modales rudos y carácter irascible. Inútil para el trabajo, arrastrando una pierna anquilosada por el reuma, llenaba la casa con su voz bronca, autoritaria.

La madre de Camilo era una de esas mujeres humildes, que nunca hablan, que adquieren la utilidad de un viejo mueble, siempre inmóvil, en su mismo sitio. Ella atendía la cocina y todos los menesteres caseros, pues Alfonsina, la mujer de Rossi, no se bastaba para atender a sus tres chicos.

Le hicieron cama en el comedor, retirándola de día, para habilitar aquella estancia donde toda la familia vivía y penaba.

—Tú estás en tu casa — le dijo Rossi — Ocúpate de tus asuntos con Pérez Luján y luego te arreglas.

El aceptó, pues el desagradable suceso lo había sorprendido con una absurda cantidad de dinero. Pero bien comprendía que no era sino un estorbo, un intruso en medio de esa familia, sobre la que Rossi no tenía ningún ascendiente.

Veíase muy a las claras la baja extracción del padre, hombre de carácter y manos rudas.

Al anochecer, estaba borracho, chispeantes los ojos ribeteados de sangre; como amapolas las encendidas mejillas, tembloroso todo él.

—Tú has visto mi casa. Conoces mi hogar, y ahora puedes comprender la decepción de mi vida. Mi padre no hace otra cosa que darme guerra. ¡Si los amigos, si mis negocios, si el periodismo! Todos me miran con fastidio. Comen el pan que les doy, refunfuñando, pues creen que yo gano el dinero a manos llenas y lo tiro en la calle.

Gabriel sentíase cohibido, molesto. La madre de Rossi lo miraba como se mira a un vagabundo. El viejo, más de una vez tuvo una indirecta a flor de labios.

Alfonsina, en cambio, era una mujer infeliz, amargada por la miseria. A Rossi mirábalo como a un ídolo, y veíase que temblaba cuando éste hacía una advertencia con voz un poco fuera de tono.

Por las tardes, Don Arnaldo se refugiaba en su pieza

y carpinteaba. Era su placer, su vicio, de viejo obrero en rezago. Rossi habíale dicho a Orzábal:

—Es su manía. Canta aires de su Italia y cepilla maderas. Se moriría en la inacción. A pesar de su vejez, de estar casi baldado, gusta de fatigarse en trabajos inútiles. Tú y yo somos de otra pasta. Sabemos soñar. Es un modo de acompañar a la vida en su curso: Unos haciendo frases, como nosotros; él haciendo virutas...

Alfonsina lavaba y planchaba. Más de una vez vió en sus manos, las ricas camisas de seda, banderas de vanidad, que Rossi lucía, con estudiada petulancia, en sus paseos matinales por la calle Florida.

Orzábal salía desde temprano con el propósito de realizar el negocio que le encargara Pérez Luján.

Mr. Lawrence habíase mostrado algo reacio, pero había quedado en estudiar su proposición.

Una semana había transcurrido desde la noche en que Julián le echara de casa. A los dos días mandó a buscar su baúl y todos los objetos de su pertenencia. Su madre, aprovechó para enviarle una larga carta en la que se reflejaba toda su tristeza por aquella separación.

Gabriel leyó y releyó la carta, con el corazón oprimido de angustia. Todos esos consejos, esas suaves y tímidas recriminaciones, que leía entre líneas, le daban la sensación de que el pasado había muerto para siempre. Ahora estaba solo de nuevo, cara a la vida, sin un afecto, sin un cariño cordial que lo fortaleciese en la lucha.

¿Era, entonces, un sentimental? No, había que ven-

cerse. El hombre que triunfa en la vida debe ser impasible, egoísta, vacío de corazón. Pensaba en Leonor y más de una vez se preguntó si la quería. No, no era cariño, no era amor, pero apesar de todo, comprendía que su presencia, su sonrisa, sus mimos, le hacían falta.

Pero después de esas pequeñas rachas de melancolía, renacía en él el hombre frío, equilibrado, analítico. ¿Para qué preocuparse de las inquietudes del corazón? Se encogía de hombros y llegaba a la conclusión de que el hombre, que rige su vida en absoluto, no ama. Desea o estima, y nada más.

Se despojó de sus recuerdos, de sus inquietudes como se arrojan viejos vestidos que ya no sirven.

Y no pensó sino en luchar.

Una tarde, Rossi lo vió llegar radiante de alegría a la redacción de "El Noticiero".

—¿Qué te pasa? ¿Te ha caído la lotería? — demandó Rossi, bromista.

—Felicítame. Vengo de ver a Mr. Lawrence. Acepta el negocio. Trato hecho: Tetrarca en dieciocho mil pesos y The Pretty, en doce. Seis mil pesos menos, en total, de lo que Pérez Luján quería gastar.

—Los cuales te los puedes guardar tú impunemente — interumpió Rossi con gesto desaprensivo.

—No, eso no. A mí me agradan los negocios limpios, — protestó Gabriel — Pérez Luján lo tomará en cuenta para su comisión.

A la mañana siguiente, el carrerista puso en manos de Orzábal el dinero para la compra. Mr. Lawrence

había cedido, apremiado por algunas deudas bancarias que lo tenían con el agua al cuello. Gabriel observó que su mano temblaba al firmar las escrituras de venta en el despacho del escribano público. Tetrarca y The Pretty quedaron en los documentos de compra como de propiedad de Gabriel Orzábal.

—No negarás que Pérez Luján ha depositado en ti toda su confianza. A cualquiera, que no fueras tú, le daría la tentación de quedarse con los dos caballos — observó Rossi.

Gabriel hizo un gesto de desagradado. Esa misma tarde hizo transferencia de sus poderes a nombre de Pérez Luján.

—Ha hecho Ud un negocio brillante, amigo Orzábal. Aquí tiene su comisión...

Y le alargó un cheque que Gabriel intentó guardar sin mirar.

—No, véalo Ud. ¿Quiero saber si está conforme?

Pérez Luján había firmado un cheque por dos mil pesos.

—Está bien... Muchas gracias.

Salió de casa de su amigo, renegando contra sí mismo. Rossi tenía razón, hasta cierto punto. Había luchado una semana larga para convencer al inglés, a fin de obtener un precio más bajo. Seis mil pesos a favor del comprador, de los cuales éste solamente le daba dos.

—En fin, otra vez abriré más los ojos — pensó.

Cuando Rossi supo el resultado del negocio lo tildó de tonto.

—Te ha tomado el pelo. Eso te servirá para que otra

vez le ganes el quién vive a la gente. En cuestiones d
dinero no debe haber caballerosidades...

—A mí lo que me interesa es su amistad. Gracias
él podré conocer a personas que me pueden ser útile
Por lo pronto he quedado bien. Ya me cobraré con cre
ces lo que hoy ha dejado de darme.

Rossi lo invitó a comer en un restaurante del centr
A los postres, le habló de la difícil situación del pe
riódico.

—Tú lo estás viendo, Gabriel. Estoy atravesando po
un período terrible. Mañana me veré negro para paga
la imprenta...

Y después de varios circunloquios, le hizo la petición

—No puedes quejarte. Ya te dije yo al presentart
a Pérez Luján que te iba a brindar buenas ocasione
de negocio. Tú eres nuevo en el ambiente y llevas es
ventaja. En fin, que tú puedes hacer muchas cosa
que yo no puedo. Me conocen a mí todas mis aventu
ras, y son muy pocos los que me dan confianza. Tiene
que ayudarme, Gabriel. ¿Puedes prestarme mil pesos

Orzábal tuvo un momento de vacilación.

¿Cómo negarse sin despertar en Rossi un enemigo
Además, él debía a su mediación la oportunidad d
haber ganado ese dinero.

—Con mucho gusto. Mañana te los daré.

Salieron del restaurante con gesto alegre, pero en
fondo, Gabriel, sentía un enorme fastidio. ¿Dónde es
taba el egoísta que él quería cultivar a todo trance, e
sí mismo? Los tres mil pesos de sus ahorros había

ido a manos de Julián. Podía darlos por perdidos. Ahora, del negocio de los caballos, Rossi le llevaba la mitad.

Ya sabría él proceder en lo futuro. Por el momento había que cumplir con Rossi. Al fin y al cabo le debía un rasgo generoso: la hospitalidad que le brindaba.

Al día siguiente, después de entregarle la suma pedida, le habló con sinceridad:

—Hoy mismo buscaré una pensión para instalarme. En tu casa estoy molestando, como tú comprenderás.

—Tú eres muy dueño, Gabriel. No niego que estarás más cómodo.

A los dos días, Orzábal se iba a vivir a una pensión de la calle Esmeralda.

Sentíase contento. Aquellos nueve días vividos en casa de Rossi le habían parecido una eternidad. Ahora era dueño y señor de todos sus actos. Poseía una habitación a la calle, luminosa, soleada. El ambiente de la pensión era liberalísimo. Para convencerse de ello bastaba mirar la cara de la dueña, una francesa ajamonada, de aspecto semigalante.

Ordenó todos sus objetos y adornó la habitación con retratos y postales que le evocaban sus años de andanzas. Y allí, entre esas cuatro paredes, de un elegante papel rameado, dió rienda suelta a sus fantasías de hombre práctico.

Ya no tenía amarras. Era como un hombre nuevo, desnudo de toda traba, frente a la ciudad que habría de conquistar. Desde el balcón de aquel quinto piso dominaba la calle, bulliciosa de tráfico. Torres y azoteas se presentaban en un panorama de perfiles irregulares ante sus ojos dominadores.

El recuerdo de Leonor se había esfumado. La pesadumbre que le dejara por largos días el llanto trágico de Julián, había desaparecido.

En su imaginación de hombre ambicioso voltejeaban ideas y proyectos. Diríase que buscaba la brújula a fin de saber dónde encaminar la nave de su ambición.

Todas las mañanas despertaba pensando en mil medios para hacerse rico.

Recordaba la célebre máxima, que tantas veces oyó, allá en Norte América: "Haz dinero, hijo mío, honradamente si puedes; pero de todas maneras haz dinero".

Toda la literatura de Smiles, esa filosofía práctica que se vende como un tónico, rebullía en su cerebro.

Sí, había que luchar y vencer. ¿Cómo y contra quién?

Ya encontraría el rumbo. Por lo pronto, le placía ejercitarse con ensoñaciones de triunfo. El "Audaces fortuna juvat", de los romanos, era como una divisa. Entornaba los párpados y veíase rico, rodeado de honores, satisfaciendo todos sus caprichos.

Y después de acariciar esos pensamientos, echábase a la calle, muy acicalado, muy elegante, con una sonrisa de orgullo en los labios, satisfecho de aquella gimnasia de vanidad.

VIII

Pero el optimismo fué disminuyendo en su ánimo, en proporción al dinero que iba gastando.

Intentó un negocio, aconsejado por Pérez Luján, pero fracasó en sus tramitaciones. Durante dos meses trabajó para una agencia de publicidad, pero pronto se convenció de que aquéllo era luchar para otros.

Iba palpando, en la realidad, el desproporcionado abismo que hay entre lo teórico y lo práctico. Planear los negocios era fácil, trazar cifras y más cifras en el aire, no era tarea muy dura, pero llevar esos proyectos a la realidad resultaba algo sobrehumano.

Frecuentó la casa de Pérez Luján y ello le sirvió para vincularse con varios muchachos de sociedad. Todos los domingos acudían al hipódromo y acabó por hacerse un carrerista. Tetrarca y The Pretty, comenzaron a destacar y en un *clásico* tuvo el primero un sonado triunfo.

Conocedor del ambiente, aleccionado por Pérez Luján, logró algunas ganancias. Eso lo hizo encariñarse con las carreras.

Una noche de domingo, contento por una de esas utilidades imprevistas, entró al *Asirio,* en compañía de Rossi.

Tuvo una sorpresa. En una mesa próxima estaba Rosina Albani, la italiana de ojos verdes, que tanto le cautivara.

Ella le sonrió al verle, haciéndole una señal con la mano.

—¿Vas a hablarla? — le dijo Rossi.

—Sí, quiero saber dónde andaba. No la había vuelto a ver.

Lo acogió, afectuosa:

—Perdóneme Ud. por no haber venido esa noche. Estuve algo enferma. Después, hice un viaje a Montevideo.

Gabriel tomó asiento a su lado y le estrechó cordialmente una mano.

—He pensado mucho en Ud. Venía por aquí con frecuencia y me extrañaba de no encontrarla.

La miró a su sabor. Sí, era bonita en su madurez. Blanca, majestuosa, con ojos de una luz penetrante, como una llama sus cabellos aurirojos, había en toda ella una fuerza sensual, subyugadora.

Se encontraron sus pupilas en una mirada larga, que fué como una caricia.

—Yo también lo he recordado. Más de una vez he pensado: ¿"Qué será de aquel muchacho"? Es indudable que hay simpatías que se manifiestan en un minuto.

Conversaron largos instantes. Rossi había invitado a

u mesa a una muchachita morena, de boca muy encen-
ida, y parecían departir muy gustosos.

Rosina no era una mujer vulgar.

—Ud. es muy distinto a los demás hombres. Tiene
na amabilidad, una galantería que rara vez encontra-
nos en sitios como éste.

—A la mujer se la debe tratar siempre correctamen-
e, con delicadeza. Toda mujer tiene algo de niña.

Mirábala Gabriel al fondo de los ojos y una vez más
entía que aquellas verdes pupilas lo atraían como un
nán.

—Yo quiero besar esas esmeraldas, Rosina. Le juro
Ud.: nunca me he sentido tan atraído por una mirada
e mujer. Tiene Ud. unos ojos de embrujamiento.

Ella reía, como un cascabel, mostrando la dentadura
e oro y marfil.

—¿Vive Ud. sola?

—No, con una amiga.

Le explicó su vida. Ella había venido en una compa-
ía de bailes rusos que trabajó en el Casino. Luego tuvo
n amigo que la hizo retirarse de las tablas. Era un
rancés, afincado en el comercio. Habían vivido juntos
nás de dos años, pero él acabó por darle malos tratos.

Gabriel no quiso conocer más detalles. Sin saber por-
ué, toda la sensualidad que le despertaba la mujer de
ormas exuberantes, se desmayaba en un sentimiento
eno de ternezas.

Algo semejante le ocurrió con Gretchen, la hermosa
uerida de Hamburgo. Las mujeres grandes, de perfi-

les majestuosos, de amplio seno y ancho regazo, le recordaban esas estatuas inmensas, junto a las cuales nos empequeñecemos como un niño.

Quedaron en verse al día siguiente. Rosina fué puntual a la cita.

Era innegable que ambos se sentían atraídos, como impulsados por algo más noble, más duradero que un simple capricho sensual.

La mujer crepuscular, puso en la aventura pasional los últimos ardimientos de su corazón. Gabriel advirtió que en ella se producía una rápida transformación. Todo su barniz de mujer galante iba desapareciendo. En los vestidos, en los ademanes, hasta en el perfume, fué observando una tendencia a lo sencillo, a lo íntimo, a lo señorial.

Rosina quería borrar toda impresión que hiciera recordar su pasado: despojarse de todo detalle que pregonase su condición de mujer fácil.

Orzábal agradeció emocionado esta evolución que acusaba en su amante un temperamento de mujer espiritual.

Una tarde, le dijo:

—¿Sabes una cosa? He pensado cambiarme de casa. Desde hace cinco días no me hablo con mi amiga.

Gabriel comprendió. Quería romper todo lazo con aquel ambiente.

El le propuso con sinceridad:

—¿Quieres venir a vivir conmigo? Soy pobre, como

tú sabes, pero con un poco de voluntad y alegría podemos hacer una vida amable, simpática.

A Rosina le brillaron los ojos intensamente.

—Contigo soy capaz de todo. Hasta la miseria me gustaría a tu lado.

Lo dijo rotundamente, muy seria, un poco pálida de emoción.

Gabriel la estrechó en sus brazos.

—Es curioso. Tú y yo nos hemos redimido de los egoísmos del ambiente. ¿Es amor todo esto? Yo solo no sé luchar. Cuando vuelvo de la calle, decepcionado, hastiado de la lucha con los hombres, me siento deprimido, triste. Necesitaría una sonrisa buena esperándome. Esa sonrisa serás tú ¿quieres?

Ella le juró estar enamorada:

—Yo que me he burlado siempre del amor, yo que sólo he mirado hasta ahora el dinero y el lujo, me siento arrastrada hacia tu cariño, como si algo muy grande, nuevo para mí, hubiese florecido al calor de tus caricias.

Resolvieron vivir juntos para afrontar al destino con todos sus dolores y alegrías.

Alquilaron una habitación amueblada en una pensión y se hicieron servir las comidas en el propio dormitorio, en una mesita junto a la ventana.

Cuando Rossi supo esta unión, enhebró, no sin timidez, algunos consejos:

—Has hecho tu gusto, claro está. Pero me temo que pronto te aburras de una vida semejante. Pasada la

ilusión de los primeros días, esa mujer será una rémora para ti. Ella está acostumbrada a hacer vida de noche, vida de holgorio, de cenas con champaña. Tú no le permitirás nada de eso y pronto vendrán los conflictos.

Gabriel se encogió de hombros.

—No lo creas. Yo seré su última pasión. No mira sino por mis ojos. Está dispuesta a renunciar a todo...

Orzábal fué descubriendo en Rosina raras virtudes. Diríase que aquella mujer, con cabeza a pájaros, despertaba como de un mal sueño. Sus manos inútiles, manos de uñas almendradas, se tornaron caseras y diligentes.

Toda ella fué recobrándose, como si ya en su plenitud viniera a comprender el valor de la vida en sus atributos nobles y sencillos.

Una noche, después de cenar, le dijo en tono confidencial:

—Yo había soñado con una vida como esta. Pero el hombre que debía arrancarme de ese ambiente falso, podrido, donde todo es vanidad, no aparecía. Faltabas tú para realizar el milagro.

Gabriel vivía como embrujado por los ojos verdes de Rosina. Más de una vez detúvose a reflexionar. "¿No era un disparate ligar su juventud a la esperanza de una mujer madura ya, que ponía en la aventura, toda una pasión desesperada, de última hora?"

Encogió de hombros: "El tiempo hace y deshace. Si me arrepiento, nunca será tarde...".

Y se dejó llevar mansamente por la corriente de esa

da, que en el fondo parecíale una parodia del matri-
onio.

Pasaron seis meses en los que Orzábal no hizo sino
char denodadamente a fin de ganar lo necesario
ra mantener aquel tren de gastos, que aunque modes-
s, no dejaban de inquietarlo.

Rossi iba de mal en peor. "El Noticiero" salía un día
y otro no. Una mañana Gabriel fué a buscarle a su
sa y al hacerle pasar al comedor, comprendió la situa-
ón difícil porque atravesaba. Los muebles habían
saparecido, camino, sin duda, del Banco de Prés-
nos.

Alfonsina y Don Arnaldo vinieron a saludarlo y en
s palabras vió el descontento de la familia.

Rossi interrumpió los comentarios sobre su conducta.
nía calzándose los guantes, colgado el bastón al bra-
Era el actor, siempre sereno, siempre elegante, que
al escenario a fingir su cotidiana comedia de bien-
ar.

—Vamos andando, Gabriel.

Ya en la calle, hechó venablos contra todos los
os.

—Les irrita, verme así. Tú conoces Buenos Aires.
uí todos se pagan de la apariencia. El que muestra
hilacha de su pobreza está perdido... Esta gente
mi casa cree que me doy la gran vida. Ellos no se
aginan mi tragedia, mi inquietud de todos los mo-
ntos.

Al llegar a la redacción de "El Noticiero", Almada,

le sonrió maliciosamente, poniendo una carta en sus manos.

Era una carta de mujer. Aquella letra no le era desconocida. Rasgó el sobre, nerviosamente. Era de Leonor. No sin asombro leyó la larga misiva. En toda ella palpitaba el corazón de una mujer enamorada. Había sufrido mucho. Julián hubo de perdonarla, pues ella le juró ser inocente. El parecía haberle creído, pero en su silencio había una reconvención constante, una amenaza, que la traía con los nervios crispados. "Tu madre — le decía —está de su parte. En sus ojos leo su encono. No me perdona, bien lo veo. ¡No me perdonará nunca!".

Era una carta desordenada, impulsiva.

"Yo estoy convencida de que a Julián no le he querido. Tú, únicamente tú, eres el hombre que me ha enseñado a amar. En mi vida no hay más amor que el tuyo...".

Gabriel suspiró. Esas letras menudas le traían un aire del hogar. ¿Qué pretendía Leonor? ¿Volver a verse? No, eso nunca.

Todo aquello había pasado para siempre. Era un pecado de flaqueza del que jamás se arrepentiría bastante.

Contempló la carta algunos momentos, releyó algunos párrafos en que Leonor desnudaba sinceramente su alma, y con mano segura, decidida, la rompió en pequeños pedazos.

Gabriel dejó al amigo. Tenía una cita con Pérez Luján en el Club, al que iba con frecuencia. Presentado

como socio, por éste, había obtenido libertad para entrar y disponer del Club a su antojo. Esto le permitía dar citas en el salón de la planta baja, repantigarse a ratos en los cómodos butacones de la biblioteca, darse un baño, afeitarse o bien hacer un poco de gimnasia o esgrima en las dependencias del sótano. El Club servíale como una casa. Aquel ambiente, frecuentado por políticos, hombres de negocio, altos funcionarios, le reconfortaba.

Allí reanudó sus charlas amistosas con el diputado Monreal, el que le invitó a su tertulia. Bélmez, el viejo caudillo, que había venido a pasar una temporada al lado de su hija, le dispensó sus simpatías.

Su vida era un continuo desorden. Tan pronto tenía los bolsillos llenos de dinero como andaba contando los centavos. Jugaba todos los domingos y las inquietudes de esas horas de azar se reflejaban en el transcurso de la semana.

En el hipódromo encontró algunas veces a Monreal. Pero se limitó a saludarlo, de lejos. El diputado iba siempre del brazo de su esposa, hablándola al oído como si no acabase nunca de decirla un secreto. Aurora Bélmez llamaba la atención por su refinada elegancia. Un poco pálida, muy señoril en todas sus actitudes, con esa lentitud ceremoniosa que le daba un aire de princesa, serenos sus ojos claros, despertaba a su paso un murmullo de admiración.

Gabriel la admiraba en silencio. Esa mujer fina, espiritual, tenía para él todo el prestigio de las mujeres ideales, inaccesibles.

Imaginativamente la comparaba a Rosina. No, su amante era la mujer de fuego y de carne, la diablesa de ojos verdes, la mujer toda realidad. Aurora Bélmez de Monreal era el arquetipo de la mujer bella, que eleva el alma con su presencia, como si su cuerpo estuviese aureolado de un halo luminoso, intangible.

Vinieron malos días para Gabriel. La suerte estaba en su contra. Empresa que iniciaba, acababa de mala manera. En las carreras no sufría sino quebrantos. Un malhumor, una desesperanza, se apoderaron de su ánimo.

Rosina al oirle maldecir contra el destino, procuraba consolarlo, infundiéndole ánimos.

—No te preocupes, Gabriel. Ya saldremos del paso. Yo te ayudaré en todo...

Pero él la hacía callar con un gesto rudo. Ella le obedecía. En toda pareja hay siempre una voluntad dominadora. Pese a sus ojos brujos, sensuales, y a su majestad de estatua, fué Gabriel el que dominó. Rosina gozaba en sentirse encadenada; hasta creeríase que buscaba las ocasiones para que él pudiera hacer gala de su carácter autoritario.

Los rondaba la miseria. Había que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caer en ella. Rosina sin decirle nada había ido sacrificando sus ahorros, haciéndole creer que los gastos eran menores.

Pasada la ilusión del primer tiempo, Gabriel comenzó a hacer su vida de siempre. Regresaba tarde y muchas noches llegó poseído de una ira incontenible. Y como si quisiera vengarse del destino descargaba sus furores contra Rosina.

La pobre mujer lo miraba dulcemente:

—Serénate, Gabriel... Ya pasarán estos malos momentos. Ten paciencia.

Una noche en que perdiera en el Club hasta el último centavo, su irritación se desencadenó. Resabios del pasado, de su juventud, revolviéronse en su espíritu como un légamo.

—Tú me estás dando mala sombra. Yo no he nacido para vivir esta vida estúpida, encadenada a tus brazos. Me embarcaré, me iré a cualquier parte donde pueda trabajar y ganar dinero. Este Buenos Aires me roba las fuerzas...

Rosina, muy pálida, con la cabeza caída entre las manos le oyó vociferar. Calmosamente, con un acento amargo de renunciación, murmuró:

—Si te estorbo, me marcharé. Yo no quiero hacerte desgraciado, Gabriel. Mi amor es grande, capaz de todos los sacrificios.

—Tú quieres irte a tu vida de antes. Sí, no lo niegues; lo leo en tus ojos.

—Te juro que jamás he pensado...

—No, no lo jures. Tú eres como todas. ¡Una hipócrita...!

Y su mano ruda, nerviosa, la rechazó bruscamente.

Rosina cayó de bruces sobre el lecho, sollozando. Aquel llanto silencioso, sincero, conmovió a Orzábal. Su cabeza sobreexcitada por los vapores del alcohol y la tortura del juego, se serenó de pronto.

—No, no llores, ven acá. Estoy muy nervioso; no sé lo que hago... Perdóname.

Y la atrajo mimosamente hacia su pecho. La amante alzó los ojos cuajados de lágrimas. Lloraba como una Dolorosa. Sus cabellos desordenados, ondeaban como una llama sobre el rostro empalidecido; los labios se plegaban en una sonrisa resignada.

Gabriel besó los ojos en lloro, y en su boca sintió el sabor salobre de las lágrimas. Sal de dolor, de pasión, que condimenta la vida y la hace sabrosa.

X

La inquietud de su espíritu se reflejó en su rostro. Era una angustia, un azoramiento que le hacía contraer los labios en una sonrisa difícil.

El juego lo había dominado. Pensaba que las cartas o las patas de los caballos habríanle de traer esa fortuna que anhelaba para saciar sus ambiciones. Pero aquello no era sino un espejismo. Todos sus deseos de luchar, de abrirse paso por el esfuerzo honesto y constante, habían desaparecido.

El mismo analizaba su vida y eso acrecentaba su irritación.

Rosina trató de darle consejos, pero su orgullo se rebeló.

—No te mezcles en mis asuntos. Yo sé lo que hago.

Ella no hizo otra cosa que obedecer, temerosa de despertar esos arrebatos nerviosos de los cuales resultaba la primera víctima.

Algunas tardes, Gabriel iba a la redacción de "El Noticiero", pero Rossi no hacía sino exasperarlo con sus consejos.

—Tú debieras estar solo. Lucharías mejor. No tendrías que vivir preocupado de costear lujos...

—Yo te advierto que estás en un error. Rosina no puede ser más modesta. Desde un tiempo, a esta parte, ni siquiera sale. No hay tales lujos. Lo que hay es que tengo una suerte de los demonios...

Rossi le contaba sus apuros de dinero, sus sobresaltos, y todas esas inquietudes del amigo le hacían recapacitar en sus propias preocupaciones.

Salía a dar vueltas por esas calles de Dios, codeándose con la muchedumbre. Miraba con rencor hacia los autos particulares, hacia todos aquellos individuos que reflejaban en su rostro y en sus vestidos la satisfacción del bienestar.

Huía entonces de las calles céntricas, en un vagabundeo por los barrios próximos a la ribera. Todas esas calles, caídas en declive hacia el río, olientes a cajones de mercaderías, húmedos de bodega, y a hilaza de bolsas trigueras, haciánle recordar sus propósitos de trabajo.

Retornaba al centro de la ciudad, luminoso, feérico, a la hora del atardecer. Ya a las seis, en el Club, abríase la *sala del crimen*. Pérez Luján, Monreal, el propio D. Ignacio Bélmez, Fernando Santágata, Luis Andriani y otros amigos, estarían con aire de circunstancias entre un grupo crecido de socios, rodeando el tapete verde.

Una noche, al bajar en el ascensor del Club, se encontró con Mr. Lawrence.

El inglés lo palmoteó cariñosamente en las espaldas. Estaba ebrio, y en sus ojillos grises y acuosos había una sonrisa alegre.

—He ganado cinco mil pesos... ¿Quiere Ud. que vayamos a beber una copa de champaña?

Gabriel, malhumorado en el fondo, trató de rehusar, pero el inglés no reparó en excusas. Llamó un *auto* y dió una dirección.

Se detuvo éste frente a un *petit hotel* de la calle Paraguay.

—Lawrence, explicó:

—Es la casa de Georgette, ¿la conoce Ud.? Podemos beber y probar la suerte nuevamente.

Gabriel recordó que llevaba escasamente unos cincuenta pesos, pero, sin saber porqué, sintió una corazonada.

Fué presentado a la tertulia. Dos o tres francesas maduras, cargadas de joyas; dos ancianos con aire de hombres ricos; un holandés con su querida y una media docena de parejas, de las cuales muchas le eran conocidas.

Lawrence contó su triunfo del Club y sacó a lucir sus billetes. Orzábal, después de beber lentamente una copa de champaña, observó a los jugadores. Sus ojos siguieron con atención las vicisitudes del juego. De pronto, tuvo la intuición de la jugada. Puso sus cincuenta pesos y ganó.

Fueron dos largas horas de inquietud. La suerte lo favorecía; todos los billetes iban a parar a sus manos.

Gabriel estaba emocionado. Sus dedos temblaban al reunir los billetes en fajos de mil pesos. En el rostro de todos sus contendores había una sombra de rencor,

y una de las francesas no le apartaba los ojos, sonriéndole.

Lawrence, muy rojo, como si toda la sangre se le agolpase en las mejillas, lo miraba ahora con indignación. Todo su dinero había ido a manos de Gabriel.

Orzábal no se detenía a pensar. Una alegría malsana le sacudía el alma. Por fin, veía a la suerte mimándole, rodeándole con sus brazos pródigos como una mujer que se entrega.

La excitación nerviosa lo tenía rígido, hierático junto a la mesa, sin traducirse el cansancio en sus facciones. Alborcaba ya, cuando cesó el juego.

Contó el dinero ganado. Nueve mil ochocientos pesos. Entregó un billete de quinientos a madame Georgette, la dueña de casa, y salió en compañía de Lawrence.

El inglés parecía preocupado. Ya no estaba ebrio, como si las fuertes emociones del juego le hubiesen reanimado.

—Me alegro, por Ud. Orzábal. Ya sabía yo que andaba mal de dinero. Pero, por otra parte, lo lamento. Hoy, a medio día, debo levantar un pagaré por cinco mil pesos,

Gabriel lo observaba. Lawrence parecía agobiado. La luz lívida del amanecer ponía un tinte violáceo en sus mejillas sanguíneas.

El inglés reflexionó algunos instantes, luego se detuvo.

—Le propongo un negocio, amigo Orzábal ¿Conoce Ud. mi caballo Victorioso?

—Sí, lo conozco... Y me parece un animal excelente...

—Pues bien. Se lo vendo en diez mil pesos. Siete mil al contado y el resto pagadero en dos meses.

Gabriel se estremeció de alegría. Aquel caballo, según el juicio de Pérez Luján, podía dar más de una sorpresa. ¿Acaso, no le serviría para iniciar una fortuna?

No lo pensó mucho. La proposición era magnífica.

—Aceptado, Mr. Lawrence. A las diez estaré en su escritorio.

Se despidieron con un amistoso apretón de manos.

Realizaron la negociación y Victorioso pasó a propiedad de Gabriel Orzábal, quedando como pupilo en el *stud* de Lawrence.

Desde aquel momento la vida cambió en todos sus aspectos. Fernando Santágata le presentó a un francés, admirable preparador. Pérez Luján le dió toda clase de instrucciones.

Orzábal no cabía en sí de gozo. Aquel caballo, de grandes ojos vivos, finas patas, con una piel rubia, color caramelo, nervioso, ágil, como si sus músculos estuviesen electrizados, amusgando sus orejas al menor ruido, sería el pedestal viviente de su triunfo. Hasta su nombre de Victorioso parecíale un símbolo.

Lo inscribió para una próxima carrera.

Victorioso llegó segundo, apesar de haber largado mal. El animal prometía.

Orzábal vivió preocupado de su caballo. Todas las mañanas iba al *stud,* allá en Palermo, y lo veía sacar

del *box*, en cuya puerta pusiera como mascota una herradura que perteneció a Botafogo. Con ojos amorosos seguía el andar rítmico, señoril, del caballo, muy abrigado bajo su capa escocesa.

Al mes volvió a correr y ganó una carrera difícil, dando muy buen dividendo.

La alegría del triunfo transfiguró a Orzábal. Su primer resolución fué alquilar un lindo departamentito que amuebló coquetonamente.

Rosina lo acompañó en su regocijo.

—Ya te decía yo que tarde o temprano nos iba a sonreir la suerte.

Gabriel entusiasmado, comenzó a darse una vida espléndida. Santágata le propuso la compra de una *voiturette*, que le sería entregada con facilidades de pago.

A los pocos días, Gabriel manejaba el volante de su pequeña máquina, pintada de azul.

Vestido con refinada elegancia, exhibíase con Rosina en sus paseos. Influenciado por el ambiente, educado en un espíritu de orgullo y ostentación, gozábase de su exhibicionismo. Ya no se sentía tan distanciado de Pérez Luján, del diputado Monreal, de Fernando Santágata. Mantenía un departamento elegante, vivía con holgura, poseía una querida, un automóvil y un caballo de carrera.

No obstante, una nube vino a ensombrecer su gozo. Rosina negábase a participar de las reuniones alegres. Una noche, se negó rotundamente a entrar en el *Asirio*.

—No, Gabriel, no insistas. Por favor, te lo suplico...

Él respetó sus deseos, pero quedó contrariado. Parecíale observar en ella una extraña inquietud. Más de una vez sorprendió rastros de lágrimas en sus ojos.

—¿Qué tienes... qué te pasa?

—Son tonterías, Gabriel. No hagas caso.

Le miró intensamente, y lo estrechó contra su cuerpo en un fuerte abrazo.

—Tengo pena, Gabriel. Ahora que te veo alegre, camino del bienestar que tanto ambicionas, me muero de celos. Tengo miedo de que te enamores de otra, de una más joven y linda que yo... Así pobres, inquietos por la falta de dinero, te veía más cerca de mí.

—Calla, no pienses necedades. Tú serás siempre mi compañera — declaró él con sinceridad.

"Tiene miedo de que la abandone" pensó Gabriel.

Y desde aquel día, procuró quitar esa preocupación de la mente de Rosina, acentuando su trato cariñoso.

La transformación de su vida había sido tan rápida, tan brusca, que él no hizo sino dejarse llevar por las circunstancias. Pronto se serenó y estudió su situación. Estaba rodeado de deudas. Su presupuesto mensual había crecido de un modo fantástico. Por un momento estudió fríamente la importancia de sus compromisos. Pero la inquietud se convirtió en serenidad. Día a día iba acrecentándose su confianza en Victorioso.

Bernard, el preparador, le daba las más halagüeñas esperanzas. Dados los grandes tiempos que marcaba Victorioso en los aprontes, éste aconsejó a Gabriel que lo anotase para un *gran clásico,* pues había probabilidades de dar una sorpresa.

Gabriel no hablaba de otra cosa que no fuese su caballo. Toda su ambición, toda su sed de triunfo, habíalo depositado en Victorioso. Su *entraineur,* consiguió la monta de uno de los mejores *jockeys,* Pedro Guinea, para que corriese el caballo de Orzábal en el *gran clásico.* Aquello vino a reafirmar sus espectativas.

Tan preocupado estaba por sus asuntos de carrera, que casi no reparó en cierto malestar que Rosina padecía. Veíala un poco pálida, ojerosa, inapetente.

Pero, los ojos verdes de su amante brillaban más luminosos que nunca, poseídos de una intensa alegría.

Sí, no estaba triste. Por el contrario, más de una vez la oyó cantar. Cantaba en voz queda, en la lengua de su país natal.

Las esmeraldas de sus ojos brillaban con humedad de lágrimas y la canción se hacía un poco opaca, un poco triste, como si una súbita melancolía le oprimiera la garganta.

Una tarde, que paseaban por la calle Florida, Rosina tuvo un capricho.

—Cómprame esa muñeca, Gabriel.

—Era una muñeca de porcelana, vestida de rosa. Bajo la capota de seda, caían los cabellos de oro en largos bucles. Lucía al aire las rodillas articuladas y en toda ella había como un pregón de infancia.

Gabriel accedió al ruego. La muñeca pasó a ser una preocupación para Rosina. La ponía entre los almohadones, allí en el lecho, o bien entreteníase en verla

cerrar sus párpados, que cubrían rítmicamente, según se la moviese, las grandes pupilas de cristal celeste.

—¿Qué te pasa, mujer? Ya no quieres salir, — decíale Gabriel, extrañado de su conducta.

En toda ella había cierta pereza, como una desgana. Gustaba, ahora, de andar en bata, desceñida, indolente.

El día tan ansiado por Orzábal llegó. Era un domingo, de sol claro, luminoso.

El hipódromo hacíase estrecho para contener un público interesado por vivir las emociones de la gran carrera. Agitábase la muchedumbre en las tribunas con un sordo rumor de olas.

Gabriel estaba inquieto, anhelante. Bernard habíale pronosticado el triunfo de Victorioso. Pérez Luján, a su vez, tenía sus esperanzas puestas en Tetrarca.

Ambos se instalaron en la tribuna de profesionales, en un sitio estratégico para presenciar la carrera.

Orzábal estuvo junto a su caballo hasta el último momento. Victorioso parecía comprender sus palabras de aliento, pues le miraba con sus negros ojos vivos.

Guinea, el *jockey*, estaba alegre, animado, seguro de sus fuerzas.

Gabriel le estrechó la diestra cordialmente:

—En Ud. confío, Guinea. En sus manos está el triunfo.

El *jockey*, de rostro moreno y ojos de ardilla, le mostró los dientes en una franca sonrisa.

—¡Tengo una confianza absoluta en el triunfo!

Gabriel no perdía, ahora, detalle. Sus ojos estaban pendientes del grupo de caballos puestos en fila frente a la cinta.

En todos los rostros advertíase esa inquietud, esa nerviosidad que precede a los grandes sucesos. En los ojos brillaban la esperanza de los jugadores, puesta en el caballo favorito. Una mueca de anhelo, una sonrisa que era como un *tic* de inquietud, prendíase a los labios de hombres y mujeres.

Hubo un murmullo, un rumor de colmena; luego un silencio de expectación y la señal de partida fué dada.

Dominó, destacó en primer término, después Duquesa, tercero Victorioso. Tras él Tetrarca. Los demás iban a la zaga.

El tren de la carrera se hizo vertiginoso.

Las manos de Orzábal se crispaban en los anteojos, y hasta parecía que contenía la respiración para ver mejor.

Tuvo un gesto de alegría. Victorioso acercábase a Duquesa.

Hubo un rumor de expectación. Al doblar el codo final, Victorioso, avanzó por los palos pasando a Duquesa y colocándose a las grupas de Dominó. Mientras tanto, Tetrarca iniciaba su atropellada por afuera.

Una alegría intensa se posesionó de su su espíritu. Empezaron a oirse los primeros gritos de entusiasmo aclamando a Dominó y Victorioso, que iban en punta.

—¡Dominó! ¡Dominó! ¡Victorioso, solo!

Los anteojos de Orzábal enfocaron a los dos rivales.

Se acercaba el instante definitivo. Al avanzar Victorioso, por el lado de los palos, con empuje arrollador, colocándose cabeza a cabeza con Dominó, se creyó en una victoria segura. Pero vino lo imprevisto, lo fatal, lo inesperado.

Dominó se recostó contra Victorioso, produciéndose un accidente. Caballo y jinete al dar contra la empalizada rodaron por tierra.

Un grito ronco, formado por muchas voces, se dejó oir en todo el hipódromo.

Gabriel sintió que le flaqueaban las piernas, y muy pálido, salió de la tribuna.

Entre tanto, habiendo tenido el *jockey* de Dominó que levantar su caballo, Tetrarca, que atropellaba, pudo lograr la victoria sobre la raya.

Orzábal echó a correr para salvar la larga distancia que lo separaba de la enfermería. El nombre de Tetrarca, el caballo vencedor, llegaba a sus oídos, aclamado por mil voces.

La ambulancia del hipódromo se apresuro en ir a recoger al jinete y al caballo.

Encontraron a Guinea, sin conocimiento, doblado bajo el peso de Victorioso. El caballo tenía el hocico sangrante, las patas delanteras rotas, desarticuladas.

Orzábal estuvo contemplando largamente, con ojos atónitos al pobre *jockey* en su camilla. Según el médico era un caso perdido. Presentaba una fractura en el cráneo. Gabriel miró con dolor aquel cuerpecillo flaco, liviano, vestido de azul y rojo, como un arlequín roto por las manos de un niño.

Salió de la enfermería con la cabeza gacha. Bernard vino a su encuentro. El caballo estaba deshecho y gemía con lúgubre estertor. Dos veterinarios, con sendos delantales, manchados de sangre, le acompañaban.

—¿Da Ud. su permiso, señor Orzábal? La pobre bestia está sufriendo inútilmente. Hay que sacrificarla...

Gabriel asintió con la cabeza, pues faltábanle las fuerzas para impartir la trágica orden.

Un sudor frío le bañaba la frente. Hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para contener su desesperación.

Se veía solo, muy solo en su desgracia. Sus amigos estarían, sin duda, celebrando el triunfo de Pérez Luján.

Aquella catástrofe lo hundía nuevamente. Era el fracaso de sus esperanzas, la caída, el retorno a la pobreza.

Todo venía al suelo, sus sueños, sus ambiciones, como un castillo de naipes.

Regresó a su casa abatido, descorazonado, con un deseo hondo de llorar. Eso era su vida. Un tormento continuo, un constante anhelar, un levantarse y un caer. Recordó a Sísifo, con su peñasco a cuestas, sin poder avanzar, sin llegar a la cumbre, agobiado por la fatalidad de su carga.

Rosina tuvo suaves ternezas para consolarlo.

—No sufras, Gabriel, no llores. Ya la vida volverá a sonreirnos de nuevo.

Dos días más tarde, Pérez Luján, le fué a ver.

—Comprendo su situación, Orzábal. Ud. ha sufrido un golpe rudo. Monreal, que lo estima profundamente,

me ha encargado le haga un ofrecimiento. El no desconoce sus deseos de abrirse camino en la vida. Me ha dicho que vaya a verlo. El puede proporcionarle una buena situación, gracias a sus vinculaciones.

Gabriel agradeció el ofrecimiento y fué a casa de Monreal.

La muerte de Guinea, el desdichado *jockey*, y el fracaso de sus ambiciones, le habían comunicado un sentido más hondo de las cosas.

No, no era posible entregarlo todo al azar. Había que recobrar su carácter, su constancia, que lo hicieron fuerte en sus luchas de Norte América.

El ofrecimiento de un cargo de administrador en una compañía maderera del Chaco, vino a reconfortar su ánimo. Monreal habíale gestionado aquel cargo, importante no tan solo por su sueldo, sino por los gajes inherentes. Viviría en un obraje, a unas pocas leguas de Resistencia.

Estaba jubiloso. Allí en la selva, entre los quebrachales, lucharía heroicamente. No se le escapaba que tendría que afrontar una vida dura, sombría y monótona. Pero en su corazón cantaba la esperanza.

Tímidamente habló de sus proyectos a Rosina. ¿Querría ella acompañarlo en su brava epopeya?

Cinco años de trabajo, de sol a sol, economizando con tesón, le bastarían para reunir una pequeña fortuna.

Rosina oyó sus palabras, estremecida de júbilo.

—¿Y me llevas contigo, Gabriel?

Lo preguntaba con timidez, con una luz de anhelo en los ojos.

—Claro está. Creo que te sentirás fuerte para dejar Buenos Aires. Al fin y al cabo, la vida selvática tiene también sus encantos

Estaban junto a la ventana. Caía la tarde, y las luces del atardecer reflejábanse en los cristales con un resplandor de oro muerto.

Aquella suave penumbra, que se iniciaba en la intimidad de la estancia, los fué envolviendo en un abrazo de sombras.

Rosina apoyó la cabeza sobre el pecho de Gabriel y con voz casi desfallecida murmuró:

—Sí, llévame contigo. No me dejes sola. Ahora, menos que nunca... El temor de verte enfadado me había hecho callar. ¿Sabes por qué no quise entrar al *Asirio* aquella noche? ¿Sabes por qué no he querido acompañarte a ninguna de esas reuniones alegres? Porque no soy la de antes. Soy otra, más noble, más digna. He logrado lo que tanto soñé. Un hijo, un hijo tuyo palpita en mis entrañas. Por eso estaba alegre y cantaba. Si me abandonabas por vieja, por fea, llevado por el cariño a otra mujer, me quedaba el consuelo de ese hijo... Pero ahora no te irás. Seré tu compañera de siempre... Lucharemos juntos contra el destino... Dime que perdonas mi silencio... Dime que no estás enfadado.

Lo consultaba con los ojos, brillantes, luminosos, como dos luciérnagas en la penumbra.

Gabriel la oyó estremecido, acongojado. ¡Un hijo, un hijo suyo, una raíz ahondada en la vida! ¡Una semilla de sus carnes florecida en aquella tierra...!

La diestra se crispó, impulsada por un chispazo de cólera, pero se distendió en caricia.

Estaba pálido, mudo, plegado el ceño en honda meditación.

—Ven acá... — ordenó con voz trémula.

Ella se aproximó medrosa, acobardada.

—Está bien. Nos iremos juntos. Ese hijo te servirá de escudo...

La besó suavemente en la frente, y se apartó para no llorar.

I

Volvía de la selva con una visión dantesca. Allí los hombres desencadenaban sus pasiones con intensa fiereza. Odios, rencores, venganzas, alimentábanse a la sombra de los quebrachales como medran las alimañas en la espesura.

Tres años y medio vivió en aquel obraje, gobernando con mano de hierro a un centenar de hombres rudos y levantiscos. Paraguayos, chilenos, correntinos en su mayoría, casi todos habían ido a luchar contra la naturaleza, después de haber librado batallas con los hombres. Muchas veces, al verlos trabajar, sudorosos, desnudos hasta la cintura, esgrimiendo las hachas centelleantes, contraído el rostro en una sonrisa amarga de cansancio, parecíale ver un puñado de verdugos satisfaciendo, su sed de sangre, en aquella carne de bosque.

Fuerte de voluntad, puesta la esperanza en un porvenir mejor, no hizo Gabriel Orzábal nada que pudiera apartarle de la línea de conducta que se había trazado.

En aquella forzada soledad, sin más emoción que la

que presta la selva con su latido de corazón gigant viviendo los días, largos y monótonos en toda su ex tensión, como un camino pedregoso que se hace a pi cotidianamente, vió transcurrir tres años y medio d su vida.

Rosina lo había acompañado, fortaleciéndole con su caricias. No la amaba, estaba cierto de ello, pero pro fesábale un cariño lleno de ternura, de gratitud por s heroica conformidad.

Aquel hijo, nacido a los pocos meses de llegar a Re sistencia, fué un lazo de dolor que los unió en un común tristeza. Era un niño hermoso, de grandes ojo verdes, como su madre, de cabellos claros y rizosos de frente muy amplia, muy henchida. Tenía la cabez de un ángel, con aquella mirada dulce y esa sonris seráfica que ponía en su carita un alegre resplando

Pero su cuerpo débil, raquítico, de piernecitas an quilosadas por la miseria medular de sus huesos, n correspondía a la bella vitalidad del rostro. Era un mezcla de lo divino y de lo humano, de lo excelso y d lo deleznable. Una cabecita de querube, que pedía ala sobre los hombros, y unas piernas enclenques, torcidas como ramitas de un arbusto que se hace leña antes d ser verdor.

Todo ese prodigio maravilloso del niño que comienz a andar, todo ese vacilar de piernas, todo ese afán de equilibrio, tan gracioso, tan lleno de emociones par los padres, le estuvo vedado. El mecanismo estab roto.

Fué criándose inmóvil, en su silla de brazos, apri

sionado entre el respaldar y la breve mesita que lo sujetaba por el pecho, evitándole una caída. Sus manitas ágiles movíanse, siempre inquietas, como si quisieran resarcirse de la inmovilidad del cuerpo.

Gabriel bromeaba, melancólicamente: "Ya está el curita en su púlpito...". Y lo besaba en su frente blanca, de cutis sedeño, tan amplia, que muchas veces comparábala a un cofre que encerrara grandes sorpresas.

A los dos años oíasele, parlotear con su madre, en su donosa media lengua. Ahora, su vivacidad, su inteligencia luminosa expresada en preguntas precoces, causaba estupor. Diríase que toda la vitalidad de la criatura concentrábase en el cerebro y en la luz de los ojos.

Gabriel lo hizo examinar por buenos médicos, y hasta hizo dos viajes a Buenos Aires para intentar algún régimen, pero todo fué inútil. Sus piernecitas habían nacido muertas para todo dinamismo.

Rosina lloraba, y más de una vez se reprochó por haber tenido aquel hijo. Caía en un doloroso abandono y pasaba semanas sin sonreir, sin hablar, como si un pensamiento trágico la persiguiera obsesoramente.

Orzábal llegó a habituarse a su desgracia. Cuando regresaba, cansado de la lucha diaria, siempre renovada, gustaba aproximar su rostro a la hermosa carita del hijo. El sonreía, con los ojos muy luminosos y alegres, agitando las manos, besándole con besitos suaves como un pétalo de flor.

Orzábal no perdió el tiempo. Vivía con modestia, y todo su propósito era reunir el mayor dinero posible. Durante los primeros meses no ahorró sino para satisfacer deudas que dejara en Buenos Aires, pero después, al tener los primeros cinco mil pesos, comenzó a hacer algunos negocios de compra y venta de maderas que le rindieron pingües ganancias. Cuarenta y cinco mil pesos constituía su capital. No era una suma importante, como la había soñado, pero en fin, tampoco era cosa de quejarse.

El hubiera cumplido sus cinco años de destierro, pero aquella enfermedad imprevista lo amilanó. Durante un mes, una fiebre maligna lo retuvo en su lecho.

Todos los días, al atardecer, sentía que la fiebre le abrasaba las carnes y que su imaginación caía en un vórtice de sombras y luces. Mil ideas locas cruzaban su sueño febril. Veía el bosque obscuro, como una mancha de carbón, retorcido, torturado en sus siluetas como en una estampa de Durero. El bosque tenía un rumor de órgano, una canción de selva en la que se amalgamaban infinitas voces. Un árbol gigante, vivo, convulsionado, agitando sus brazos al cielo en una imprecación, avanzaba hacia él. Huía, tropezando, cayendo, sintiendo que las víboras mordían sus pies desnudos entre la hojarasca. Un coro de risas diabólicas, estallaba tras sus espaldas. Eran los leñadores con sus hachas lucientes, en las que el sol de la tarde ponía un tinte de sangre; los verdugos del bosque con sus brazos de cíclopes, sus dientes de lobo, orgullosos del chasquido de huesos del ramaje, bajo el hacha.

Se moría de sed. Pedía agua, y Rosina, siempre vigilante junto a la cabecera del lecho, le humedecía los labios con un algodón mojado en agua.

Ahora veía arder el bosque en una llamarada de infierno. Los quebrachos inmensos, con piernas y brazos torcidos, con barbas de musgo, como dioses milenarios, ardían cual candelabros alzando una lluvia de chispas sobre el raso azul de la noche. Toda la selva rugía y crepitaba bajo las llamas, como si la devorasen mil víboras de oro. Y arriba, en lo alto, sobre el cielo impasible, las chispas eran nuevas estrellas remedando una constelación...

Fué larga la convalecencia. Gabriel. se sintió débil, acobardado, pusilánime. Al mirarse en un espejo vió que esos tres años y medio habían pasado sobre su rostro como una eternidad. Sus cabellos negros, ostentaban un blancor de ceniza junto a las sienes. Los ojos parecían fatigados en las hondas ojeras y la boca tenía un pliegue profundo que le daba un aire de hombre taciturno.

Rosina, en la molicie de esa vida monótona, sin emociones, había engrosado. También hubo de caer ceniza sobre la llama viva de sus cabellos. Las esmeraldas de sus ojos, obscuros de llorar, tenían ahora un resplandor mortecino de piedra antigua. Eran como los ojos verdes de un ícono, que perdiera su sortilegio en la frialdad de un museo.

Quedó quebrantado, después de esas fiebres, y sentíase débil para luchar contra las infinitas contrariedades que se suscitaban a diario en la vida del obraje.

Regresó a Buenos Aires, deseoso de reintegrarse a una vida grata, civilizada.

Al verse de nuevo entre sus amigos, frecuentando el Club, reanudando sus charlas con Monreal y Pérez Luján, le pareció que aquellos tres largos años habían sido un mal sueño. Cuando volvió del mar, de sus andanzas juveniles por el extranjero, tuvo la sensación de que la ciudad, los hombres y las cosas, habían cambiado de forma, de aspecto.

En cambio, ahora, al volver de tierra adentro, de la selva, todo estaba igual para sus ojos. Tres años y medio en la ciudad no se sienten. Pasan como en un sueño. Allá en la selva son una eternidad. El latido del bosque virgen es un reloj que devora las horas, que vence al tiempo. El sol de justicia, de su cielo y el aliento de fiebre de sus pantanos, acorta la vida, la disgrega, la despedaza.

Javier Monreal y D. Ignacio Bélmez simpatizaban con Orzábal. Aquella noble ambición les hacía sentir, como buenos criollos, un orgullo de raza.

Gabriel había tenido muchas horas de meditación, por lo cual su conversación era ahora más reposada, más profunda, más inteligente, como si el largo silencio le hubiese iniciado en el justo valor de las palabras.

Rossi, siempre luchando con su diario, tuvo gran alegría al verlo.

—¡Por fin te has decidido a volver! Ya era hora. Aquello debe ser un martirio. Yo, fuera de mi Buenos Aires, me moriría...

—Sin embargo, no se pasa mal. La naturaleza es a veces más interesante que los hombres...

—Lo que tú quieras. A mí no me des más selva que Buenos Aires. Aquí cada hombre es un árbol. El caso es tener un hacha y un brazo fuerte... — replicó Rossi.

Gabriel tuvo una triste sorpresa a su llegada. Su madre había muerto hacía dos meses. ¿Cómo era posible que Julián no le hubiese avisado nada?

Durante su ausencia, varias veces escribió a su madre, pero ésta habíale dejado de escribir, justamente dos meses atrás. Supo la triste nueva de labios de Rossi.

Una mañana se dirigió a Belgrano. Iría a ver a Julián, a pedirle una explicación por su conducta.

Era un día gris, de llovizna. Descendió en la estación, cruzó la plaza y se encaminó de prisa hacia la farmacia.

Todo estaba igual. Se detuvo en la vereda, frente al escaparate. Lucía siempre, entre frascos y cajas de pastillas, el globo de cristal, con su agua azul, como un pedazo de mar encarcelado. Miró hacia adentro. Julián, con su guardapolvo, sus lentes, un poco más envejecido quizá, estaba tras el mostrador despachando a un cliente.

Meditó. ¿Valía la pena de entrar? ¿No sería mejor escribirle? No tenía deseos de discusiones. Lanzó una ojeada a la farmacia, miró la casa con su puerta entornada, y poseído de desánimo, de tristeza, volvió sobre sus pasos.

Escribió a Julián y éste le contestó, confirmándole la muerte de su madre, después de una breve enfermedad. Era una carta fría, desprovista de emoción, sin ningún detalle que pudiera calmar su justa curiosidad.

"Puedes hablar con mi abogado, el doctor Piñeiro. — añadía — El te puede poner en antecedentes de lo que te corresponde como herencia".

Y nada más.

Gabriel no dió un paso. Bien sabía él que su padre no había dejado nada al morir. En cuanto a lo de su madre no podía ser sino una cantidad pequeña, obtenida después de quién sabe Dios cuántos sacrificios.

Una tarde, a raíz de un disgusto con Rosina, salió de su casa malhumorado, triste, encaminando sus pasos hacia el Club, con ánimo de encontrar allí a algún amigo.

Un corrillo de murmuradores le llamó la atención. Fernando Santágata destacó del grupo, preguntándole:

—¿Has leído "El Noticiero" de esta tarde?

—No, rara vez lo leo...

—Sin embargo, eres amigo de Rossi.

—Vamos a ver... ¿Qué pasa? — preguntó Gabriel.

—Lea Ud.... no me negará que no es una audacia, un cinismo — intervino alguien.

Cogió el periódico con manos nerviosas.

En primera página leíase una información, a grandes títulos, atacando al diputado Monreal. Se le hacían graves cargos acerca de haber gestionado del gobierno algunas resoluciones provechosas para una sociedad ga-

nadera de la que éste era accionista. Había una alusión, hecha entre frases vealdas, a una fuerte comisión en libras esterlinas pagadas por un sindicato de capitalistas extranjeros.

Orzábal arrugó el diario con un ademán de desagrado.

—Hace ya varios días que le vienen atacando — informó Santágata. — Esta mañana almorcé con Monreal. Está disgustadísimo, y no es para menos.

—Lo que se ve bien a las claras es que se trata de un *chantage* — manifestó Andriani.

—Hombre, yo no creo a Rossi de algo semejante. Sin duda lo han informado mal — exclamó Orzábal.

En aquel instante D. Ignacio Bélmez entró al salón.

—Ya veo de lo que están hablando — dijo, al ver "El Noticiero" en manos de Gabriel — Ese Rossi es capaz de todo. Esos periódicos no viven sino del escándalo. El caso extraordinario es que esta mañana ha tenido el cinismo de ir a casa de mi yerno...

Todos hicieron un gesto de asombro.

—Sí, envió su tarjeta pidiendo una entrevista, pero Javier no lo recibió.

Orzábal estaba poseído de una noble indignación. Rossi atacaba a Monreal, a su mejor amigo, sin desconocer el daño moral que podía causarle.

—Aquí viene Monreal — dijo Santágata.

Efectivamente, Javier Monreal entró en el salón del Club. Venía alterado, intensamente pálido.

Antes de que pudieran preguntarle nada, exclamó dejándose caer en un asiento:

—Acabo de darle una lección a ese miserable...

—¿A Rossi...? — preguntaron todos.

—Sí, le encontré al salir del Congreso. Quiso hablarme, pero no pude contenerme y le rompí el bastón en las espaldas. Ha habido un tumulto. Me ha tirado su tarjeta y me ha amenazado con los padrinos.

Monreal estaba lívido, y todo él temblaba de indignación. Era esa terrible y angustiosa cólera de los hombres mansos.

—Aquí no hay leyes, señores míos. ¡Cualquier víbora de esa puede arrojarnos su ponzoña a la cara! — exclamaba Monreal, pasándose un pañuelo por las sienes sudorosas.

Gabriel Orzábal se aproximó a Monreal tendiéndole su mano.

—Yo impediré ese duelo, amigo mío. No es posible que Ud. se bata con ese granuja. Desde hoy Rossi no es otra cosa para mí.

—Hombre, Ud. comprenderá. Yo he estado un poco atrevido, si se quiere, pero a cualquiera se la doy. Pasada mi cólera, eso del duelo me parece un absurdo. Yo no sé manejar armas. Le ruego que Ud. arregle esta cuestión. Sería un disgusto muy grande para Aurora.

Hombre de poco mundo, la comedia del honor, o sea el duelo, adquiría contornos trágicos en su imaginación de timorato.

—Yo evitaré ese duelo. Quede Ud. tranquilo. A Ud. le debo mucho reconocimiento. Ha llegado el instante de retribuir sus gentilezas.

Monreal le apretó la mano, sonriéndole.

—No es por mí, Ud. comprenderá... Pero Aurora, mi mujer... ¡Ella que es tan nerviosa! No podría ocultarle el lance.

—No tema Ud. nada. Yo le respondo que Rossi callará para siempre.

Le dió un golpe cariñoso en la espalda, cogió su sombrero, y salió en busca del periodista.

II

Lo encontró en la redacción de "El Noticiero". Rossi y Orzábal discutieron a puertas cerradas.

Gabriel hubo de llamarlo a la razón. Rossi indignado, hablaba de un duelo a muerte.

—Me ha golpeado, de improviso, en una forma cobarde y ante testigos. Si hubiese sido en una calle solitaria, pase. Pero fué allí, a las puertas del Congreso. Yo le enseñaré a tratar con caballeros.

—Vamos, cálmate... Dime sinceramente: ¿era verdad, te consta, todo lo que has escrito en su contra?

Rossi se detuvo, titubeando:

—Es lo que se dice, lo que se murmura... Talvez a mí se me haya ido la pluma.

—No, no te disculpes. Tú has querido sacar dinero. El caso era atacar, echar lodo sobre la reputación de Monreal. Querías que la Liga Ganadera, de la que él es presidente, comprara tu silencio.

Rossi bajó la cabeza, para no mirar a Orzábal cara a cara.

—Algo de eso hay... — musitó en voz baja.

—¡Y a esto llamas tú periodismo!

—No todos tenemos la suerte de hacernos ricos como tú... Ya te he dicho. Buenos Aires es mi selva. Mi pluma me sirve de hacha.

—No, no hagas frases... Yo lamento que seas mi amigo. Me apena verte en este terreno. Hoy te has topado con Monreal, que en el fondo, apesar de su arranque, es un timorato. Pero mañana te encuentras con un hombre de verdad, y pagas cara tu audacia.

—¿Y qué quieres? Hay que vivir, hay que sostenerse. Con romanticismos no se come. A los diarios chicos, como el mío, no nos dejan vivir de otro modo...

—Ahora que estás más sereno, hablemos por última vez, de hombre a hombre. A ti lo del duelo no te importa gran cosa. Lo que tú quieres es salir de un apuro de dinero. ¿Qué necesitas?

—¿Vienes como embajador de Monreal?

—No, nada de eso — replicó Orzábal, mirando a Rossi casi con dureza — Tú sabes que yo lo estimo como mi mejor amigo. A él le debo mi posición actual y mis vinculaciones sociales. Vengo a pedirte que desistas de ese duelo y de la campaña que has iniciado en su contra. Te lo pido en nombre de nuestra amistad.

—Sí, ya comprendo que para ti es muy molesto. Todos saben que tú y yo hemos sido siempre amigos. Pero con eso nada remedio. No creas que hago gala de cinismo, no. Estoy con el agua al cuello. Un poco más y me ahogo.

—Te propongo un acuerdo. Tú me firmas un papel, comprometiéndote a no seguir tu campaña y yo te facilito la suma que necesites. ¿Cuánto quieres?

—Eso no, Orzábal. Si ese dinero viene de tu bolsillo, nada quiero.

Rossi se había puesto de pie. Estaba visiblemente nervioso. Su voz se ensombreció:

—Es triste confesártelo. Me avergüenzo de haber provocado esta situación. Yo te prometo que no molestaré más a Monreal. Tu amistad vale algo para mí... Más que todo el dinero...

Se miraba la punta de los pies, un poco húmedos los ojos por la humillación.

—Vamos, no te pongas así. Yo comprendo tus necesidades. El ambiente te ha corrompido, pero en el fondo aun queda algo de tu bondad. Es humano, demasiado humano. ¿Cuánto quieres? Yo te prestaré esa suma. — insistió Gabriel.

Los ojos de Rossi cambiaron en brusca transición.

—Si es así, lo acepto. En calidad de préstamo es otra cosa.

Hablaba con aire de dignidad, aun a sabiendas de que aquel dinero no lo devolvería nunca.

—Necesito cuatro mil pesos... Si fuese posible, cinco...

Gabriel sonrió:

—No, te contentarás con los cuatro. Mañana los tendrás. Y ni una palabra más sobre Monreal. ¿Convenido?

—Convenido — afirmó Rossi.

Gabriel descendió las escaleras de "El Noticiero" satisfecho de su actitud.

Marchó al Club, pero ya no estaba Monreal.

—Ha ido a su casa. Puedes telefonearle — le indicó Santágata.

Orzábal requirió el aparato. Monreal acudió a su llamado.

—¿De dónde me habla? ¿Del Club?

—Sí, he venido a buscarle. ¡Eso está arreglado!

—¿Cómo? ¿Tan pronto?

—Sí, ya no hay nada que temer. Me ha costado convencerle, pero al fin...

—Hombre, me interesa saber detalles. Tómese un *auto* y véngase a casa. Cenará con nosotros... Quiero que me lo cuente... Aurora estaba intranquila, pues no faltó alguien que le telefoneó dándole cuenta del incidente.

—Bueno, está bien. Voy en seguida.

Gabriel colgó el tubo. Una sonrisa de satisfacción se pintó en su rostro.

Era la primera vez que Monreal lo invitaba a su mesa. Tendría el honor de hablar con Aurora Bélmez, esa mujer ideal, admirable, que tantas veces vió de lejos.

Salió del Club y se hizo conducir a su casa, a fin de acicalarse. Cambió traje, perfumó su pañuelo de bolsillo y sus cabellos, y se despidió de Rosina con un ligero ademán.

—No vengo a cenar. Como en casa de Monreal.

Minutos después, el *auto* se detenía frente a la verja del *petit hotel* de la calle Arenales. Recordó la mañana, en que por vez primera fué a ver al di-

putado llevando una carta de presentación de Pérez Luján.

Monreal lo esperaba con impaciencia. Lo llevó a un saloncito para hablar, pues en su escritorio estaban Bélmez, Mr. John Lever, el rico ganadero, y dos o tres amigos más de Monreal, que habían ido a verlo, curiosos de aquel duelo que, según todos, estaba en tramitación.

—Me ha costado convencerlo. Estaba hecho una fiera. Pero por fin ha cedido.

Gabriel ocultó, claro está, que había comprado con dinero el silencio de Rossi. Le repugnaba aquel ruín detalle de la entrevista. Pero en cambio, pintó con intenso colorido las dificultades que hubo de vencer para obtener ese acuerdo.

—¿De modo que no me manda sus padrinos?

Según Santágata, sus antecedentes no son muy limpios, de modo que bien podría haberlo descalificado...

—No habiendo intervenido nunca la justicia en asunto que lo comprometa, Rossi tiene el derecho de batirse. No puede descalificársele como hombre de honor... Pero como le digo, ya todo ha terminado. El me ha prometido solemnemente llamarse a silencio.

—Gracias, Gabriel. ¡No se imagina Ud. el peso que me quita de encima! Yo soy un hombre tranquilo, enemigo de estos lances...

El rostro de Monreal no desmentía su alegría. Orzábal sonrió para sus adentros. Recordábalo pálido, trémulo, preocupado por la idea del duelo. Ahora, la

sangre había vuelto a sus mejillas, y parecía respirar satisfacción por todos sus poros.

Los amigos se retiraron, con excepción de Mr. Lever. Monreal hizo la presentación de Gabriel, haciendo un elogio de su inteligencia y de sus ideas progresistas.

Mr. Lever lo miró con curiosa atención. Era un hombre alto, de cabellos pajizos y rostro encendido. Los ojos pequeñines y azules eran vivaces y penetrantes.

—Orzábal ha vivido en Norte América y ha viajado por medio mundo — indicó Monreal.

Gabriel narró con sencillez, sin petulancia, alguno de sus viajes de juventud, ocultando eso sí, la forma humilde en que los hiciera.

En aquel momento, Aurora Bélmez entró al salón. Mr. Lever y Orzábal se pusieron de pie.

—Buenas noches, Mr. Lever... ¿Y Daisy?

—Bien, gracias. En estos días vendrá a verla.

Gabriel esperaba ser presentado. Monreal hizo las presentaciones:

—Mi señora... Gabriel Orzábal, el amigo de que tanto te he hablado.

Ella le tendió su mano, con una afable sonrisa. Gabriel la oprimió suavemente, murmurando una frase de cortesía.

—Yo he venido tal vez a interrumpirles su charla — observó Aurora, al sentarse en el sofá junto a Mr. Lever.

—No, de ninguna manera — se apresuró a decir Gabriel.

—Orzábal nos contaba sus viajes, por Europa, la India, el Asia...

Aurora lo miró con interés. En sus claros ojos hubo como un destello de asombro.

—¿De modo que Ud. ha viajado por todas esas tierras maravillosas? — preguntó.

—Sí, señora. Yo en mi juventud tenía un alma de soñador, de vagabundo — replicó Gabriel — Me hice marino y así pude recorrer todos esos países exóticos, países de ensueño, donde he vivido las horas más intensas y más bellas de mi vida...

Como todos le prestaban cortés atención, Orzábal hizo una vibrante evocación de sus andanzas. Quizá añadió alguna mentira a su relato, quizá se dejó llevar en grado sumo por su fantasía, haciendo de pequeños recuerdos, grises en su memoria, gemas brillantes y magníficas. Pero había unos ojos de mujer, ojos celestes dignos de un madrigal, pendientes de sus labios; había un corazón femenino propicio a las exaltaciones poéticas, y no sin asombro del mismo, como en una revelación de elocuencia, se dejó arrastrar por la corriente de una onda lírica que iba iluminando sus recordaciones con una luz mágica, sorprendente.

—Es Ud. un narrador exquisito — afirmó Aurora, con arrobo. — ¿No se le ha ocurrido escribir sus impresiones de viaje?

—No me he atrevido a tanto, señora. Pierre Loti, Claude Farrére, lo han hecho en forma tan maravillosa, que me ha parecido una audacia el intentarlo.

—Eso no, señor Orzábal. Cada persona tiene su temperamento. Cada alma sorprende ante la belleza un matiz distinto. — objetó Aurora.

"Es inteligente como su padre, pensó Gabriel — Es una de esas mujeres que comprenden la vida, el arte, la literatura, que las apasiona todo lo que es belleza. Una mujer que sabe conversar".

Mr. Lever le hizo algunas preguntas, más bien de carácter práctico, lo que vino a cerrar aquel breve período de elevación.

Un criado peripuesto vino a avisar que la comida estaba servida.

Era un comedor severo, señorial. Una amplia chimenea, sobre la que destacaba un viejo gobelino, prestaba una nota de hogareño recogimiento. La plata de las bandejas y fuentes resaltaba su brillo entre los cristales cortados. Algunos platos de cerámica, de dibujos heráldicos, añadían un sello de nobleza.

Las sillas parecían más bien sitiales con aquellos altos respaldares, de verde y mullido terciopelo. Los pies se hundían en el fofo espesor de la alfombra. Todo hablaba de riqueza y buen tono.

Lo hicieron sentarse entre Monreal y Aurora. Al frente, se sentaron Mr. Lever y D. Ignacio Bélmez.

Estaban un poco distantes, un poco perdidos en la amplitud de aquella mesa enorme que reclamaba un banquete.

Por extraña asociación de ideas, Orzábal recordó la casa de Rossi, aquel comedor estrecho en que la familia del periodista pasaba sus inquietudes y miserias.

Sus ojos buscaron los de Aurora. Ella parecía también una invitada. Sus manos finas, de uñas sonrosadas de esmalte, descansaban sobre el mantel. Eran unas

manos pequeñas, blancas y tersas, con hoyuelos en los artejos, manos castas que pondrían algo de bendición en sus caricias. Un criado servía la mesa y cuidaba de todos los detalles.

Aurora preguntaba a Mr. Lever por Daisy, su hija, con la cual en su quinta de San Isidro, solía sostener reñidas partidas de *tennis*.

La conversación se hizo general, y Orzábal se limitó a intervenir con escasas frases. La voz cantante la llevaba D. Ignacio, que, cuando se trataba de política, adquiría un tonillo tribunicio como si estuviese en el Congreso.

Después de la cena, la velada fué breve.

Mr. Lever, enterado de que Orzábal había vivido tres años y medio en el Chaco, le expresó sus simpatías.

—Es Ud. amigo de Monreal y eso basta para que sea, desde hoy, mi amigo. Me agrada sobremanera su carácter. Por lo que me ha contado de sus viajes y de sus luchas en el Chaco, veo que Ud. es un hombre de acción. ¡Yo también lo he sido!

Y le estrechó la mano con rudeza.

Al despedirse, Aurora le dijo en voz baja:

—Javier me ha informado de su mediación en el incidente de esta tarde. Le estoy muy reconocida. Me ha evitado Ud. el más grande disgusto de mi vida...

—No tiene importancia, señora. Yo hubiera impedido de todos modos ese duelo.

Aurora le tendió la mano y él se atrevió a oprimirla cordialmente.

—Esta es su casa, señor Orzábal.

Agradeció el ofrecimiento y sus ojos, se posaron un breve instante en las pupilas celestes de Aurora. Ella apartó su mirada, sintiendo que un leve rubor le coloreaba las mejillas.

Gabriel experimentó una sensación de malestar, como si aquellos ojos le hubiesen hecho un dulce daño.

Se despidió de Monreal, citándolo para verse al día siguiente en el Club.

Ya en la calle, encendió un cigarrillo. Iría a pie, para quedar a solas con su pensamiento, para analizar las diversas sensaciones que acababa de experimentar.

Se sentía alegre, orgulloso casi. Aurora Bélmez, la mujer ideal, le había sonreído con sus grandes ojos claros.

III

Después que Orzábal puso en manos de Rossi la cantidad convenida, no volvieron a verse.

Gabriel, contaminado con el ambiente, comenzó a cultivar sus ambiciones. No era cosa de estarse mano sobre mano, comiéndose el dinero que tantos sacrificios le costara.

Estudió detenidamente el carácter de Monreal. Desde aquella tarde del incidente con Rossi, Orzábal tenía un marcado ascendiente sobre el espíritu del diputado. Hábil psicólogo, Gabriel conocía todas las flaquezas de aquel hombre. Con una situación en política, con una fortuna respetable, presidiendo la Liga de Productores Ganaderos, era el llamado para auparle en la vida, para hacerlo ascender a sus alturas sin gran esfuerzo.

La amistad de Orzábal y Monreal fué cada día más estrecha. Gabriel iba filtrando en el ánimo de su amigo algunas ideas prácticas, con las cuales éste solía lucirse en las sesiones de la Liga. Fué tanta la intimidad que se desarrolló entre ellos, que un día Monreal le confió una preocupación:

—Hombre, no sé qué hacer. Ud. sabe que yo he

sido un trabajador, un comerciante, pero en lo que se refiere a las letras soy una nulidad. Yo contaba con un muchacho escritor, al que le pagaba la redacción de mis discursos. A veces tengo que hablar en el Congreso o en las sesiones de la Liga. Este muchacho se ha embarcado para Europa, por asuntos de familia, y ahora no sé cómo buscar quien lo reemplace... Es tan delicado...

—No se apure Monreal. Yo le escribiré esos discursos. Estoy seguro que va Ud. a lucirse más. Yo tengo un sentido práctico que ese escritor no tendría, de seguro.

Orzábal estaba satisfecho. Monreal era el tronco propicio para trepar como una enredadera hacia lo alto. El chuparía de su savia, él lo abrazaría con su talento, con sus propias ideas y palabras, elevándose, encumbrándose sobre el ajeno tronco.

Esta situación permitió que Gabriel frecuentase asiduamente la casa de Monreal. Aurora, le dispensaba una cordial simpatía y parecía contenta de aquella amistad que iba beneficiando a su marido.

Una tarde, Orzábal tuvo un encuentro que le produjo emoción. Al pasar por la calle Florida, se encontró con Leonor, en circunstancia de que ésta salía de una tienda.

—¡Gabriel!

La vió palidecer, conturbada como ante una aparición.

—¡Leonor...! ¿Qué es de tu vida...?

Se miraron con penosa curiosidad. Hubo preguntas,

frases sueltas, pausas. Se apartaron del bullicio de la calle, dirigiéndose hacia la Plaza de Mayo.

—Yo te creía allá en Resistencia. Varias veces he estado por escribirte para anunciarte la muerte de mamá.

Le contó las incidencias de la enfermedad, su breve agonía, un domingo al amanecer...

Gabriel no pudo impedir que sus ojos se llenaran de lágrimas. Ahora, la muerte de su madre parecíale más verdad, más dolor, oyendo hablar a su prima.

—Ella pensaba mucho en ti, pero jamás volvió a nombrarte delante de mí. Después de lo ocurrido, en casa nadie ha pronunciado tu nombre. Cuando mis niños solían recordarte, Julián los regañaba. Pero, sin embargo, yo he visto que tu madre suspiraba, que recibía tus cartas con alegría, y más de una vez adiviné que sus ojos habían llorado por ti...

Pasada la evocación dolorosa, Gabriel le habló de su vida, de su enfermedad, de su regreso definitivo a Buenos Aires.

—¿Es verdad que tienes un hijo? — le preguntó Leonor, con curiosidad.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo dijo Rossi, un día que lo encontré en la calle.

—Sí, tengo un hijito; un pobre niño enfermo — replicó entristecido.

—¡Es una lástima que lo hayas tenido con una mujer de esa clase! — observó Leonor con burguesa lamentación.

Gabriel guardó silencio. No intentó refutar la frase inoportuna.

—¿Y por qué no me contestaste cuando te escribí aquella carta?

—Por la sencilla razón de que todo estaba terminado entre nosotros. — contestó él firmemente.

—Sí, es claro, después de lo que pasó... Pero de todos modos...

—¿Acaso me sigues queriendo? — preguntó en tono de burla.

Leonor lo miró intensamente a los ojos, y su rostro se tornó serio.

—¿No me contestas?

—¿Para qué...? Ya sé que nunca me has querido, que no te he importado jamás nada...

Hizo un gesto, como para disipar un pensamiento, una frase que le venía a los labios, y alargó su mano, despidiéndose.

—Adiós, Gabriel... Que seas muy feliz. — dijo con voz emocionada.

—¿No nos volveremos a ver, Leonor?

—¿Para qué...? Si algún día nos encontramos, casualmente...

El le apretó la mano con efusión y la vió alejarse. La siguió con los ojos largos instantes.

"No está fea, no. La cabellera siempre rubia, magnífica; los ojos brillantes y altivos. Un poco más gruesa, más pesada", pensó.

Hundió sus manos en los bolsillos del pantalón y se

dirigió al centro, silbando muy despacito. Quería distraerse, olvidar aquel encuentro. Sentía el alma inundada de tristeza.

Pensó en su madre, en su larga vida de sacrificios, en su muerte dulce, silenciosa...

Cada ser amado que muere nos deja una cicatriz en Ganaderos, era el llamado para auparle en la vida, retorna a su dolor de herida, así suele dolernos el recuerdo, punzante y melancólico en los instantes de evocación.

Gabriel había reaccionado nuevamente. Recobradas sus energías físicas, parecía que su ambición habíase acrecentado como en un apetito de convalecencia.

Tanto fué interesándose en los asuntos de la Liga de Productores Ganaderos, que pronto llegó el día en que, tan interiorizado en sus asuntos como el propio Monreal, era consultado por éste para todo caso, por insignificante que fuese.

—¡Es una lástima que yo no sea secretario de la Liga! — dijo una noche a Monreal en tono de broma.

Había soltado la frase a fin de sondear el ánimo de su amigo.

—¡Hombre, no estaría mal pensado! Si Ud. fuese secretario, en vez de ese Urizar que nada hace, trabajaríamos en forma admirable. — declaró Monreal con aire de convencido.

Quedó pensando algunos momentos y añadió:

—¿Aceptaría Ud. ese cargo, Gabriel? Está bien rentado y no tiene mayores obligaciones. Urizar está soñando con una secretaría de Legación. Mi suegro y yo

tenemos buenas relaciones con los actuales ministros...

—A mí me agradaría mucho ocupar ese cargo, pues juntos podríamos realizar grandes proyectos — respondió Orzábal — Pero creo que la cosa no es tan fácil...

—Déjelo Ud. a mi cuidado. Hablaré con Urizar y veré cuáles son sus pretensiones.

Quince días más tarde, D. Ignacio Bélmez y Monreal le participaron el triunfo de sus gestiones.

—Urizar ha sido nombrado secretario en Viena. Puede Ud. contar, querido Orzábal, con su cargo de secretario en la Liga. Mr. Lever, que es el más influyente entre los ganaderos, ha propuesto su nombramiento.

Fué así, como días más tarde, se vió Gabriel ocupando la secretaría de aquella institución en la que se congregaban los más importantes intereses del país. El retrato de Orzábal fué publicado por algunos diarios, con frases elogiosas para su personalidad.

Monreal, débil de carácter, confiado ciegamente en su tacto, en su habilidad, sería en sus manos un valioso instrumento para secundar sus ambiciones.

Los ganaderos simpatizaron con Orzábal. Veían en él a un hombre tesonero, bien preparado, hábil para toda clase de asuntos.

Gabriel propuso la celebración de una Exposición de Productos, a fin de esteriorizar el grado de progreso alcanzado por la industria ganadera en la República. La idea tuvo franca acogida y mereció aplausos de la prensa.

Poseído de un espíritu moderno, Orzábal estaba lla-

mado a beneficiar a la Liga con sus ideas. Fundó una revista mensual, un boletín de propaganda, y sus editoriales, escritos en un tono un poco altisonante, pero graves y sesudos, le despertaron nuevas admiraciones.

Monreal, sin darse cuenta, iba siendo eclipsado por el secretario de la Liga, pero, hombre ingenuo, noble, desconocía la envidia. Por el contrario, celebraba como propios los triunfos de Orzábal.

Aurora cultivaba una secreta admiración por Gabriel. Mujer perspicaz, de clara y sutil inteligencia, pronto comprendió la influencia que éste ejercía sobre su marido. Aquellos discursos, aquellas ideas, que Monreal lucía en sus actos de político, pertenecían, no le cabía duda, a Orzábal, el buen amigo, pródigo de su talento.

La conversación de Gabriel le cautivaba.

El, arrastrado por una viva simpatía, procuraba halagarla con frases bellas.

Cierta vez hubo de decirla:

—A su lado me siento poeta. Mis palabras, sin quererlo yo, adquieren un tono lírico.

Ella sonrió mirándolo con aquellos ojos celestes, de una pureza inefable, que solían dejar a Gabriel sumido en triste silencio.

Una tarde, Orzábal fué a ver a Monreal, pero éste había salido.

—¿Quiere esperarlo, Orzábal? Javier no tardará en volver. — invitó Aurora.

Era una de las raras ocasiones en que le era dable conversar a solas con ella.

Se refugiaron en el saloncito, íntimo y coqueto. Las

cortinas estaban corridas y la luz del sol, cernida, penetraba en difuso claror. Varias rosas blancas y unas encendidas begonias adornaban los floreros.

Las flores, en el saloncito que había permanecido cerrado, embalsamaban el ambiente de una fragancia enervante.

Hablaron quedamente, con anchas pausas de silencio, mirándose con timidez. Sus almas temblaban como miedosas de esa soledad que las unía en un goce oculto de íntima comunión.

De pronto, ella habló de los niños. Eran la alegría del mundo, pedacitos de la mañana de la vida, pájaros humanos, cuyos gorjeos trinaban como campanitas de plata en los corazones.

Y esta vez, mirándolo con una mirada extraña, casi cálida, suave y envolvente como un resplandor, habló en voz baja, llevándolo a la confidencia.

—Yo sé que Ud. tiene un hijo, Gabriel...

El sonrió doloridamente:

—Creí que lo ignoraba. Sí, tengo un hijo, desgraciado por muchos conceptos. No es un hijo del amor, un hijo que pueda alzarse con orgullo a la faz del mundo. Es fruto de una triste aventura. El pobrecito vino a la vida castigado. ¿Por qué, me pregunto yo, muchas veces?

—Javier me contó el caso. ¿Y no hay esperanzas de que ande? — demandó emocionada.

—No, no hay esperanza alguna. Es un pajarito con las alas rotas. ¡Y si lo viera Ud.! Es lindo y bueno.

Tiene una tristeza resignada en los ojos como si conociera ya la proporción de su desgracia...

Callaron, un poco angustiados. Ella lo consoló con unas fracesitas espirituales, de madre de muñecas.

—Yo tampoco he tenido la dicha de los hijos. No he sido madre. Y por eso, muchas veces pienso con tristeza en ese placer que me está vedado...

Nada hay que aproxime a las almas como las evocaciones melancólicas.

Gabriel la miró con ojos iluminados de amor.

—Usted no se imagina, Aurora, todo lo que yo sufro. Hay quienes ven en mí, solamente, a un hombre de acción, a un luchador, a un ambicioso. Sí, pero yo no soy un ambicioso vulgar. Soy un ambicioso sentimental. Yo ambiciono el amor, el dinero, el poder... pero todo en uno. ¿Me comprende? Oro, honores, triunfos, para ponerlo todo a los pies de una mujer, de una mujer que me ame, que se mire en mis ojos, que sienta latir su corazón al ritmo del mío...

Parecía transfigurado, como poseído de una exaltación idealista.

—¿Y esa mujer aun no apareció en su camino, Gabriel? — preguntó Aurora con gesto de espectación.

—No, mi corazón no sabe lo que es amar. Siempre lo llevó el deseo, como sopla el viento la vela de un barco que va a la deriva. Al capricho, al azar. Yo sueño con un amor puro, que parezca imposible de tan alto, que me redima de todas esas pasiones bajas, demasiado humanas. Una mujer que tenga el alma y

los ojos claros como un agua transparente, que sienta la alegría de ser bebida...

—¿Y esa mujer...? — insinuó Aurora.

—Apareció de súbito en mi camino, tan luminosa, tan resplandeciente, que he tenido que cerrar los ojos para no cegar. Esa mujer es Ud., Aurora, sí, es Ud., que me ha despertado al amor, a la esperanza

Ella se cubrió el rostro entre las manos. Quedó así, muda, en un silencio largo, angustiado.

—Perdóneme Ud. Aurora... ¿La ha ofendido mi revelación?

Alzó los ojos para mirarlo. Estaba pálida, como una virgen de cera, con luz de lágrimas en el cristal de los ojos.

—¿Para qué habló, Gabriel? ¿Por qué no supo callar, amigo mío? ¿Acaso no comprendió que yo lo había leído en sus ojos? Era un secreto vivo, demasiado intenso, para no sorprenderlo. Pero su silencio me hacía bien, me fortalecía, nos servía de escudo contra nosotros mismos. ¿Y ahora qué hacer? ¿Cómo mirarnos a la cara, sin sentir que nuestras almas son culpables? Yo también he vivido sin amor, pero era feliz, egoístamente feliz. Me sentía dichosa como una niña que no piensa sino en jugar. Todo mi cuerpo, y toda mi alma, estaban impasibles, ignorantes. Ud. lo ha dicho: yo soy su agua clara, el agua de su sed. Sus labios han venido a despertar mi inquietud. ¡Era como una fuente sombría, como el agua helada de una cisterna, en la que un buen día penetra un rayo de sol!

¡Por qué habló, Gabriel? ¿Por qué habló!

Lloraba, como una niña, dulcemente, como si su pesadumbre, preñada de congoja, se rompiese en llanto cual una nube.

El la cogió de las manos y sus besos de unción cayeron palpitantes en ellas como una ofrenda.

—Váyase, Gabriel... Ud. y yo no sabríamos fingir... Puede volver Javier...

—Tiene Ud. razón, Aurora. Estoy temblando como una criatura. ¡Sus lágrimas me hacen tan dichoso! Cuando una mujer llora por un hombre, es porque comienza a amarlo. ¡Gracias, Aurora... gracias!

Ella lo miró, esta vez más serena.

—Prométame ser bueno, Gabriel. No hablarme más de amor...

—Si Ud. lo exige, lo prometo.

Besó la mano que ella le tendía y salió del saloncito, conturbado, con una mezcla de pena y de gozo en el alma.

Aquella noche, su egoísmo hizo crisis. La presencia de Rosina, allí en su lecho, junto a él, le irrito La dejaba estar a su lado, por ser la madre de su hijo, por cobardía, por seguir la costumbre. Pero, ahora que tenía el alma y los sentidos llenos de ella, le sería imposible su compañía.

Estaba desvelado. Varias veces encendió la luz. El sueño tardaba en venir, como si el pensamiento quisiera seguir ahondando en su dicha de amor.

La respiración de Rosina, dormida, le causaba malestar. Sobre las almohadas, distendiánse sus cabellos

de un rojo gris. Los párpados veíanse como dos cuencas de sombras; la boca plegada en un gesto resignado.

Tuvo una sensación de desconsuelo, de honda decepción. Recordó una noche lejana de su juventud. En un puerto, en el rincón de una calleja obscura, una mujer lo llamó.

El la vió confusamente, con ojos embriagados por el vino de la adolescencia, a la luz de un farol, y le pareció hermosa.

Pero a la mañana siguiente, al resplandor de la alborada, su alma sintió un escalofrío. Aquella mujer de amor, era casi vieja. Su cabeza dormida tenía una lividez enfermiza bajo los afeites, y los cabellos grises caían sobre el lecho como una bandera ajada en mil combates.

IV

Gabriel ya no pensó sino en vivir solo. El propio Monreal habíale dicho alguna vez:

—Usted debe arreglar esa situación, Orzábal. Tarde o temprano puede presentársele la ocasión de un matrimonio ventajoso, y no es conveniente que Ud. siga viviendo de esa manera.

—Sí, tiene razón, Javier. Voy a instalar mi casa de soltero. Rosina y el niño irán a vivir a un pueblo de los alrededores. Creo que ella está hecha ya a la idea de que habremos de separarnos...

Pero pasaban los días y a Gabriel hacíasele muy duro el provocar la situación.

Una tarde, llegó a su casa, malhumorado. Había colocado ciertas sumas en acciones, que acababan de perder la mitad de su valor.

Gabrielito, junto a la mesa del comedor, parapetado en su silla, reunía los fragmentos de un rompe-cabezas. Sus manitas iban colocando en diversas posturas los trozos irregulares de madera, que, al ser casados en total, formarían un soberbio castillo con almenas y to-

rreones. Impacientábase, nervioso, con los ojos dilatados por el esfuerzo, anhelante de ver reconstruído el castillo. Pero, viendo que no acertaba a poner los fragmentos en el orden preciso, se impacientó y los arrojó al suelo.

Orzábal, que había estado observándolo, reflexionó. "Así es mi vida. Fragmentos, nada más que fragmentos. Un rompe-cabezas sin solución. No, yo debo de construir mi castillo, debo de alzarlo insolente, con sus torres al cielo". Pensó en la hija de Mr. Lever, aquella inglesita rubia, descolorida, única heredera de varios millones que habíanle presentado hacía poco días en casa de Javier Monreal. Pero la idea ambiciosa, desapareció. Aurora, nada más que Aurora podía interesarle como mujer. Día a día, iba sintiéndola más cerca de su corazón; cada vez sus palabras adquirían una mayor intimidad. "Basta de esperar. Los malos tragos hay que apurarlos con rapidez".

—Rosina, ven acá. Tenemos que hablar.

Ella lo miró con curiosidad. En el acento de su voz advirtió que iba a decirle algo grave.

Desde que regresaron del Chaco, había comprendido que la ciudad habría de separarlos. Temblaba su alma esperando el momento doloroso. En sus ojos verdes hubo una triste mirada de sacrificio.

—¿Tienes algo que decirme...?

—Sí, he pensado una cosa... Tú comprenderás...

Comenzó con circunloquios, buscando un paliativo, usando las palabras que menos pudieran herirla.

Mi cargo de secretario, me obliga a tener relaciones

sociales de importancia. Todos saben que soy soltero, y yo no me atrevo a que nadie venga aquí. Se sorprenderían de tu presencia, de nuestro hijo. Habría que entrar en explicaciones. Tú no ignoras cómo es la sociedad. No perdona ciertas cosas. Yo he pensado que al niño le probaría más para su salud, la vida al aire libre. En este departamento, no hay sol, no hay luz. Alquilaré una casa en el Tigre y allí vivirás mejor... ¿Qué te parece...?

—Yo nada tengo que decir. Tú mandas en todo. — contestó resignada. — ¿Y tú dónde vivirás...?

—Yo tomaré un departamento de soltero, pero iré a verte con frecuencia. Tú comprenderás que nuestra situación no puede ser indifinida.

La hablaba en voz baja, apartando los ojos.

Rosina nada dijo. Pasó repetidas veces su diestra por la frente y sus ojos verdes, húmedos de lágrimas, quedaron quietos sobre el rostro de Orzábal, como si quisiera grabarlo en el fondo de su alma.

—Está bien, Gabriel. Tú eres libre. Yo no impediré ningún deseo tuyo.

La voz temblaba en la garganta. Estaba pálida, intensamente pálida, y sus pestañas, al cerrar los ojos dolorosamente, aplastaban dos lágrimas rebeldes.

—Está bien... Haz lo que quieras...! — repetía como un autómata.

—Pero, no te pongas así. Esto no quiere decir que yo te deje, que nos separemos — dijo Gabriel, procurando consolarla.

Quiso darle un beso, pero ella lo rechazó suavemente.

—No, besos no, Gabriel. Sé hombre hasta el último. No me engañes ni te engañes tú. Me parecería un beso de Judas. Yo esperaba este momento, pero te confieso, que aunque mil veces he vivido esta escena en mi imaginación, nunca creí que mi alma iba a llenarse de tanta amargura, de tanto desconsuelo.

—¿Pero, por qué...? Si yo nunca he pensado...

—Calla, Gabriel. ¡Si yo no te reprocho nada! No intentes disculparte. ¿Crees, por acaso, que no me he mirado al espejo, que no me sé vieja...? Tú estás joven, en la plenitud de tu vida. Treinta y dos años escasos. ¡En cambio mis cuarenta años son cuarenta puñales en mi corazón...!

No hubo más. Rosina se encerró en su alcoba, pues quería estar sola. Gabriel, entristecido, besó al niño, y marchó a la calle.

Acababa de dar el gran paso. Sentíase profundamente impresionado. Sí, él bien lo había dicho. Era un ambicioso sentimental. Egoísta a ratos, pero siempre noble en el fondo.

A la semana de esa escena, Rosina y Gabrielito quedaron instalados en un hermoso *chalet* del Tigre. Desde las ventanas veíase el agua de un canal, donde al atardecer pasaban los esquifes como en una estampa veneciana. Había sol, mucho sol, aromas de flores, canción de pájaros.

El niño estaba contento. Todo le maravillaba, todo pa-

recíale una fiesta. Rosina lo estrechaba, ahora, muda, acunándolo contra su seno.

Por las tardes salía al camino, dorado de polvo, empujando suavemente el coche con ruedas de goma en el que iba el nene, sonriendo a todo lo que veían sus ojos.

Contemplaban juntos el crepúsculo, — amatista y ópalo sobre el agua de los canales, — y regresaban, anochecido ya, refrescadas las sienes por la brisa, para entrar en el *chalet,* donde cada cristal, besado por el sol, era un espejo de oro.

Las noches eran para Rosina, muy largas, infinitamente largas, como noches de invierno en el polo. Oscuras, interminables, vacías, le traían el llanto a los ojos. Noches de ciego, por su soledad y desesperanza.

Gabriel movíase en su nueva vida, como un pájaro escapado de su jaula.

Aurora, aunque supo lo ocurrido, no tuvo ninguna alusión. Se limitó a preguntarle por la salud del niño.

Gabriel vivía en el Club las horas que le dejaba libre su secretaría de la Liga. Interesado vivamente por los asuntos ganaderos, redactó un proyecto que sometió a la consideración de la asamblea. Mr. Lever se puso de pie para elogiarlo. Monreal, en su carácter de diputado, presentaría una moción en el Congreso para conseguir una ley que beneficiaría los intereses nacionales, de acuerdo con el estudio de Orzábal.

La moción de Monreal, obtuvo una aprobación casi unánime en el Parlamento, después de un leve debate, en el que intervinieron dos diputados socialistas.

Gabriel estaba satisfecho. Todos sus esfuerzos veíanse coronados por un éxito envidiable. Su nombre iba adquiriendo relieve en las esferas de la política, y de las finanzas.

Pensando, solapadamente, en una posible diputación para el futuro, daba conversación a Bélmez y hasta le toleraba sus fatigantes partidas de ajedrez. Aurora, a la cual veía únicamente ante testigos, como temerosa de un encuentro a solas, solía mirarlo con esa mirada suave y penetrante que le llenaba el alma de una deliciosa vibración.

El la adoraba así en silencio, mostrándole su amor en palabras veladas, en furtivos apretones de manos, en medias sonrisas que eran todo un significativo lenguaje.

Aurora tuvo una leve enfermedad. Todas las tardes, Gabriel fué a casa de Monreal para saber cómo seguía la enferma.

Cuando la vió en pie, tuvo una alegría que no supo disimular. Monreal, que estaba presente, advirtió la inusitada expresión de su amigo.

—Voy a pasar unos días en mi quinta de San Isidro — le dijo Aurora. — ¿Vendrá Ud. a vernos?

—Con mucho gusto señora. Iré a hacerle tertulia algunas tardes...

La quinta de Javier Monreal, quedaba en una de las calles cercanas a la estación.

Era una hermosa propiedad, con frondoso jardín circundado por una verja de hierro. A la derecha del

chalet, entre un plantel de rosales, quedaba la cancha de *tennis,* con sus rojos ladrillos lucientes. Dos blancos escaños invitaban al reposo, bajo el ramaje de una acacia.

Allí había conocido a Daisy Lever, la hija del rico estanciero, propietario de una de las más bellas fincas de San Isidro. Allí volvió a encontrarla, con algunas otras amigas, que visitaban a Aurora.

El hacía pareja con Daisy, y Aurora, sentada en un escaño, seguía con ojos de niña curiosa, las incidencias de aquel torneo de destreza.

Una tarde, habían quedado solos algunos instantes, pero Daisy vino a interrumpirlos.

Venía, como de costumbre, con su jersey de seda, que le oprimía el breve seno, su falda corta, sus zapatillas de goma, y la raqueta bajo el brazo.

Era agradable de facciones. De un rubio pajizo, los cabellos, muy claros los ojos, toda ella descolorida, deslavada, como una estampa comida de sol.

Las piernas firmes, torneadas, elásticas en sus ágiles saltos, eran piernas bobas de colegiala, así con las zapatillas del *tennis.*

Monreal le advirtió risueño:

—No es fea la inglesita. Tiene un talle de avispa y unas piernas admirables. Es increíble lo que influye el zapato. Póngale Ud. tacón alto a esas piernas, y verá la malicia que adquieren...

Y el diputado reía con la boca llena, satisfecho de su observación.

Fué un acuerdo tácito entre Aurora y Gabriel. Ellos se contentaban con verse, con hablar, aunque tan sólo fuese de cosas indiferentes; el caso era estar siempre cerca el uno del otro. Daisy les servía de pantalla. Gabriel inició un *flirt,* valiéndose de su conocimiento del inglés y del *tennis,* y ella, que gustaba de la coquetería, aceptó el juego amoroso.

Cuando llegaba de visita le estrechaba la mano con una fortaleza de *yachtwoman* y estampaba sonoros besos en las mejillas de Aurora.

Al ver besarse a las dos amigas, Gabriel bromeaba:

—No se besen ustedes, por favor. Cuando veo besarse a dos mujeres en mi presencia, pienso que he perdido dos besos...

Reían ellas de la sutileza donjuanesca, y Aurora, deseosa de encubrir sus pensamientos, gozábase en hacer bromas en torno de éllos.

—Esa partida de *tennis* va a acabar en noviazgo. Tenga Ud. mucho cuidado, Daisy...

Mr. Lever, que solía estar presente, fumando su pipa, sonreía halagado. Más de una vez había pensado que Gabriel Orzábal no sería un mal marido para su hija.

Pero, cuando se encontraban a solas, él protestaba.

—Esta farsa de amor, me molesta. Temo que Mr. Lever me crea un cazador de dotes.

—¡Qué más querría él!

Y lo miraba con cariño, sonriéndole.

Una tarde él la besó en la frente, amparándose en la obscuridad del jardín. Ella lo reprendió tibiamente, pero, apesar de eso, él volvió a hacerlo en otras ocasiones.

Aquel beso suave, leve, en la frente casta de la amada, no tenía asomos de pecado. Era tenue, trémulo, como si toda su pasión muda, contenida, se deshojase en besos...

V

En la vida hay mujeres ardorosas y sensuales como un labio; otras son candorosas, blandas, suaves como una mejilla.

Leonor y Rosina, fueron para Orzábal, de las primeras; mujeres de pasión, de deseo, que habláronle más a los sentidos que a su propio corazón.

Su juventud en brasas, las recibió como recibe el fuego la leña que lo alimenta.

Aurora era para él lo contrario. Era un amor de alma, la quería con el pensamiento, con la inteligencia. Todo su espíritu vibraba junto a ella, como se vibra ante un espectáculo de belleza. Mirando aquellos ojos celestes, diáfanos, saboreando en sus labios la miel de sus palabras, como si todo lo que tocase su acento fuese endulzado, viéndola tan ingenua, tan casta, tan divina en sus ademanes y sonrisas, experimentaba esa tibia claridad sedante que nos da la luna en su trasparencia.

Ella le habló con rara sinceridad:

—No quiero, Gabriel, que Ud. sueñe en mi amor. El amor es imposible entre nosotros. Es un sentimiento

demasiado grande para ocultarlo. Seamos amigos, amigos de alma... ¿Acaso la amistad no es otro aspecto del amor?

—¿Tiene Ud. miedo de que adivinen la pasión que nos une? No lo crea, Aurora. El lazo que nos ata es tan sutil, tan fino, tan invisible, que sólo un alma delicada como las nuestras padría percibirlo.

—Podemos engañarnos. No todos son ciegos. Javier no es un refinado, no tiene nada de psicólogo, pero me quiere y nada hay que preste más videncia que el cariño para adivinar el peligro. El celoso es como el tísico; tiene una gran percepción en los sentidos.

—Mi amor no sale a mis ojos sino en miradas que Ud. tan solo sabe comprender. Yo creo que los sentimientos tienen un color. Nuestro cariño es blanco aún, tan pálido, tan esfumado como esa luna translúcida que vemos a la luz del día. Ni Ud. ni yo hemos pensado en vestirlo de rojo. Sus ojos de celoso nada podrán ver; pues nuestro amor no lleva aún la túnica de las pasiones de cuerpo y alma.

—¡Es tan vergonzosa la mentira, la hipocresía! Muchas veces, mirando a mi marido, me siento pequeña, rebajada. Me dan deseos de gritarle: "Yo soy tuya, te pertenezco en cuerpo, en nombre, en costumbre. Pero mi alma, toda la esencia de mi ser, pertenecen a Gabriel... ¡Mátame si quieres...!".

—Ocultar una verdad no es mentir, aun que en el fondo lo parezca. El nada sabe, él nada adivina. ¿Para qué inmolar nuestro secreto en aras de una sinceridad

que él, demasiado humano, demasiado barro, no sabría comprender?

—Los hombres no aprecian en lo que vale, la ofrenda que solemos hacer las mujeres. En ustedes siempre queda la personalidad, la ambición que los impulsa en la vida, los ideales, desligados del corazón que ama. Es decir, que dedicáis de vuestras almas una página al amor. En cambio, nosotras, cuando queremos de verdad, llenamos con un solo pensamiento, con un solo ritmo, con una sola idea de amor el libro de nuestra existencia. Yo, por ejemplo, no había amado. Creía que se podía vivir con el corazón en alto como se defiende un objeto de las llamas...

—¡Y había llegado a creer que era amor lo que era respeto, lo que era concepto del honor, lo que no alcanzaba a ser sino tibia amistad! No, amiga mía. El amor está en la humanidad toda como un gran incendio. Tarde o temprano, caen chispas en nuestro cercado...

—No, Gabriel, no hay que aceptar las cosas como si nosotros fuésemos meros juguetes del destino. Debemos oponer a ellas la voluntad de ser buenos. El destino manda, sí, es verdad, pero no olvide Ud. que también mandamos nosotros. Muchos crímenes de amor se llevan a cabo, en la vida y en las novelas, porque los protagonisats se dejan autosugestionar por el concepto que tienen del destino. "¡Fueron las pasiones! ¡La fatalidad! ¡El destino! Yo no fuí sino un instrumento...", dicen ellos.

Yo creo, por el contrario, que los seres fuertes y nobles debemos vencer las malas pasiones. Y esto lo pienso por nosotros, Gabriel, que jamás debimos pro-

nunciar la palabra amor. El sacrificio y el deber son bellos. No debemos olvidarlo...

—¡El dulce egoísmo de ser santo! — ironizó Gabriel — En su vida, Aurora, la serenidad y la reflexión son una maravilla de equilibrio. Ud. es buena porque es bella. La bondad es belleza, y hay quienes son buenos por estética. Yo, en cambio, aunque me sé bueno, sensible, leal, comprendo que hay momentos en que ser malo es un placer...

—¿Qué quiere Ud. decir con eso, Gabriel?

—Seré sincero, Aurora. Yo estoy convencido de que Ud. es la mujer que amaré toda mi vida. Pero este amor mío es triste, porque es un amor hecho de imposibles, de desesperanzas. Javier, con su alma buena, noble, nos separa como un abismo. Somos amigos; a él le debo lealtad, gratitud, y, no obstante, mil veces me detengo pensando como un Luzbel en el delicioso placer de ser malo. Cerrar los ojos, y saltar ese abismo.

La miraba con pasión, arrebatado por el deseo, como no la había mirado nunca.

Aurora palideció y su rostro se tornó severo.

—Yo le ruego, Gabriel, que no me hable así. Emplearé sus mismas palabras. No intente vestir nuestro amor puro, con la túnica del instinto, de la pasión material. No olvide Ud. que es roja...

—Sí, roja como una llama siempre ardiente...

—¡O como una mancha de sangre! — profetizó Aurora.

La presencia de D. Ignacio Bélmez que cruzaba el

jardín, dirigiéndose al banco en que estaban sentados, interrumpió el diálogo.

La conversación se hizo general y ya no hubo ocasión para reanudar aquella esgrima de frases, en la que Gabriel procuraba dar su estocada al corazón.

Mr. Lever y su hija Daisy vinieron a hacerles compañía. Desde que Orzábal ocupaba la secretaría de la Liga, el rico estanciero complacíase en conversar con él.

No ignoraba Gabriel que la voluntad oculta que solía manejar los destinos de la institución era el propio Lever, que influenciaba, en absoluto, en el ánimo de Monreal.

El inglés no reprobaba las aparentes relaciones que había entre el joven y su hija. Por el contrario, ya habíale manifestado a Monreal su complacencia y éste había tardado poco en poner a Gabriel en conocimiento.

—Usted lo echa a la broma, Orzábal, pero esa boda sería para su vida un paso trascendental. De hecho quedaría Ud. incorporado al mundo de las finanzas. La muchacha es simpática; claro está que no es bonita, pero es inteligente y muy instruída.

—No bromee, Monreal. Me la imagino levantándose de madrugada, para hacer gimnasia sueca. Y luego, muy roja, de haberse dado una ducha de agua helada, la veo comiendo mucho pan y mucha mermelada con el desayuno.

Y Gabriel, reía, a pesar de que el pensamiento de que era muy rica iba quedando en el fondo de su espíritu como un sedimento de ambiciones.

"Tiene razón, Monreal, pensaba, más sereno. Daisy está rabiando por casarse. Y ya me lo ha dicho con su franqueza de mujer que no oculta sus sentimientos: Ud. no haría un mal marido, Gabriel. Por lo pronto, a mí me gusta...".

Daba vueltas a ese pensamiento, lo acariciaba, pero el recuerdo de Aurora lo detenía. No, él la amaba demasiado; su ser estaba demasiado lleno de su imagen para pensar en mujer alguna. Quizás más adelante...

Rosina, con la separación, fué desarraigándose de su vida. Ahora no abrigaba por ella sino un sentimiento conmiserativo, un recuerdo sentimental, que estaba ligado al cariño que le inspiraba su pobrecita criatura.

Cuando iba a verla, a su retiro soledoso del Tigre, Rosina lo recibía como una sonámbula. Ya no había en ella rastros de lágrimas, pequeñas protestas, sonrisas de acritud, como en los primeros días. No hacía sino callar, mirarlo dulcemente con sus ojos verdes, y quedar inmóvil con una beatitud de ciega en el semblante.

Una noche, al bajar las escaleras del Club una triste sorpresa acentuó sus ambiciosos proyectos de casarse con Daisy.

Un portero le avisó:

—Un señor pregunta por Ud., don Gabriel.

Orzábal acudió y no pudo menos de hacer un gesto de asombro al ver a Mr. Lawrence, aquel viejo inglés, borrachín y jugador, que conociera hacía años.

Una mirada le bastó para entrever toda una tragedia. Lawrence estaba flaco, casi en los huesos; llevaba

una barba de días, y en sus ropas desordenadas, sucias, veíanse los estragos de la miseria.

Le contó brevemente su historia. Hacía un año ya que sus acreedores habíanle despojado de su *stud.* Poco a poco había ido cayendo en la miseria.

—¡Pero es posible Mr. Lawrence! — le dijo Gabriel. — ¿Y sus amigos, sus compatriotas...?

El anciano sonrió tristemente.

—Todo se acaba cuando ya no tenemos un peso que gastar. Yo jugaba y bebía porque tenía que ahogar una tragedia de mi corazón. ¿Sabe Ud.? Yo era casado con una mujer joven y bonita...

Gabriel hizo un gesto de sorpresa.

—No, no crea Ud. lo que dicen todos... Que me abandonó, que huyó a Inglaterra con otro. Ella murió ¿me comprende Ud? Murió...

Y sonreía, con los ojillos llenos de lágrimas, echándole un tufo de alcohol al hablar, ocultando en una sombra de duda la realidad de su dolor.

Orzábal lo socorrió con un billete y le dió la dirección de la Liga.

—Vaya Ud. a verme... Yo tendré gusto en auxiliarlo, en ayudarlo...

El inglés le estrechó las manos con un gesto cordial y se alejó, encorvado, a la hila de las paredes, como una encarnación viviente del fracaso.

Pensó en Mr. Lever, en Daisy, y en seguida se hizo una composición de lugar.

No, él no seguiría luchando contra la adversidad, contra los golpes del destino. Monreal tenía razón.

Aquel matrimonio con Daisy sería el pedestal de su triunfo...

Una noche, observó que Aurora esquivábale los ojos. Estaban en el salón en compañía de Javier y de D. Ignacio. En la frente siempre serena de la amada proyectábase como una sombra de tristeza.

En días siguientes, Gabriel observó en ella una seriedad, un aire grave, que no dejaron de conturbarlo ¿Qué pasaba? ¿Estaba enfadada?

Pronto pudo salir de dudas. Varias veces, mirando a Monreal, a hurtadillas, se adivinó espiado por el amigo. Diríase que Javier estaba sobre aviso, como temeroso de confirmar una sospecha.

Dejó algunos días de ir por casa de Monreal, pero hubo de volver, tanto por no despertar recelos como por que le resultaba demasiado duro el dejar de verla.

Una tarde, por una circunstancia feliz, Gabriel y Aurora encontráronse a solas.

—¿Qué le pasa, Aurora? ¿Por qué esa seriedad, esa tristeza?

—Sea Ud. discreto, Orzábal. Javier sospecha algo. No puede vivir de celoso. No hay día que no me atormente con sus dudas... Yo sufro, pues todas sus palabras me hieren...

—No tema, Aurora. Yo procuraré disimular mi cariño...

Se miraron hondamente, con una mirada nueva, con una mirada que tenía algo de sensual.

—Aurora, si Ud. lo quisiera, podríamos vernos a solas, sin testigos.

—No, no vuelva a hablarme de eso... Yo no podría pisar su casa...

El se aproximó a ella, hablándole en voz baja, suplicante:

—Yo le juro que va Ud. a una casa honrada. Jamás mujer alguna ha cruzado sus umbrales... Yo la respetaré como se respeta a una virgen. Quiero hablarla únicamente, mirarla al fondo de los ojos. ¡Ud. no se imagina lo que yo sufro!

—¡Yo no sufro tampoco menos! Algo muy raro ha pasado en mi alma. Desde que Javier tiene celos de Ud., no hago sino pensar en lo feliz que sería yo siendo libre...

—¿No es verdad que Ud. me ama ahora en otra forma? Esos celos, esas dudas, han venido a dar vida a su amor por mí. Javier le ha hecho sentir la realidad de su pasión.

—Algo hay de eso, Gabriel...

El la cogió de las manos y la atrajo hacia su pecho.

—No, por favor... Pueden vernos...

Estaba pálida, estremecida. El posó sus labios por primera vez en aquella boca tan ansiada, y Aurora cerró los párpados casi desvanecida.

Pero los claros ojos celestes se abrieron sorprendidos.

—No, Gabriel... Esto nunca... Váyase, por piedad...

Y el llanto resbaló por sus mejillas.

El siguió, asediándola con una voz suave, arrulladora.

—Aurora, Aurora mía... Tú vendrás a verme. Desde mañana te esperaré todas las tardes... Estaré solo en casa para que nadie pueda verte... Yo te respetaré, haré todo lo que tú quieras...

Era la primera vez que atrevíase a tutearla. Así parecíale haber arrancado a su santa, a su diosa, de su pedestal de inaccesible, para sentirla en sus brazos, más viva, más humana.

—No tengo miedo de ti ni de mí, Gabriel. Sé que eres un caballero. Dices que nadie me verá, pero me veo yo y eso basta.

El hizo un gesto de desaliento, ese ademán de mimo contrariado que suelen hacer los niños.

—No insistas, no seas malo...

Había posado su diestra en su hombro y lo miraba con ojos de ruego.

—Una vez tan sola, Aurora... Así me revelarás que me amas. Te pido ese sacrificio. Te juro ser respetuoso. Así toda mi casa, mis muebles, mis objetos, se impregnarán de tu calor, de tu perfume. ¡No me será tan triste vivir solo...!

—Bueno, iré... Te lo prometo... Una sola vez...

—¿Mañana?

—No, no sé... Espérame en las tardes... Algún día iré, a eso del atardecer...

El le besó las manos y Aurora huyó de su lado como avergonzada de su promesa.

Gabriel, desde la tarde siguiente no hizo sino esperarla. Despedía desde temprano al criado con instrucciones de no volver hasta la noche, dejaba entreabierta

la puerta de su departamento y quedaba en espera, en un asecho emocionado, alerta el oído, contenida la respiración ante los ruidos externos.

La casa olía a rosas recién cortadas. En las viejas vasijas de cobre se desparramaban los encendidos capullos; en los altos floreros talavereños rosas blancas y rojas apretujaban el ropaje de sus corolas. Las cortinas de damasco violeta ponían un tinte de crepúsculo, de penumbra en el agua de los espejos.

Se paseaba nervioso, consultaba su reloj, se sentaba de nuevo, apoyando su mejilla en actitud de meditativa espera. Pero ella no venía.

Pasaron dos, tres y hasta cinco días en esta angustiosa espectativa.

Gabriel no había ido a verla. No quería hacerlo para forzarla a cumplir su promesa.

Pero una tarde se realizó el milagro. La puerta se entreabrió, suavemente impulsada, y Aurora destacó en el umbral.

—Gabriel...

Su voz temblaba de emoción.

—¡Bendita seas! La casa de tu amor te espera.

Y le tendió los brazos.

Venía sencillamente vestida, sin una joya, sin nada que la hiciera llamar la atención.

Un velo cubríala el rostro, acentuando su belleza como bajo un ala de misterio.

—Parezco una modistilla que viene a ver a su amante — dijo sonriendo — Muy seriecito, muy bueno... Ya sabes lo prometido...

El la miraba, exaltado de dicha. Le besaba las manos, mordisqueándolas suavemente.

—Es una locura, Gabriel... Yo debo estar loca... Desde que Javier me cela mi alma experimenta un goce extraño; me dan impulsos de hacerle sufrir, de torturarlo con la verdad... Ahora te comprendo. Hay momentos en que ser mala es una voluptuosidad.

El quiso besarla con pasión, arrastrarla entre sus brazos, para vestirla con la túnica roja de sus deseos.

Pero ella, heroica, fuerte, con un pliegue de dignidad en su frente, se puso de pie rechazándolo.

—No, Gabriel, eso nunca... ¿me oyes bien? ¡Nunca! He venido para calmar tus caprichos de niño, por curiosidad de ver tu nido, por santificar tu ambiente con mi presencia... No sueñes con nada más.

Gabriel lloró su impotencia, con lágrimas ardientes, retorciéndose las manos.

Ella lo serenó acariciándole mimosamente los cabellos.

—Adiós, Gabriel... Debo irme... No quieras detenerme. Querías una prueba de mi cariño. Ya te la he dado. Jamás por hombre alguno, yo, Aurora Bélmez, hubiese sido capaz de dar este paso...

—No, no te vayas — suplicó Orzábal.

Pero ella le sonrió suavemente, le besó en los cabellos, y se escurrió con agilidad hacia la puerta.

—Adiós, Gabriel... Piensa que yo he pasado por tu casa; que esos espejos me han reflejado algunos instantes...

Y, como en un cuento de magia, la puerta se cerró tras ella.

Gabriel ocultó el rostro entre sus manos.

¡Se ha ido...! ¡Y la he dejado marcharse...! Todo como en un sueño...

Miró en torno suyo. El saloncito olía a rosas, a amor, a misterio, en medio de su penumbra. Gabriel suspiró hondamente y sus manos se extendieron, en un ademán patético, ilusionado, como si quisieran recoger todo su recuerdo; como si intentasen abrazar contra su pecho aquella sombra de felicidad.

VI

Gabriel dejó pasar dos días sin ir a casa de Monreal. Aun vivía en su imaginación aquel maravilloso minuto de felicidad.

Fué al Club, pero no encontró allí a Javier ni a D. Ignacio Bélmez. Fernando Santágata lo invitó a tomar el aperitivo y después de algunos circunloquios, le dijo en voz de confianza:

—Si tú me prometes, querido Gabriel, no molestarte por nada de lo que voy a decirte, te daría un sano consejo.

Orzábal lo miró con asombro:

—¡Tú dando consejos...! A ver, habla...

—La gente es mala, Orzábal, muy mala. Tú vives ajeno a todo, como si vivieras en una nube. En nuestra sociedad nadie concibe el sentimiento amistoso. Un hombre y una mujer si conversan como amigos, si se profesan una estimación, pronto despiertan sospechas y suspicacias...

—Bueno, deja los exordios..: ¿Qué vas a decirme?

—Te pongo en aviso. Es un deber de amistad. Dicen que Monreal está celoso de ti, que no lo disimula. Tú, según la gente, no satisfecho con manejarlo como a un

muñeco en las cosas de la Liga, le has quitado el cariño de su mujer...

Orzábal palideció vivamente.

—No, eso es mentira... Es un canalla el que lo diga...

—Cálmate, serénate... Yo no hago sino decirte lo que se rumorea en los círculos sociales. Los chismes, las calumnias no son de éste, ni de aquél. Están en el ambiente, como se dice vulgarmente. Yo creo que hago bien en abrirte los ojos. Se dice que tú vas diariamente a casa de Monreal, que cuando estaban ellos en San Isidro, le hacías a su señora el amor, descaradamente, delante de D. Ignacio, su propio padre.

—Eso es una calumnia. Todos saben que yo estoy de novio con Daisy Lever... Si frecuento tanto la casa de Monreal es porque allí he conocido a mi futura...

Se asía a esta mentira, a esta simulación, que ponía en salvo el honor de Aurora.

Se separó de Santágata, presa de grande excitación. Ya no cabía retroceder. Pediría la mano de Daisy. Así daría un mentís a todas esas habladurías.

Después de cenar se dirigió a casa de Monreal. Le aguardaba una nueva sorpresa.

—El señor ha salido — dijo el mozo.

Pero esta vez no lo invitaba a pasar. Había entreabierto la verja y le interceptaba el paso.

Gabriel no se dió por aludido.

—Está bien... Dígale que he estado a verle...

Se retiró cabizbajo. Subió al automóvil y le dió las señas del Club. Tampoco estaba allí.

"Es extraño todo esto, — pensó. — Diríase que ha pasado algo...".

Esperaba ver a Monreal en la Liga pero tampoco pudo verle. Mr. Lever vino a saludarlo. Gabriel aprovechó la coyuntura, para sondear el ánimo del estanciero.

—Cada día me aburre más mi vida de soltero, Mr. Lever. ¿Qué me aconseja Ud....?

—Hombre, yo creo que a Ud le está haciendo falta casarse... A un muchacho activo e inteligente como es Ud. no le va a ser difícil encontrar un buen partido.

—¿Lo cree Ud.? No olvida, Mr. Lever, que yo soy pobre...

—Eso nada tiene que ver, Orzábal. Hay cualidades, y virtudes en la vida que valen tanto o más que el dinero...

Gabriel sonrió para sus adentros y cambió el giro de la conversación. La empresa iba resultándole más fácil de lo que se imaginaba.

Al atardecer, volvió a ir a casa de Monreal. Tenía que consultarlo sobre algunos asuntos de inmediata resolución.

—Los señores han partido esta tarde para San Isidro — le indicó el mozo.

"Es curioso, se ha ido sin avisarme, sin verme", pensó.

Estaba preocupado, como si su alma experimentase una extraña noción de peligro.

Se dirigió a la estación Retiro. Iría a cenar a casa de Rosina, pues hacía más de una semana que no iba al Tigre.

A la mañana siguiente, al entrar en la Liga, uno de los empleados le salió al encuentro.

—¿No sabe don Gabriel lo que ha pasado?

Orzábal tuvo el presentimiento de una desgracia.

—Algo terrible, señor — prosiguió — Don Javier ha sufrido anoche un accidente y está a la muerte.

Gabriel quedó demudado.

—¡Pero cómo! ¿Qué ha pasado?

—Dicen que anoche, allá en San Isidro, se puso a limpiar su revólver... No se sabe cómo se ha escapado un tiro hiriéndolo en el pecho... D. Ignacio acaba de telefonear. Dice que don Javier no hace sino preguntar por Ud.

Orzábal bajó las escaleras corriendo. Llamó un automóvil y dió la orden:

—¡A Retiro, volando!

Mil conjeturas extrañas agolpábanse en su imaginación. Aquel silencio de esos días, ese ocultamiento. Los celos de que hablaba Santágata, las murmuraciones... Pero, no... No era posible... ¿Por qué tomar una resolución semejante? "No, Monreal es hombre que amaba la vida... Es incapaz de un suicidio". Buscaba en su conciencia una causa, un motivo... No, nada... No había sino que creer en un accidente, en una fatal desgracia.

Cuando llegó a San Isidro, ya en la calle respiró el aire de la tragedia.

Frente al *chalet* había varios automóviles particulares.

Entró en la casa, casi en puntillas, y todos los ojos se volvieron hacia él.

Pérez Luján salió a su encuentro.

—Le esperábamos impacientes... Pase... Lo empujó hacia la salita, llena de vecinos. Daisy y Mr. Lever vinieron a saludarlo.

—¡Esto es horrible, Orzábal! Ya no hay esperanzas...

D. Ignacio Bélmez, demacrado por la noche en vela, irritados los ojos por el llanto, le estrechó la mano, llevándolo aparte.

—Javier desea verlo. Dice que no quiere morir sin hablarle... Yo no sé hasta qué punto será conveniente... Una emoción cualquiera...

—¿Pero cómo ha sido esto?

La versión que le dió D. Ignacio era la misma. Antes de acostarse, quiso ordenar unos papeles en su escritorio. Aurora entró a hacerle compañía unos instantes. Sin duda, al remover sus papeles encontró el revólver y quiso retirar las balas. Ella le pidió que guardase el arma. Al inclinarse sobre el escritorio se escapó un tiro y la bala fué a herirlo en el pecho.

Esta era la declaración que Javier y Aurora habían hecho ante el juez.

—Es una desgracia... nada más que una desgracia... Aurora está como loca... Hemos querido llevarla a casa de Lever, pero no quiere. Ha tenido un ataque espantoso. — añadió Bélmez.

Orzábal sentía que toda su alma temblaba. Las lágrimas acudían quemantes a sus pupilas.

—Lléveme Ud. a su lado, don Ignacio. Quiero ver a Monreal...

Consultaron al médico. Este les sonrió desesperanzado:

—Pase, señor... Es inútil privarle al herido sus

deseos... Se le ha provocado nuevamente la hemorragía... Ya casi no conoce.

Gabriel entró en el dormitorio, conteniendo la respiración.

La alcoba estaba casi en penumbra. Un fuerte olor a yodoformo saturaba el ambiente.

Avanzó hacia el lecho, en puntillas.

Javier Monreal yacía exangüe, apoyada la cabeza, muy en alto sobre los almohadones.

Estaba lívido, con un reflejo azulado en los párpados y en las sienes. Los ojos estaban entreabiertos y la boca se agitaba en jadeo de asfixia. Sobre el pecho veíanse las vendas teñidas de sangre.

D. Ignacio se aproximó a la cabecera.

—Javier... aquí está Orzábal...

La mano de Monreal aleteó sobre la colcha, como en un llamado.

Gabriel se arrodilló casi junto al buen amigo. Las palabras se le ahogaban en la garganta.

—Solos, déjenos solos... — balbuceó.

D. Ignacio y la enfermera se retiraron en puntillas.

Gabriel temblaba como si lo penetrase un frío intenso.

—Javier... amigo mío...

Y le estrechó las manos, sintiendo que su corazón se inundaba de una ternura jamás sentida.

—Yo quiero hablarle... — balbuceó Monreal, penosamente — Ud. era mi amigo... ¿Por qué me han pagado así?

Las palabras salían entrecortadas, guturales, en un resoplar de roto fuelle.

—¡Ud. y ella...! Yo he muerto de un accidente... ¿Comprende...? Que nadie crea otra cosa...

Gabriel sollozó sobre las manos del moribundo.

—Javier... Yo le juro por Dios, por la memoria de mi madre... Me han calumniado, nos han calumniado...

Los ojos de Monreal, parecieron tener un resplandor de vida en su inmovilidad de cristal.

—¿Es mentira, entonces? ¿Es verdad que no hubo nada?

Las palabras salían en un gran esfuerzo, en un ansia incontenida.

—¡Lo juro, Javier...! ¡Por lo más sagrado! La he querido como se quiere a una santa, a una virgen...

Juntaba las manos, en un inconsciente ademán místico, para subrayar aquel juramento que escapaba de su alma en un grito de sinceridad.

—Gracias, Gabriel... ¡Qué feliz me hacen sus palabras...! No siento ya este dolor de fuego... Ex perimento un alivio en el alma, en el cuerpo, como si no existiera...

Entornó los párpados y quedó mudo, reconcentrado. Jadeaba siempre, ahora más intensamente, pero, sin embargo, una serenidad, una beatitud, le bañaba el semblante de una dulce inmovilidad, como en una sonrisa sin gesto.

Orzába! llamó al médico:

—Parece que se ha desvanecido.

Este se aproximó, auscultó el pecho, el pulso, y luego en voz baja declaró:

—Hay que dejarlo tranquilo. Ha entrado en la agonía.

Gabriel salió de la alcoba, tambaleándose como un ebrio. Se sentó en un rincón, ocultó el rostro entre sus manos, y sollozó.

Gritos, llantos, vinieron a sacarlo de su dolorosa abstracción.

Javier Monreal había muerto. Entró a verle: lívido, rígido, ya, con la misma expresión de quietud en las facciones.

Al pasar por una habitación inmediata, oyó voces de mujer. Entre aquel coro de consuelos alzábase el lamento de Aurora.

Gabriel crispó las manos, y dando un pretexto, huyó de la casa. Parecíale ahora que él era el único culpable de esa intensa tragedia.

Durante quince días vivió aplastado por una enorme pesadumbre. La muerte de Monreal era como una herida que tardaría en cicatrizarse. No había visto a Aurora y todo él temblaba al solo pensamiento de verla.

Ellos eran los protagonistas del drama. Entre sus almas atormentadas quedaban el remordimiento y el secreto de la tragedia uniéndolos para siempre.

Ya más sereno, una luz de esperanza apuntaba entre las tinieblas. ¿Acaso, Aurora no era libre? Pero la ilusión fugaz desaparecía ante la amarga realidad.

Sus amores puros, castos, habíanse vestido de rojo, con manto de sangre como ella profetizara.

"Yo tengo que verla — pensaba — He huído de su lado como un culpable".

Una tarde, se dirigió a la casa de la calle Arenales.

D. Ignacio lo recibió cordialmente:

—Pase, Ud., Gabriel. Nos extrañaba su ausencia...

Aurora apareció ante él. Vestida de negro, más es-

belta aún, con una palidez de lirio, dilatadas las pupilas como por el asombro, en toda ella había un halo de Dolorosa.

Se estrecharon las manos silenciosamente. Por fortuna, D. Ignacio los dejó solos.

—¡Aurora! — exclamó él.

—¡No sabes tú lo que he sufrido! — dijo ella, martirizando el pañuelo de sus lágrimas.

—Aun no sé nada. He visto la tragedia, pero ignoro sus causas. Habla, vida mía. Javier me dió a entender que aquello no fué un accidente...

Entonces, ella habló, con voz que temblaba como en un sollozo.

—Javier sospechaba de nuestro amor. Alguien le hizo abrir los ojos. Sus celos se exasperaron en una forma terrible. ¡A mí me han seguido, Gabriel! Me han visto entrar en tu casa. Bien pudo ser el mismo Javier...

—¡Ahora comprendo...!

—No dijo nada al principio. Estaba mudo, reconcentrado. Ordenó el viaje a San Isidro y allí, apenas llegamos, lo vi pasearse por el escritorio, agitado, nervioso. Me llamó a grandes voces... Acudí temblando. El, tan tímido, tan suave, tan caballeresco, estaba transfigurado. Lo ahogaba la cólera. Me cogió brutalmente de un brazo y me preguntó: "Dime si no es cierto que amas a Gabriel... ¡Niégalo, ahora!".

Yo no sé qué pasó por mi mente. Me vi vejada y protesté. Su voz se hizo ruda, brutal:

"Tú has ido hace dos días a su casa. Sé todo lo que hay entre vosotros... ¡Eres su amante...! Mientes, calumnias, grité. Yo le amo, sí, no lo niego, ni lo oculto, pero jamás he sido suya...

No quiero contarte lo que pasó luego. Es triste, es amargo. Me insultó con palabras soeces, con esas palabras ruines que se emplean para insultar a las malas mujeres. El revólver estaba allí sobre el escritorio, como una liberación.. Te lo juro, Gabriel. Veía enlodado nuestro amor, tan puro, tan noble; arrastrado entre palabras horribles.

Cogí el arma y la volví contra mí. El me alcanzó a coger por los brazos para quitármela, luchamos, y salió el tiro...

Gabriel oía la revelación estremecido de congoja.

—Lo demás, ya lo sabes. Al verse herido, tuvo un arranque noble: "Ha sido el destino, dijo. Ni tú ni yo tenemos la culpa...". Yo perdí el conocimiento. Cuando lo recobré, Javier estaba tendido en el lecho, rodeado del médico y de algunos vecinos. Ya todos habían oído de sus labios la versión del accidente.

—¿Y ahora, qué hacemos Aurora? ¿Qué haremos de nuestro amor?

—Nuestro cariño es imposible, Gabriel. ¡Hay sangre de por medio! Yo marcharé a Córdoba, a vivir un poco retirada. Tú te casarás con Daisy y procurarás ser feliz, todo lo feliz que se puede ser en este mundo...

—¡No, eso nunca! — protestó Gabriel.

—Calla, amigo mío. No te rebeles. Es mi resolución inquebrantable. Mi padre lo sabe todo. ¡Me hubiera ahogado el secreto! El mismo ha querido esta entrevista, a fin de que dejes para siempre toda ilusión.

Gabriel bajó la cabeza. Su última esperanza se derrumbaba. Se llevó las manos al corazón.

—Ya me olvidarás, Gabriel. Seremos siempre buenos amigos, nada más que amigos.

De pie, muy pálida, con su divina ingravidez, parecía una estatua del desencanto.

Le tendió la mano. Gabriel la beso y loco, aturdido, herido para siempre, salió de aquella casa.

VII

Después de aquel rudo golpe, Gabriel sintió resurgir su ambición, desmesurada, gigantesca. No le quedaba en la vida sino triunfar, elevarse con la insolencia de un castillo que desafía al destino.

Su boda con Daisy Lever fué uno de los acontecimientos del año. Ya en Mar del Plata formalizóse el noviazgo, y al mediar marzo se realizó la boda. Pérez Luján y su esposa fueron sus padrinos.

Había tenido que luchar contra sí mismo. Rosina recibió su cambio de estado como una nueva desdicha que la hizo hundirse más en su taciturno silencio.

Lever, en provecho de sus personales intereses, gestionó la elección de Orzábal para presidente de la Liga. La ascención de Gabriel a la presidencia fué acogida con entusiasmo por los ganaderos.

No sin pesar, se sentó en el asiento que antes ocupara Monreal. La misma campanilla, con que Javier regía los debates, estaba a su alcance, junto al tintero monumental. ¡Ah, la vida, la gran irónica...!

Iba ascendiendo, pero había dejado tanto lastre de dolor, que se sentía vacío.

En la primera asamblea se tomó un acuerdo. La Liga, deseando solucionar algunos asuntos pendientes relacionados con el comité central de Londres, enviaba una

comisión de tres delegados para realizar un viaje de estudio y propaganda al Reino Unido. Como delegados fueron elegidos Orzábal, en su carácter de presidente, Mr. Lever y el señor Millman, un rico estanciero de la Patagonia.

Sería su viaje de boda, al mismo tiempo.

La inquietud de los barcos y de los trenes, el arribo, ahora rico y triunfador a ciudades de Europa que conoció con poco dinero, en años de loca juventud, le irían adormeciendo aquel dolor, punzante en su alma como una espina.

Rossi lo había ido a visitar:

—Has triunfado, Gabriel, como jamás nunca pude imaginarme. Todo ha ido favoreciéndote. No puedes negar que naciste con buena estrella.

Y lo miraba con envidia, gozoso de sentirse amigo del flamante personaje.

Gabriel Orzábal sonreía, melancólicamente. ¿De qué valía, ahora, todo eso si su corazón sangraba?

Dos días antes de embarcar fueron Orzábal y su esposa a visitar a Aurora. Fué una visita, obligada por las circunstancias. Gabriel oyó como una ironía las felicitaciones que Aurora tuvo para los recién casados.

Al despedirse, su mano temblaba. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar. El se había definido muy a las claras. Un ambicioso sentimental, un luchador que bajo su escudo llevaba un corazón de niño.

Mr. Lever y Daisy ignoraban en absoluto la existencia del pequeño Gabriel. El había procurado mantener en las sombras aquella aventura, y sin duda, sus

amigos íntimos, dando esta vez una prueba de discreción, habían eludido toda conversación al respecto.

La víspera de su viaje recibió una carta de Rosina. Lo llamaba con urgencia, pues el niño estaba enfermo.

Era el último golpe que le esperaba. Marchó al Tigre, muy temprano, dando un pretexto a Daisy. Algunos amigos le invitaban a una comida íntima.

Cuando llegó al *chalet,* ya en la cara de la sirvienta advirtió que se trataba de algo grave.

—El niño ¿sabes...? Está malito. Hacía varios días que no quería comer. Anoche ha tenido un ataque a la cabeza. Se quedó con los ojos muy fijos, como un pajarito. Ahora tiene mucha fiebre, delira.

Oyó las palabras de Rosina con un angustia indecible.

Se acercó a la cuna. Allí estaba su cabecita, de rizados bucles, muy sudorosa la ancha frente de criatura precoz, extraviados los verdes ojos en un sueño de incoherencias...

—¿Y el médico que ha dicho?

—Que es grave lo que tiene, pero que se puede salvar... Dice que es demasiado inteligente, que en su cerebro hay plétora de vida...

Gabriel Orzábal pensó en la dolorosa desproporción. Todas las energías vitales, que huían del cuerpo y de las piernas, concentrábanse en un fuego de vida, o quizá de muerte, bajo su ancha frente.

Pasó hasta tarde, a su lado, velando su sueño.

—Tú estás fatigada, Rosina, puedes recostarte un rato — habíale dicho.

Ella le obedeció, pero estuvo sin dormir, alelada, como presa de un estado de inconciencia.

Al atardecer vino el médico.

—Está un poco mejor. No hay que perder aún las esperanzas.

Cuando se retiró, la luz del sol al ocultarse rompíase en fragmentos sobre el agua del canal. Toda la casa se hizo sonora en su silencio.

—Rosina, ven...

Allí sobre la mesa de noche acababa de descubrir una jeringuilla.

—¿Y esto...?

Ella no respondió nada. Encogió de hombros y sonrió tristemente.

Ahora, comprendía aquella trágica serenidad de Rosina, esa especie de sonambulismo, de perezosa beatitud en sus ademanes.

"Esto es para aplicarse morfina...", pensó. ¿Pero qué derechos tenía él para hablar?

—Mañana volveré...

—¿Siempre te embarcas...? — preguntó Rosina con un último gesto de esperanza.

—La delegación lo ha resuelto así. El "Van Dick" no espera. Levará anclas a las 6 de la tarde.

—Hasta mañana, entonces...

Ni un gesto, ni una súplica, ni un reproche. Aquel silencio le dolió más que una mala palabra.

Aquella noche cenó intranquilo, nervioso, y tan solo contestó con monosílabos a los muchos invitados que tuvieron a su mesa. Todo su pensamiento, el alma entera, estaban puestos en Gabrielito. ¡Ah, si él pudiera gritar a todos su dolor, postergar el viaje! Pero había que callar, seguir representando su papel de hombre feliz.

Eran días de Carnaval. Después de la cena resolvieron dar una vuelta por el coso de la Avenida de Mayo, bajo arcos de lamparillas eléctricas y pintarrajeados panderos, en los que la risa caricaturesca ponía un pregón de alegría urbana. Las serpentinas rojas, azules, amarillas, verdes, se entrecruzaban en una lluvia de cintajos, como un turbión en el que se hubiesen descompuesto los colores del iris.

Regresó cansado, maltrecho, irritado en lo más hondo de su espíritu, como si todos hubiesen hecho mofa de su dolor.

A la mañana siguiente telefoneó para saber cómo seguía el niño.

—Ya no tiene tanta fiebre — contestó la sirvienta.

A la una de la tarde, no pudo soportar más. Iría al Tigre, aunque fuese un instante.

A las cuatro, regresó más tranquilizado.

El médico tenía esperanzas de salvarlo. Besó a Rosina, y estrechó contra su corazón a Gabrielito, que lo miraba asombrado con los ojos verdes muy dilatados por la fiebre. Besó las manitas del hijo, cálidas por el ardor de su sangre.

Ahora, ya en el barco, se serenó, pero su serenidad era una de esas calmas llenas de tragedia, que preceden a los grandes dolores.

Pérez Luján, Andriani, Fernando Santágata, Rossi, habían ido a despedirlo. Un grupo de ricos estancieros, miembros dirigentes de la Liga, conversaban con Mr. Lever y con Millman. Daisy, vestida de azul, con un amplio velo de viaje, estaba elegante en su tocado.

Santágata y Rossi hacíanle bromas. Todos miraban a Orzábal como se mira a un triunfador. Y el sonreía,

con una sonrisa falsa, que era como una mueca más de su desencanto.

Antes de que bajaran a tierra los amigos, Mr. Lever ofreció una copa de champaña.

La bebieron todos de pie, en el lujoso comedor del barco, brindando por Gabriel y su esposa.

Después, la despedida, los abrazos cordiales, el agitar de pañuelos, allá en la planchada.

Atardecía. El sol arriaba sus banderas de fuego, sobre las altas cúpulas de la cosmópolis. El agua turbia del río, adquiría un tinte violeta.

Gabriel se apartó de todos. Quería estar solo. Ya el barco se alejaba, perdiéndose la ciudad entre una corona de brumas y rojos resplandores.

Daisy, que estaba junto a él, aburrida de su silencio, se dirigió al camarote. Tenía que arreglarse para la hora de la cena.

Venía la noche rápidamente, en un aluvión de sombras.

Acodado en la borda, Orzábal reflexionó: ¿Por qué esta tristeza? ¿Acaso podía pedirle más a la vida? Ella nos da todo lo que encontramos en el camino... ¿Qué su corazón estaba muerto? ¿Y acaso no hay muertos en todas las batallas?

Ahora comprendía claramente. El ideal verdadero es el que nunca alcanzamos. Triunfar es como morir. Llegar a la cumbre es cristalizarse; detenerse para siempre en el camino ascendente.

El triunfo, la gloria, dejan una profunda melancolía en el alma, como el cansancio del amor satisfecho. Por ello, en todo triunfador, en todo hombre célebre, hay un desencantado...

Después, todo paso, la menor acción del espíritu nos lleva a descender, camino abajo.

Pensó en Aurora, en su hijo, en los seres que había querido. Quedaban atrás, para siempre, como envueltos en una niebla.

Sintió un amargo desconsuelo, un incontenible impulso de llorar. Miró hacia el río, en el que se sumergía la noche. Junto con el barco, navegaba una luz verde, caída en las ondas como una estrella. Era un farol del entrepuente que se copiaba en el agua. Iba tras él, en su ruta, como una luz de esperanza...

Buenos Aires, Septiembre de 1924.

LA

IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO

HA SIDO TERMINADA EL 31 DE OCTUBRE DE 1924

EN LOS TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS

DE L. J. ROSSO Y CÍA.

BELGRANO 475






UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00020413483